

SCIO

REPORT US

LOS

EXIMATI VOS

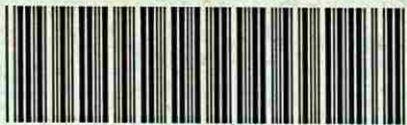
1

GN315

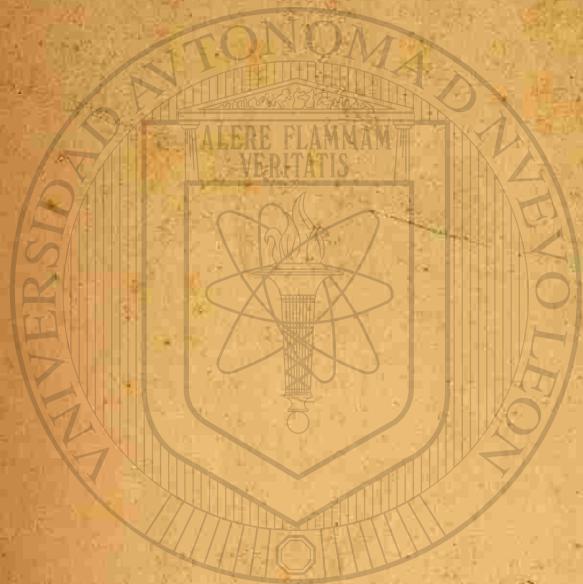
R28

v.1

H C



1020025384



LOS PRIMITIVOS



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

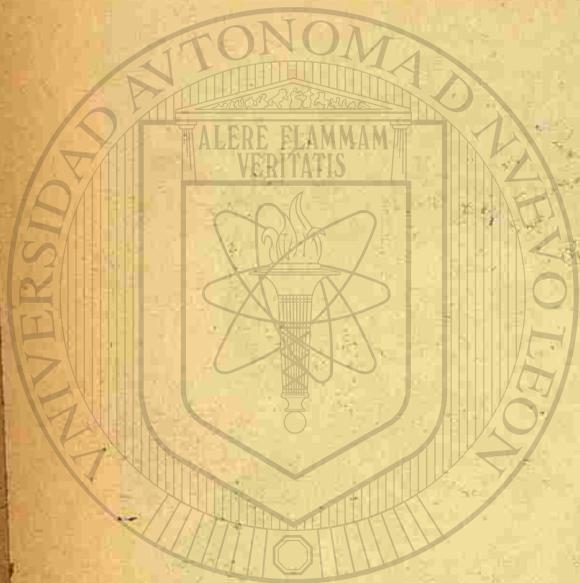


DIRECCIÓN GENERAL DE

Tip. EL ANUARIO DE LA EXPORTACIÓN, Paseo de S. Juan, 54
(Obra compuesta con máquinas LINOTYPE)



ELÍAS RECLÚS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Biblioteca Contemporánea

LOS PRIMITIVOS

POR

ELIAS RECLUS

Estudios de etnología comparada

TRADUCIDA DE LA ÚLTIMA EDICIÓN FRANCESA

POR

H. LÓPEZ RODRIGO

El progreso se hace de general a particular. En los organismos inferiores todo está en todo, y el organismo sube y crece, á medida que se efectúa la división del trabajo.

TOMO

FONDO
RICHARDO COVARRUBIAS

BAER.



100212

BARCELONA

F. GRANADA Y C.ª, EDITORES

CALLE DE LA DIPUTACIÓN, 344

1907

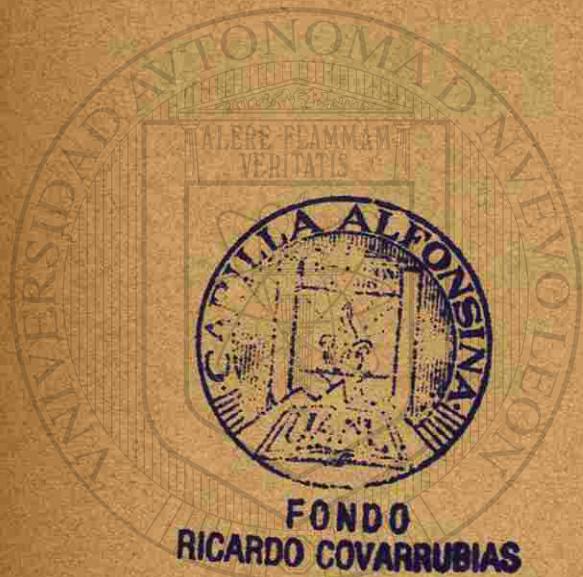
2038

C
301
A

GU 315

R 28

V. 1



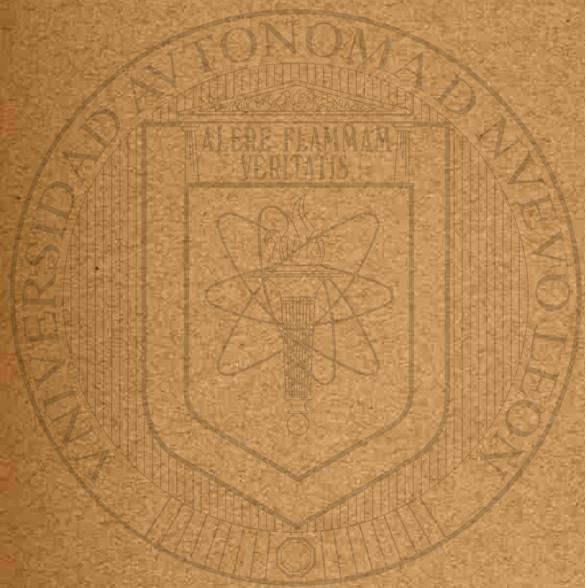
ÍNDICE

	Págs.
Prólogo... ..	7
Los hiperbóreos cazadores y pescadores... ..	17
Los inoítas occidentales... ..	79
Los apaches... ..	175

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.:

GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

PROLOGO

La etnología, ciencia recién nacida, la comprendemos como la psicología de la especie, siendo la demografía una fisiología, y la antropología representando una anatomía inmensa.

La demografía y la etnología estudian los grandes hechos de la nutrición y la reproducción, de la natalidad y la mortandad, la una en el hombre físico, la otra en el hombre moral.

La demografía compara los términos estadísticos, los ordena en serie, encuentra sus relaciones y contrastes, descubre las modalidades de la vida, desconocidas ó más conocidas hasta ella. Haciendo de las grandes cifras un instrumento de precisión, ha tomado por divisa, como los pitagóricos, la expresión: Numero, pondere, meururá. La etnografía tiene también sus grandes números: los hábitos, las costumbres, las creencias y religiones. Tribus, pueblos y naciones, siglos y más siglos, tales son las cantidades sobre las cuales opera; cantidades algebraicas, pero concretas. Una costumbre, adoptada por millo-

nes de hombres, y continuada durante miles de años, vale, en definitiva, los millones de individuos que la han practicado. Varias de esas reputaciones alcanzarán á cifras enormes, dignas de esas que los astrónomos y los geólogos manejan con tanta facilidad.

Nos hemos acostumbrado demasiado á mirar con desdén, desde las alturas de la civilización moderna, las mentalidades de los tiempos pasados, los modos de sentir, de obrar y pensar, que caracteriza las colectividades humanas anteriores á la nuestra. ¡Cuántas veces se las menosprecia sin conocerlas! Se ha imaginado que la etnología de los pueblos inferiores no es más que un amontonamiento de divagaciones, un cúmulo de necedades;—en efecto, los prejuicios parecen doblemente absurdos cuando no se tiene la explicación de ellos;—y se ha terminado por creer que no hay más inteligencia que la nuestra y que no hay otra moralidad que la que se acomoda á nuestras fórmulas. Tenemos manuales de historia natural que, dividiendo las especies vegetales y animales en dos categorías: los útiles y los perjudiciales, afirman que fuera del hombre no existe ni razón ni conciencia. Y reprochan al asno su estupidez, al tiburón su voracidad, al tigre su furor. ¿Pero quién somos nosotros para juzgarlos desde tan alto con relación á las debilidades morales é intelectuales de nuestros antecesores? Hora es ya de prevenirse; esos errores por los que ha pasado el género humano, esas ilusiones que ha sentido, eran su ciencia. No son monstruosi-

dades surgidas del vacío por efecto de la casualidad; causas naturales las han producido en su orden natural, y, digámoslo, en su orden lógico. En su tiempo fueron otras tantas creencias, que pasaron por bien cimentadas. Resultando de la desproporción entre la inmensidad del mundo y la insignificancia de nuestra personalidad, son testimonio de un esfuerzo perseverante, significando la evolución y la adaptación de nuestro organismo á su medio ambiente, adaptación siempre imperfecta, siempre mejorada. La serie de las supersticiones no es otra cosa que la investigación de la verdad al través de la ignorancia. Los lentes, los telescopios, el análisis espectral, son otras tantas correcciones á la insuficiencia de nuestros órganos visuales. Y no habrá comprensión exacta de la realidad si no es por el conocimiento razonado de las divagaciones anteriores. La ciencia de la óptica intelectual se hace á ese precio.

Tampoco nuestras instituciones son el producto de una ciega producción; son derivativo del alma humana que no cesa de modelarlas y modificarlas á su imagen. Cada cual trabaja en esa obra durante su generación, luego muere. El pobre que nosotros hemos animado conserva nuestro recuerdo tanto tiempo como la transparencia de las aguas conserva el reflejo de sus orillas. Todo nuestro ser parece confundirse en el olvido. Sin embargo, nosotros no sobrevivimos más que por lo que queda de nuestra acción, inconsciente con frecuencia, ejercida con el

fin de la conservación propia y la transformación del medio. Las pasiones que nos han hecho vibrar, nuestros temores y esperanzas, nuestras luchas, nuestras victorias y derrotas, han dejado huellas tenidas por inconcebibles. La acumulación de éstas, indefinidamente repetida por la multitud de nuestros semejantes, constituye, de siglo en siglo, las leyes y los códigos, las religiones y los dogmas, las artes y las ciencias, y, finalmente, las diferentes formas de sociedad. Hacemos lo que los infusorios, cuyos restos se concretan en rocas y se amontonan en macizos montañosos. Desde este punto de vista, la etnología se aproxima á la paleontología. En el siglo pasado, de Brosses decía ya con precisión perfecta: «Para saber bien lo que pasaba en las naciones antiguas, no hay como saber lo que pasa en las naciones modernas y ver si no sucede ante nuestra vista, en alguna parte, algo parecido».

Cuántas veces no se ha repetido la profunda expresión «viajar por el espacio es viajar también por el tiempo». En efecto, tales ritos inexplicados, tales costumbres, que los que las han practicado no han conocido jamás el significado, tienen, en su género, el mismo interés que tendría para el arqueólogo, el descubrimiento de una ciudad lacustre; para el zoólogo el hallazgo de un pterodáctilo que se zambulle en un pantano en Australia.

La inteligencia es por todas partes parecida á ella misma, pero sus desarrollos son sucesivos; lentamen-

te, paso á paso, la humanidad gravita hacia la razón. Tarde ó temprano, se consignará que las ideas tienen su edad, que los sentimientos varían por la forma y el grado. Una ciencia futura clasificará las imaginaciones, hasta las más extravagantes, dirá cómo se forman las fantasías fuera de razón, fijará la fecha á los prejuicios y supersticiones, fósiles en su género.

Tal ha sido el pensamiento principal del libro. Expliquémonos ahora sobre el método seguido y los procedimientos empleados.

Se trata de trazar retratos fieles, sin precipitarlos con violencia ni embellecerlos tampoco. Sin embargo, nos vemos obligados á reconocer que dejan, cuando se les estudia, una impresión algo más favorable que la que resultaría de la consulta cotidiana de los originales. Y ello no podía menos que suceder.

A todo civilizado, los no civilizados empiezan por serle repugnantes. El prejuicio es desfavorable á los salvajes. Los sujetos que se exhiben como tales en nuestras ferias se esfuerzan por representar el tipo oficial harto vulgar. Para expresarse en «lengua pagana» escupen, tosen ó estornudan; son rígidos y chillones, no dicen en lengua europea más que necesidades ó groserías. ¿Sus bailes? Contorsiones, movimientos barrocos y grotescos. ¿Sus comidas? Descuartizar un conejo, morder en una gallina viva. Ningún viajero encuentra tipos parecidos. A medida que el investigador aprende la lengua indígena, que penetra en sus ideas y modos de sentir, deja de ser

extranjero entre los extranjeros. Ve esclarecerse el aspecto de esos hombres tatuados, desnudos ó medio desnudos, disiparse la piel oscura, y, finalmente, descubre que los salvajes le parecían tanto más salvajes cuanto más desconocidos le eran; que la repulsión era por su ignorancia. En el siglo pasado, se conocían tan poco, hasta entre habitantes de una misma isla, que muchos burgueses londinenses tomaban á los montañeses de Escocia por bandidos ó por repugnantes canibales.

Al efecto hemos tenido ocasión de señalar algunas prácticas absurdas y bárbaras, pero sin hacernos pesados, por el motivo de que la necedad engendra el aburrimiento y la crueldad provoca bien pronto el disgusto. Hemos pensado que, sin ser optimistas, debíamos, con preferencia, entendernos sobre las manifestaciones de la inteligencia naciente, sobre los esfuerzos hacia una moralidad superior. Ved los historiadores grandes y concienzudos,—Michelet por ejemplo,—cuando hablan de un pueblo, insisten menos sobre sus bajas obras que sobre sus grandes hechos; lo juzgan sobre sus nobles aspiraciones y no sobre los actos enojosos de la vida cotidiana. Es cierto que en la humanidad, como entre las plantas y los animales, los individuos más bien desarrollados representan su especie mejor que los otros. Pero la cuestión está ya juzgada. ¿Qué regla es la que se sigue en todas las exposiciones, sobre todo en las del

arte y la industria? «No admitir sino los más hermosos modelos, las más notables muestras».

Vayamos más lejos. Esos primitivos son niños con la mentalidad de tales. Y la distancia del niño al adolescente se mide por años; hasta del animal al hombre los grados se miden. La inteligencia infantil no es en todos casos inferior á la razón del adulto. ¡Con cuánta frecuencia los padres admiran la ingenuidad de los primeros años de sus hijos, sus ideas originales, sus cuestiones, cuya profundidad desconcierta, ese frescor de sensación, ese encanto sonriente é imprevisto! Los pueblos nacientes tienen también sus manifestaciones subitáneas, sus inspiraciones de genio, una concepción heroica, sus facultades de invención, que desde hace largo tiempo han perdido las naciones en la fuerza de su edad madura. ¿Y las que declinan, las civilizaciones bizantinas? Se sostienen tambaleantes, marchan vacilantes, el cetro se sostiene con muletas: la regla, la tradición, lo convenido; y de ahí no salen. ¡Desgracia para el que no comprende la juventud, para el que no se extasia con las auroras intelectuales!

El niño era todo alegría, todo esperanza. ¿Pero el hombre representa las esperanzas de la edad primera? De todo lo que hubiera podido hacer, ¿qué ha realizado?—La menor parte... Sin embargo, no ha sido por mala voluntad, y, con frecuencia, no es por culpa suya. ¿Quién reprocharía al árbol no haber sazonado todos sus frutos en flor? La pendiente misma

de las facultades obliga á especializarse; el progreso incesante de la división del trabajo circunscribe al trabajador á un rincón cada día más estrecho; las exigencias de la producción, las crueles necesidades, empotran al proletario al extremo de una manivela, reduciéndole á una sola función, hipertrofiando un miembro para atrofiar los otros, afinando una facultad para debilitar á todo un ser. Por eso no vacilamos en afirmar que en numerosas tribus, llamadas salvajes, el término medio del individuo no es inferior, ni moral ni intelectualmente, al individuo medio de nuestros Estados llamados civilizados. No porque, recogiendo la tesis de Juan Jacobo, exaltemos nosotros á los «hijos de la Naturaleza» para rebajar de paso al hombre, producto cultivado. Nosotros adoramos, admiramos al niño, sin que ello quiera decir que lo declaremos superior al adulto. Nunca el instinto, por sagaz é ingenioso que sea, alcanzará la comprensión vasta y luminosa de las cosas que la razón elabora, segura y silenciosamente. La poesía misma, no puede elevarse hasta la sublimidad de la ciencia; curuja ó ruiseñor no abordarán jamás las elevadas regiones donde se cierne el águila con sus alas poderosas y sólidas.

Estos estudios han sido hechos, en su mayoría, con los informes y noticias que los misioneros y viajeros han publicado durante la última mitad del siglo, sobre países y tribus cuyo estado social ha sido después profundamente modificado. El flujo de co

merciantes y de industriales desborda irresistiblemente, invade las playas que, ayer aun, eran desconocidas. Sin embargo, nosotros hablamos en tiempo presente, bien para seguir el relato de los autores ó bien para evitar fastidiosas acotaciones. Vivíamos en duda sobre la existencia actual de un hecho que los últimos relatos nos presentan con vigor. ¿Podíamos nosotros substituir con probabilidades y posibilismos las observaciones precisas? Hemos tenido que tomar nuestro partido y rogamos al lector que haga lo mismo. En tesis general, esas poblaciones no han sido descritas más que por sus invasores, y por aquellos que no podían comprenderlas. Tales son el imperio de los Incas y de Montezuma, entrevistos solamente en el preciso momento que iban á desaparecer, igual que un copo de nieve observado al deshelarse, cuando se desagrega y evapora, antes que la vista haya discernido su forma geométrica. Primitivos quedan ya pocos; bien pronto habrán desaparecido completamente.

No hemos querido retratar, en fin, cada una de nuestras individualidades étnicas: hubiéramos necesitado volúmenes enteros de repeticiones infinitas. Hemos preferido no dar más que informes sucintos, desenvolviendo más un detalle aquí, una costumbre,

una institución allá. Cazadores, pescadores, pastores, agricultores rudimentarios, casamientos singulares, obsequios extraordinarios, iniciaciones, prácticas de magia. Si el público acoge favorablemente este primer estudio, no tardaremos en ofrecer otro.

Mayo de 1885.

Marzo de 1903.

Desde que fueron escritas las páginas que siguen, los Primitivos que describían han cambiado de fisonomía; la civilización, así llamada, los transforma rápidamente.

¿Era necesario volver á modelar estos estudios para ponerlos al corriente de las condiciones actuales? ¿Pero que se diría del pintor, que, cada diez años, retocara un retrato, con objeto de que siempre tuviese parecido?

«La faz del mundo cambia»; así se dice desde hace largo tiempo.

LOS PRIMITIVOS

LOS HIPERBÓREOS CAZADORES Y PESCADORES

Los inoítas orientales

La última *Thule*, el punto más septentrional de nuestro hemisferio que sea habitado todo el año, es el villorrio de Ita, en la costa de Smith-Sound, bahía de Baffin, por los grados 78 latitud Norte y 79 longitud Oeste, meridiano de Greenwich. Los itayanos son los primeros ó los últimos de los hombres, como se quiera. En sus expediciones de caza llegan hasta la extremidad meridional del glaciar Humboldt, un poco más allá del grado 79; y á partir de los 80 grados, la línea de las nieves eternas llega hasta las costas mismas, al nivel del mar. Toda vegetación desaparece; sólo se encuentran raros abrigos, simples campamentos de verano, visitados de tarde en tarde. Feilden, uno de los heroicos compañeros de la expedición Markham, que tuvo el honor de plantar su bandera á 740 kilómetros del Polo Norte, estima que «los indígenas no han pasado jamás

una institución allá. Cazadores, pescadores, pastores, agricultores rudimentarios, casamientos singulares, obsequios extraordinarios, iniciaciones, prácticas de magia. Si el público acoge favorablemente este primer estudio, no tardaremos en ofrecer otro.

Mayo de 1885.

Marzo de 1903.

Desde que fueron escritas las páginas que siguen, los Primitivos que describían han cambiado de fisonomía; la civilización, así llamada, los transforma rápidamente.

¿Era necesario volver á modelar estos estudios para ponerlos al corriente de las condiciones actuales? ¿Pero que se diría del pintor, que, cada diez años, retocara un retrato, con objeto de que siempre tuviese parecido?

«La faz del mundo cambia»; así se dice desde hace largo tiempo.

LOS PRIMITIVOS

LOS HIPERBÓREOS CAZADORES Y PESCADORES

Los inoítas orientales

La última Thule, el punto más septentrional de nuestro hemisferio que sea habitado todo el año, es el villorrio de Ita, en la costa de Smith-Sound, bahía de Baffin, por los grados 78 latitud Norte y 79 longitud Oeste, meridiano de Greenwich. Los itayanos son los primeros ó los últimos de los hombres, como se quiera. En sus expediciones de caza llegan hasta la extremidad meridional del glaciar Humboldt, un poco más allá del grado 79; y á partir de los 80 grados, la línea de las nieves eternas llega hasta las costas mismas, al nivel del mar. Toda vegetación desaparece; sólo se encuentran raros abrigos, simples campamentos de verano, visitados de tarde en tarde. Feilden, uno de los heroicos compañeros de la expedición Markham, que tuvo el honor de plantar su bandera á 740 kilómetros del Polo Norte, estima que «los indígenas no han pasado jamás

del cabo Unión. Hasta en los meses de Julio y Agosto, el litoral es demasiado pobre para suministrar alimentos á un puñado de esquimales errantes; en cuanto á una residencia de invierno, está fuera de cuestión. El punto más septentrional donde se ha reconocido algún rastro evidente de residencia, es el cabo Beechey, y por el 81° 54' latitud Norte. El naturalista de la misión Markham, ha recogido el esqueleto de un gran trineo, una lámpara de estearina, un rapador de nieve hecho con un diente de foca, restos probables de alguna expedición. Más allá de ese paralelo, no ha vivido seguramente ninguno de nuestros semejantes. Los inoítas no llegan más lejos en sus correrías.»

Ya Hudson, en su navío á vela, había penetrado, en 1607, hasta cerca del grado 82. Parry, con su velero, alcanzó, en 1827, la latitud 82° 45'. Nares, con su vapor, no llegó más que al 82° 16', y con su trineo al 83° 20'. Es cosa de extrañarse que los modernos, con todos los recursos de la ciencia y el arte y la industria, hayan apenas podido sobrepasar á los primeros navegantes.

Grande era la distancia que separaba nuestros climas templados de esas heladas regiones. Fuimos á los esquimales y los reconocimos en seguida como seres humanos, y ellos nos tomaron como aparecidos. Desde hacía siglos que vivían en las llanuras nevadas; creerían quizás, aparte de algunos indios, que eran los únicos habitantes del globo; desconocían la existencia de los europeos, ni siquiera habían oído hablar de nosotros por tradición. Cuando el buque de Ross abordó sus parajes en 1818, los buenos itayanos se figuraron invadidos por

fantasmas; ilusión bien natural, que otros salvajes, los australianos, notablemente, tuvieron en ocasión parecida. En efecto, el navío, con sus grandes velas blancas, que aparecía en el horizonte, en la línea en que las profundidades del cielo se confunden con los abismos del Océano, ¿qué podía parecer sino un monstruo alado bajando del Empíreo? ¿Y qué podían ser los seres fantásticos que llevaba sobre sus lomos y dentro de su vientre, sino aparecidos, aparecidos que venían de visita? ¿Las hechiceras no dicen y enseñan que los muertos habitan en la luna, en donde encuentran abundantemente bosques, malezas y cosas buenas para comer? Los primeros esquimales que subieron á bordo palpaban la cubierta, tactaban todo lo que veían, masteleros, barcas, remos, y maravillados se decían al oído: ¡Qué maderas en la luna, qué maderas! (1).

Después de Ross aparecieron el *Nordstern*, enviado en busca de Franklin, y luego Kane, en 1853-1855, y seis años más tarde, Hayes. El aislamiento de esa parte del mundo es menor desde que los vapores pescan las ballenas. De tiempo en tiempo, una banda de esquimales baja hasta el cabo York y se encuentran con equipajes de los balleneros. Un sistema de cambio se establece en esos parajes; quincallería y otros artículos se dan en cambio de aceites, de pieles de oso y de foca. Se asegura que, en todo tiempo, los indios han sostenido con los hiperbóreos algunas pequeñas relaciones comerciales.

(1) Ross, *Relations*.

El el otoño de 1873, una parte de la expedición científica alemana, que había sido arrojada sobre el Smith-Sound, tuvo que invernar entre los itayanos, y sólo pudieron abandonarlos al verano siguiente. M. Bessels, que formaba parte de esta expedición, tuvo la satisfacción de poder estudiar de cerca esa población, casi desconocida hasta él, y no perdió el tiempo ni la ocasión.

Nosotros sólo sentimos que su relato sea tan corto. Eso no obstante, lo tomamos como la principal autoridad, é ita como cuartel general. Ampliaremos el cuadro por diferentes informes sobre los otros inoítas del Polo, y nos extenderemos sobre los Sléouts del extremo occidental del continente americano. De ese modo podremos formarnos una idea relativamente completa de la raza esquimal, haciendo lo que el botánico que, teniendo que describir una especie compuesta de pocas variedades, elige las dos menos parecidas despreciando las intermedias.

El paisaje ártico es por todas partes parecido á sí mismo. Los sublimes horrores de ese

Abismo de sombra estéril y luces espectrales (1)

es necesario haberlos visto para poderlos describir. Nosotros tomamos las líneas siguientes de varios via-

(1) Leconte de Lisle. *Poemas bárbaros*.

jeros, entre los cuales, en primer término, el infatigable Petitot:

«Montes de hielo, llanuras de hielo, islas de hielo. Un día de seis meses, una noche de seis meses, espantosa, silenciosa. Un cielo incoloro donde flotan, empujadas por viento silbador, agujas de escarcha; amontonamientos de rocas salvajes, donde no crece ninguna hierba; palacios de cristal que se levantan y se hunden con horrible estrépito; una niebla espesa que tan pronto baja como un sudario, como se desvanece, presentando á los ojos espantados, fantásticos abismos.

»Durante ese día único, el sol hace brillar al hielo con resplandores que ciegan. Por la caricia de sus tibios rayos se funde y fragmenta; los montes se seccionan en montones, las llanuras chasquean y se separan en témpanos que se chocan produciendo ruidos siniestros y detonaciones alarmantes.

»La noche, una noche eterna, sucede á ese día desesperante. En medio de las tinieblas se distinguen fantasmas gigantescos que se mueven lentamente. En ese aislamiento profundo que toda soledad lleva en sí, la energía del viajero, su razón misma, sufren extraños sobresaltos. El sol es aún la vida. Pero por la noche, esos tristes desiertos aparecen como espacios caóticos: al pie de precipicios que no se pueden medir, se levantan escarpaciones. Prolongados lamentos del hielo, parecidos á aullidos, llenan el corazón de espanto.

»Aparace la fantasmagoría sangrienta de la aurora boreal: el cielo negro se ilumina con resplandor inmenso. Un arco más vivo rodea un fondo de llama; los

rayos surgen, mil destellos saltan. Es una lucha de dardos azules, rojos, verdes, violeta, centelleando, que se elevan y bajan; compiten en rapidez, estallan, se confunden, palidecen. La última magia, un círculo espléndido, la «Corona» estalla en la cima de esas magnificencias. Luego los rayos blanquean, los colores se esfuman, palidecen, desaparecen.

»La luz ártica, Proteo aéreo, reviste mil formas, se desenvuelve en combinaciones maravillosas: brillante efulgencia en lucecitas innumerables, parecidas á los fuegos de San Telmo, se agrupan en la cima de los mástiles; zonas de oro caprichosamente onduladas, serpientes lívidas con reflejos metálicos que resbalan silenciosamente por los espacios profundos; arcos iris concéntricos; domos espléndidos y diáfanos que iluminan el cielo ó tamizan la luz; nubes sangrientas y lúgubres, bandas largas y blancas que se distienden de una á otra parte del horizonte; tenues é inciertas nebulosas como ligero velo de gas...»

Otros fenómenos, otros cuadros no menos extraños:

«Es un radiante parhelio, unas veces segmentario, otras equiparado; lo más frecuente son dos ó tres falsos soles, algunas veces cuatro, ocho y hasta diez y seis espectros luminosos que se convierten en centros de otras tantas circunferencias; á veces horizontal, envuelve al espectador en una multitud de imágenes solares, transportándole como bajo una cúpula iluminada por linternas venecianas. Una luna, que jamás se pone, transforma en día las largas noches del solsticio de

invierno, se multiplica por el paraseleno, y cuatro ú ocho lunas surgen del horizonte.

»Estas noches tan tranquilas y silenciosas en que las palpitations del corazón se hacen perceptibles, están embellecidas por una luz fantástica que juega al través del rocío helado. Pirámides de cristal, pulidas, brillantes, prismas, gemas irisadas, columnas de alabastro, estalactitas de aspecto sacarino y vitroso, entremezclados de encajes y festones de blondas immaculadas. Arcadas, torres, bóvedas, pináculos; la luna acaricia con sus rayos misteriosos toda una arquitectura de hielo y de nieve, de escarbuchas y piedras preciosas. País de magia y de ensueños.

»El vapor aspirado se condensa en neblinas heladas que chocan en el aire denso produciendo ruidos singulares, recordando el chirriar de las branquillas, el silbar de una varita ó la ruptura de un papel grueso. Algunas veces un relámpago súbito, sin detonación, anuncia el término de una aurora boreal, de una tempestad magnética, cuyo centro está situado encima de la vista. Estampidos de trueno advierten la proximidad de un lago donde los nacimientos de agua hacen deshelar el hielo. ¿Escucháis esta conversación? ¿Escucháis ese tintineo de cascabel, esos chasquidos de látigo repercutidos? Os creeréis que esos ruidos se producen allí cerca; pero los instantes y las horas se pasarán antes que hayáis visto llegar las personas de las que os separa corto espacio. Sin embargo, un disparo de fusil hecho á vuestro lado no ha producido más ruido que la ruptura de una nuez...

«Es el espejismo con sus fantasmas de riberas, sus montes invertidos, sus árboles que marchan, sus colinas que se persiguen, sus dislocaciones de paisajes, sus fantasmagorías kaleidoscópicas de supuestos abedules sobre verde césped... Columnas de humo que se elevan por entre la niebla producen la ilusión de un campamento. Y sobre el mar, troncos de árboles, venidos de no se sabe dónde, se inflaman en sus frotaciones violentas con el hielo.»

Por todas partes frío. He aquí cómo habla un desgraciado de la *Jeannette*:

«En fin, el invierno se presenta con todo su rigor. El termómetro baja hasta 52 grados. Nuestro abrigo desaparece bajo catorce pies de nieve; vientos implacables cargados de granizos agudos, nos obligan á echar día y noche el carbón y el aceite en dos sartenes que conservan algún calor á nuestra sangre.

«Yo hice helar mercurio y golpearlo sobre el yunque. Nuestro aguardiente, helado, tenía el aspecto de un bloque de topacio. La carne, el aceite y el pan se partían á hachazos. Jos olvidó de ponerse uno de sus gruesos guantes: un minuto después su mano estaba helada. El pobre amigo quería calentar sus dedos con agua tibia, pero instantáneamente se cubría de hielo. El médico tuvo que amputar el miembro á nuestro infortunado amigo, que sucumbió al día siguiente.

«Hacia mediados de enero una caravana de esquimales vino á pedirnos algunos pescados secos y aguardiente. Nosotros les dimos además tabaco, que fué todo aceptado con lágrimas de alegría. El jefe, anciano dé

bil, nos contó que el mes anterior se había comido á su mujer y á sus dos hijos.»

Otro ve las cosas por el lado bueno:

«Este frío más terrible que el lobo blanco y el oso gris, este frío que sorprende á su víctima á su salida, instantáneamente, mortalmente, es un frío que activa y purifica la sangre, reanima las fuerzas, activa el apetito, provoca las funciones del estómago, es el mejor de los caloríferos; adormece el dolor y contiene la hemorragia. Si es hora que nos hiera, que sea durante el sueño; así produce la muerte en medio de ensueños. Este frío intenso, tan seco y puro, evita la putrefacción, destruye los miasmas, purifica el aire, aumenta la densidad; él depura el agua dulce, destila las ondas saladas del Océano y las convierte en agua potable; transforma en cristales la leche, el vino y los licores, permitiendo transportarlos; reemplaza la sal en las carnes, y el cocimiento en las frutas, que las conserva duraderas; hace comestibles la carne y el sebo crudos; petrifica los pantanos y lagunas, detiene el curso de las enfermedades, revela á los cazadores la presencia del reno envolviéndolo de niebla. La seda, el pelo, las plumas, se unen á los dedos como si estuviesen impregnados de liga; las virutas se adhieren al cepillo. Los cabellos crujen al peinarse, se agitan y crepitan. No se puede uno envolver con mantas y ni echarse encima un simple cobertor de lana sin ver salir de su pelo, y de todas partes chispas y luces que centellean...»

Muchos han pretendido que la raza de los inoítas es la más grosera y atrasada de nuestra especie. Esta distinción ha sido concedida generosamente á tantas hordas, poblaciones y nacionalidades, que ha terminado por carecer de toda importancia; ya no es más que una figura retórica, un modo sencillo de decir que los así calificados son poco conocidos. Cada explorador presenta á los salvajes que observa como ignaros y brutos. Tomándose como medida de la humanidad, no encuentra expresión bastante fuerte para indicar la distancia entre ellos y su personalidad.

Sea lo que fuere, ningún pueblo es más curioso que el de los inoítas. Ninguna raza está menos mezclada, es más homogénea y característica. No obstante, está esparcida en un territorio de cinco ó seis mil kilómetros, en una extensión que ocupa entre el tercio y la mitad de la circunferencia terrestre, tomada en el 67° 30' de latitud. Morton, ya en 1849, hacía de los esquimales y otras razas polares una sola familia, la de los Mogolo-Americanos, á la cual pertenecen: la Groenlandia, con sus millones de hectáreas bajo la nieve, el vasto Labrador, el inmenso cúmulo de islas y penínsulas conocido con el nombre de tierras de Baffin, Melville, Boothia, Victoria, Wallostón, Banks, Parry y Príncipe Alberto; además, toda la extremidad N.O. del continente americano y el archipiélago Aluta, extendiéndose en diversos grados, desde Alaska á la Reina Carlota, hasta Vancouver, los Thlinkets Koloches, Kouskowsins, Haidas, Ahts y otras tribus del litoral, las cuales se indianizan á medida que avanzan hacia el Sur. Riuk, Da-

llas y Federico Muller, pretenden asimilar á la raza esquimal la extensión de las costas que habitan los Tchouktches, Korjaks y Tschoukajires, por aparecer mezclados con las hordas asiáticas. Para abreviar, nadie discutirá la opinión de Latham:

«Los esquimales ocupan una extensión geográfica que les concede una importancia excepcional. De su afinidad más ó menos manifiesta con varias otras familias humanas depende la solución de algunos problemas etnológicos de gran trascendencia.»

Ni la de Topinard:

«En Asia, los pueblos han sido infundados de Oriente á Occidente y de Occidente á Oriente de un modo tan prodigioso, que la raza más característica debe ser buscada por la otra parte del Pacífico, en los mares polares.»

Cualquiera que sea nuestra opinión sobre los problemas relativos al parentesco de los hombres, lo cierto será que los esquimales, en su mayor parte, son producto de su clima; pues el medio implica una alimentación, residencia y costumbres apropiadas.

Fácilmente se exageraría la extensión que ocupan esos hiperbóreos, como se les llama con frecuencia, si no se reflexiona que en el continente americano, la extensión que ocupan no es más que una fachada, un brazo de tierra ancho de unos 20 ó 30 kilómetros, que alcanza en el interior una amplitud de 78 á 80 kilómetros á lo largo de ciertos ríos, tales como el Youkou y el Mackenzie, del cual no alcanzan más que la parte marítima. Por ese motivo, Dall proponía que se les

diera el nombre de Orariens (de *orilla*) al conjunto de las estrechas longitudes de los inoítas. En el bosque, fuera de la estrecha banda ocupada por ellos, empiezan los Pielos-Rojas, enemigos que les hacen una guerra de exterminio. Esta animosidad, algunos sabios antropólogos han pretendido explicarla «por la diferencia de sangre» (Von Klutschak). Si valiera creer á los indios, el odio tiene otro motivo. No pueden perdonar al esquimal que se coma crudo el pescado. De ahí los nombres de abanique, de *Esqui mautik* (1) y objibenerianos, *Ayeshkimen*, que, aplicados en un principio á los Labradorianos, se han hecho extensivos poco á poco al conjunto de las tribus hiperbóreas. A nosotros nos parece más lógico atribuir esta enemistad, que por momentos toma aspecto religioso, á una causa siempre actual, siempre eficaz: la de la competencia vital; unos y otros se disputan la presa que ellos se comen cruda ó viva. El indio no es exclusivamente cazador, sabe también arponear al salmón. Por su parte, los inoítas saben cazar al oso, al ciervo y al gallo silvestre. En Alaska, se distinguen entre sí por «gentes de tierra» y «gentes de barco», según el género de vida á que se entregan con preferencia.

Cerrados al resto del mundo por su barrera de hielos y escarchas, los esquimales han quedado, más que pueblo alguno, fuera de las influencias extrañas, fuera de

(1) Charlevoix, *Histoire de la Nouvelle France*.

nuestra civilización que rompe y transforma todo cuanto toca. La ciencia prehistórica ha comprendido bien pronto que ellos ofrecían un tipo intermedio entre el hombre actual y el hombre de tiempos desaparecidos. Cuando se penetró por entre ellos la primera vez, se encontraban en plena edad de hierro y de piedra (Nordenskiöld, *Voyage of the Vega*), lo mismo que los guachos cuando se les descubrió; sus hierros y aceros son de importación muy reciente y casi contemporánea. Los europeos del período glacial no llevaron una vida muy diferente á la que arrastran hoy los inoítas en sus estepas de nieve. Como se vive ahora en la Groenlandia y el Labrador, se vivía antes en Thayingen, en Schusseuried y la Vize-re. Los trogloditas de Eyzies han emigrado á los alrededores de la bahía de Hudson; con el retroceso sucesivo de los hielos, y siempre en persecución del reno, se han acercado al Polo. Tal es notablemente la opinión de Mortillet, d'Abbott y de Body Darvokins, que creen á los esquimales por descendientes directos de los trogloditas magdalenianos. En todo caso, dicen estos autores, si se introdujesen en las cavernas de la Dordoña objetos de origen esquimal, no se les sabría distinguir de los dejados por los autóctonos.

A estos estudios geológicos sobre New-Hampshire, Grote da como conclusión que en las regiones de White Mountains ó Montañas Blancas, el retroceso de los hielos se remonta á una década de siglos, próximamente, y que los ascendientes de los esquimales tomaron posesión del suelo á medida que retrocedían las nieves, y después de ellas los rebaños de renos. Resultado que

hay que tener presente ante aquel á que llega Bessels, que, después de cuidadosas mediciones, afirma que el tipo craneano de los inoítas no es diferente al de los *Mound Builders*, ó constructores de túmulos, población desaparecida, que en otro tiempo practicó las gigantescas instalaciones de tierra que se han encontrado en varias partes de los Estados Unidos.

Algunos autores pretenden que los esquimales, en otro tiempo, llenaron la América polar con sus estaciones de caza y pesca, y hasta que llegaron á dominar en los países que vinieron á ser el Canadá, Nueva Brunswick, Nueva Escocia y Nueva Inglaterra, de donde fueron desalojados por los primeros Hurones, Iroquinos y Algonquinos.

Una ciencia más bien informada dirá su opinión sobre estas aseveraciones. Algunos sabios las estiman ya como suficientes para resolver el problema tan difícil de la población de América. Afirman que todo el continente occidental, desde el cabo Golovino hasta el estrecho de Magallanes, ha debido sus habitantes á una sola raza esquimoidea. Lo cierto es que las razas de los inoítas y los pieles rojas, á pesar del odio que las divide, aparecen aproximadas como tipos intermedios en el vasto Alaska y la Colombia británica. Y, por la parte de Asia, los viajeros, inclinados á observar más bien las analogías antropológicas que las diferencias étnicas, no dejan de consignar que el inoíta cae, por transacción insensible, hacia el Yacouta y el Samoyedo.

¿Quién no conoce la fisonomía esquimal? Grueso tronco sobre piernas cortas, extremidades notablemente pequeñas, dedos patones, carnes blandas. Cráneo esencialmente dolicocefalo; cabeza gruesa, pómulos salientes, larga cara, llena, como hinchada, cabellos negros, largos, duros y rígidos; nariz aplastada. Un viajero ha dicho placenteramente que, bajo esas latitudes, una raza de nariz romana no se hubiera podido mantener (F. W. Butler); con demasiada frecuencia la protuberancia del aparato del olfato se hubiera helado y se hubiera caído, mientras que la nariz aplastada está menos expuesta á tan desagradable accidente. Los rasgos de la cara, y especialmente los ojos, presentan un notable parecido con los de los chinos y tártaros (Lubbock). La piel, de un amarillo obscuro, recubierta de una espesa capa de grasa aceitosa, produce al contacto un frío desagradable. El invierno le da un tinte muy claro, casi europeo, pero en cuanto llegan los primeros días de primavera, se obscurece, se hace negra, como por una muda. Por sucia que sea su cara ancha y bonachona, produce una impresión favorable al extranjero. El término medio de los inoítas oscila entre un metro cinco y un metro siete (1).

El nombre de Esquimales ó *Comecrudo* no es, según nosotros mismos hemos visto, más que un sobrenombre. Ellos mismos se llaman inoítas, nombre que significa hombre. Bajo todas las latitudes, los salvajes se atribuyen esa apelación halagüeña entre todas. Desde el

(1) Fr. Mueller, *Allgemeine Ethnographie*.

Tschouktche al Diané, Canaca ó Apache, no existe bárbaro que, en conciencia y con perfecta convicción, no se atribuya la calidad de hombre por excelencia. Pero como los vecinos hacen igual, ha sido preciso distinguir entre «hombre» y «hombre»; y se han dado designaciones especiales, tales como hombres-cuervos, hombres-lobos, hombres-zorros, etc.

Entre los más ingenuos podemos contar los Kolches, variedad de raza esquimal, los cuales creen llenar ellos solos lo menos la mitad de la tierra, habitada en primer lugar por los koloche y en segundo lugar por los nokoloche. Los antiguos Beni Israel no conocían tampoco más que dos países: la Tierra Santa, la suya, y el resto de las comarcas, habitadas ó no, eran profanas y sin homogeneidad. La cosmogonía esquimal cuenta que Dios era un groenlandio llamado Kellak; amasó con un terrón de tierra el primer hombre y la primera mujer. Primero ensayó en kodliouna, el hombre blanco, pero, torpe como principiante, lo erró, no dándole al mismo tiempo la foca. En la segunda tentativa halló la perfección y creó el hombre, el verdadero, es decir, el inout ó inoita.

En Smith-Sound se encontraron habitantes que no sabían tanto, extrañándose en gran manera al saber que su tribu no era la única en el mundo.

Los inoítas, hemos dicho, se encuentran distribuidos sobre un brazo de tierra desmesuradamente largo, pero sin profundidad. Sus campamentos están separados por

espacios desiertos y desolados de 15, de 30 y hasta de 150 kilómetros. Invernan siempre en el mismo sitio. Si el patriotismo es una virtud, ellos lo poseen en alto grado. Jamás paisajes con bosquecillos verdosos, mieses doradas, sauces reflejándose en los arroyos de aguas argentinas, fueron más queridos que esos campamentos de nieve y esas colinas de hielo, esos promontorios escabrosos y esos bancos de hielo bajo un cielo inclemente. El esquimal se ha adaptado tan bien á su medio que no podría vivir fuera de él, tanto se ha identificado con la naturaleza que le rodea. No obstante, viaja algo. En verano, cambia de sitio vagando en sus expediciones, llevando su tienda, ó mejor dicho, haciéndola llevar á sus perros enganchados á su trineo, pero de raza particular (1), más grande que la raza de los Pirineos y que la de los Abruzzos; no ladran, pero aullan horriblemente (Butler). Ha sido modelado para su uso especial á latigazos continuos, durante muchos siglos. El perro es para el esquimal lo que el reno para el lapón y el samoyedo, el camello al targui y el caballo al beduíno y al tártaro; es el gran medio de locomoción, el amigo inseparable, y, en situación desesperada, el último alimento.

Una banda de perros va uncida al trineo. Jamás podría usarse un látigo que alcanzara á las líneas delanteras. ¿Qué hacen, si es preciso ir de prisa? Pues el conductor inflige una regular paliza al primer perro que tiene á mano, y éste, que sabe su oficio de esclavo, no se resigna á sufrir solo la tortura; no pudiendo vol-

(1) Curtu, *Philosophical Transations*.

verse para morder, muerde la primera carne que tiene delante, y mordiendo cada cual del mismo modo, en un instante todos los perros se sienten mordidos y el trineo corre rápidamente sobre la nieve en medio de protestas, gruñimientos y aullidos. ¿Qué de más humano? ¿El carro del Estado no avanza acaso igual?

Llegada la noche, el guión de cada jauría se ata cerca de cada trineo; machos y hembras le rodean y se acuestan á sus pies. Esa sumisión, resultado del cansancio que les aniquila, no es más que intermitente; el jefe de la jauría tiene trabajo de sobra para someter á sus vasallos: las hembras particularmente, se sienten vagabundas. Los machos tiran de la cuerda, gruñen, fruncen el hocico, impacientes por el momento que les permita medirse con sus rivales. Cada uno busca su puesto en la lucha. Una larga serie de combates establece la supremacía del más robusto y del más hábil; pero tampoco esta autoridad es respetada por mucho tiempo. De un día á otro estallará nueva revolución fomentada por cualquier ambicioso, que se apercibe de la disminución de fuerzas del jefe, por la edad ó por otra causa. Esos perros quieren el tumulto; la batalla es el ideal de su existencia. Para mantener la disciplina por entre el bello sexo, se ponen á prueba los dientes de la reina favorita, que, salvo los casos de celos, ejerce sus prerrogativas con bastante buen juicio; lo más frecuente es que el rey se someta sin protesta cuando la soberana parece próxima á enfadarse (1).

(1) Nares, *Voyages á la mer Polaire*.

Según las autoridades que se consulte, se oye decir que los esquimales viajan poco ó que viajan mucho. Aserción que dejaría de ser contradictoria si, en vez de expresarse de una manera general, se hubiese hecho mención cada vez del nombre particular de la tribu de que se habla. Los unos afirman que los inoítas tienen un centro de cambio entre el estuario del Mackenzie y el del río del Cobre. Otros, negando que ese cambio sea bastante activo para merecer el nombre de comercio, cuentan que los groenlandeses y los labradorianos ignoran tener hermanos en el estrecho de Bering. Se ve uno inducido á creer que los accidentes locales, que las particularidades tradicionales diferencian profundamente esas poblaciones que, desde tiempo inmemorial, se perpetúan cada una en su pequeño rincón. Pero causa extrañeza saber que desde la Groenlandia al Labrador, y de aquí al archipiélago aleuta, como desde éste á los tchoukches, las costumbres se distinguen sólo por insignificantes detalles; que, en líneas generales, las creencias y supersticiones se confunden; que la familia esquimal ocupa una inmensa región. Esto se explica: los habitantes se encuentran dominados por los dos mayores factores de la existencia, el clima y la alimentación, cuyas condiciones se imponen en forma igual á unos y otros. Todos sienten las mismas necesidades y recurren á los mismos medios para satisfacerlas; hacen un mismo género de vida, medio terrestre medio marítima; se alimentan con los mismos pescados, se apoderan de iguales piezas cogidas por los mismos procedimientos, análogos instrumentos y pa-

recida astucia. En esas latitudes, la vida no es posible sino por la observación estricta y rigurosa de ciertas obligaciones, muy racionales, después de todo; es preciso aceptarlas bajo pena de muerte, y se conforman sin violencia. El hábito es una segunda naturaleza.

Fuera de los seres de su especie, el inoíta no conoce más que la Gran Ballena, Martín el Oso, ser Morsa, señor Foca, el Viejo Lobo, y estos y otros personajes importantes: zorros, liebres, nutrias y otasias. Se les caza y recaza, pero procuran hacerles olvidar tan mal proceder prodigándoles el testimonio de su honor y su respeto; por lo demás, se les admira sinceramente, y en muchas ocasiones se les toma como modelos. Sin la foca y la morsa no les sería posible la vida. La primera es, mezclada con pescado, el fondo de la alimentación general; en cuanto á la segunda, en muchas islas y penínsulas constituye la única alimentación durante algunas semanas. Un hambre mortal destruye las tribus cuando las morsas se ausentan, ó cuando inviernos excepcionalmente rigurosos levantan barricadas de hielo al través de ciertos parajes, como sucedió en 1879-80, en que poblados enteros desaparecieron hasta su último habitante. Sobre todo en la isla de San Lorenzo ó de Eivugen, en las aguas de Alaska, á media distancia entre el antiguo y el nuevo continente. La morsa y las focas hacen al inoíta el mismo servicio que al polinesio el cocotero, que al australiano el kanguro; constituyen su alimentación y sus vestidos, pasan por su

persona y sobre su persona, la calientan y alumbran, cubren su choza al exterior, la tapizan en el interior. Con las pieles construyen sus barcos y bateles: kayaks, umiaks, baidarkas; con los huesos fabrican toda clase de armas y herramientas; el marfil de la morsa constituye el principal valor de cambio. El país hace homogéneos, en parte, al hombre y la foca; anfibio también el hombre, tiene de ese animal las costumbres, el carácter, la apariencia, hasta la fisionomía; nada tiene esto de extraño, puesto que hacia la foca dirige todos sus pensamientos y sentidos. Construye su casa de invierno según el modelo que le ha dado la foca en su *iglou*. El uno como el otro son rechonchos, todo abdomen y tórax, voraz, alegre, familiar, con grandes ojos dulces é inteligentes. A primera vista no se forma una opinión elevada de esas pesadas masas de carne; pero observándolas de cerca, se siente extrañeza el reconocer su gran inteligencia y buen carácter. Es de notar que el animal es de un amor más celoso que su compatriota humano:

«Al llegar la primavera, las hembras salen del mar y los machos se encuentran en las orillas esperándolas. Estos las saludan soplando aire por las narices, produciendo un ruido terrible, señal de batalla. Esos monstruos se levantan sobre sus aletas, entablándose una lucha general, en la que los formidables dientes de su amplia boca producen terribles heridas. Tendidas á la larga, las hembras son espectadoras del combate, cuya causa son; el vencedor será su esposo, ejerciendo autoridad absoluta y conduciéndose con fiereza. Pero su do-

minio está sujeto á las invasiones; las fronteras son frecuentemente salvadas por pequeños destacamentos; los machos que han sido descartados en la lucha, ruedan no lejos, hacen señas que escucha amorosa alguna hembra ligera de cascos, mientras que su amo y señor está ocupado en otra parte. Si se da cuenta éste del manejo, gruñe con voz furiosa, se precipita sobre su rival y, si no puede alcanzarle, se arroja sobre la infiel y le deja un doloroso recuerdo. Todo ello no obstante, su dominación es casi siempre fugaz, uno de los vencidos vuelve á la liza y le substituye á su vez (1).»

La fisionomía del oso polar es también original; tan torpe en apariencia y tan extremadamente hábil en todo cuanto emprende. Una fina y astuta cabeza de zorro sobre un pesado cuerpo desproporcionado; su espesa piel es un saco de malicia. Su carne fresca es delicada, pero de lo más indigesto; por eso la dejan en último lugar, si el hambre lo permite; en cuanto á su hígado, pasa por ser un veneno muy peligroso, lo cual tiene el mérito de hacerle muy buscado por las hechiceras. Los inoítas reconocen al oso como su maestro de caza cuando persiguen las focas; de él cuentan maravillas de habilidad y discreción. Desde lo alto de una roca donde ha subido sin ser notado, vigila las morsas y otarias que se regocijan en la playa. Que se pongan á tiro y él les aplastará la cabeza arrojándoles una gruesa piedra ó un bloçue de hielo con increíble fuerza y habilidad peculiar. El oso *habla la lengua foca*, halaga y fas-

(1) Malte-Brun, *Nouvelles annales des Voyages*, 1855.

cina á la pobre bestia que, sin embargo, debía conocerle desde hace largo tiempo; él la duerme por un encantamiento del que los inoítas conocen el secreto, que ellos cuentan con toda la exactitud que pueden... Podría creerse que exageramos; citemos un testigo ocular, el verídico Hall:

«Coudjissi», hablaba el foca. «Acostado sobre uno de sus lados avanzaba hacia adelante por una serie de saltitos y reptaciones. Cuando la foca levantaba la cabeza, Coudjissi detenía su avance, se pavoneaba con los pies y las manos, pero hablando, parloteando sin cesar. Entonces la foca se levantaba un poco, después, con estremecimientos en las aletas, se arrastraba como en éxtasis sobre los lomos y los costados, luego de lo cual su cabeza volvía á caer como para dormirse. Y Coudjissi continuaba avanzando de nuevo, resbalándose, hasta que la foca levantaba otra vez la cabeza. El manejo se renovó varias veces. Pero Coudjissi se aproximó con excesiva viveza, el encanto fué roto, la foca se sumergió y no se la volvió á ver. ¡I-ie-oue! exclamó el cazador impaciente. ¡Ah! ¡si nosotros supiéramos hablar tan bien como el oso!»

Si la foca, si el oso debieran creer lo que se les canta, las «palabras que se les dicen», coger á esos animales, matarlos, arrancarles la piel y comerlos no serían sino detalles accesorios, formalidades obligadas para proporcionar á los inoítas la ocasión de aproximárseles, de presentarles los homenajes más sinceros y respetuosos. Ello no obstante, el cazador que ha dado su *golpe* se está generalmente encerrado en su choza du-

rante uno ó varios días, según la importancia de la presa cogida. Teme el resentimiento de su víctima. Pero como siempre existen acomodamientos con los poderes del otro mundo, si el tiempo aprieta y la caza produce, se verá en el trance de adicionar las penitencias sufridas para hacer de una vez las expiaciones ó bien por series, en tiempo más oportuno. Mientras tanto, ponen en lo alto de una percha la vejiga del oso, bolsa en la cual el cazador deposita sus mejores puntas de lanza y arpón. Si la bestia era un oso, la vejiga contendrá los cristalitos y collares de la mujer y sus joyas de cobre. El paquete no lo bajarán hasta pasados dos ó tres días y tres noches. Magia elemental: puesto que la vejiga es para el esquimal el órgano donde reside la vida, éste comunicará á los objetos que se pongan dentro las virtudes físicas, morales é intelectuales del alma que allí habitaba no ha mucho. No es inútil mencionar, á propósito de esto, que una vejiga atada á la punta de su célebre palo, el *kayak*, le hace insubmersible y evita á éste adminículo innumerables movimientos. Añadamos que las correhuelas unidas á los arpones van siempre provistas de una vejiga hinchada que hace sobrenadar á todo, cuando el animal se sumerge debajo del agua después de haber sido herido.

No quiere esto decir que la doctrina de los inoitas haga de la vejiga el único receptáculo del espíritu. El hígado, el «inmortal hígado», para servirnos de una expresión de Virgilio, es otro sitio del destino. El cazador que acaba de herir á una foca, transmitirá la virtud de su suerte á un camarada torpe ó desgraciado

si remite el hígado á una hechicera que, sin pérdida de momento, lo da al infortunado; éste lo masticará lentamente, lo ingerirá también con lentitud y después será otro hombre (1).

Al primer arenque que se deje arponear, se le dirigen cumplidos solemnes, se le apostrofa como á un gran jefe de tribu, se le prodigan títulos pomposos, y para tocarlo se ponen guantes (2), en sentido propio y figurado. A las mujeres les está prohibido tocar la primera foca capturada; sólo á los hombres les está permitido aproximarse. Y cuando van á perseguir la morsa, no se permite tocar las pieles de reno, hacer correas ó coserlas á los vestidos. Sería un defecto de procedimientos hacia la Gran Morsa, que se vengaría impidiendo la pesca de las morsas pequeñas.

Sin duda que todo ésto es pura ficción; pero en materia de religión, sería bien hábil quien distinguiese lo falso de lo sincero. Digamos que todo eso es hipocresía ingenua, mentira infantil.

Tanto como las fisionomías, como las costumbres y los vestidos se parecen los dialectos: los de la costa de Asia y el estrecho de Bering, difieren poco de los que hablan en Groenlandia, en el Labrador y el río Mackenzie. Rink, competente en la materia, se inclina á creer que la afinidad es tan grande que los que hablan

(1) Rink, *Tales of the Eskimos*.

(2) Dall, *Alaska and its Resources*.

esas lenguas se deben comprender ó debieran comprenderse.

Las generaciones pasan sin que el habla sufra cambios apreciables. Así, los cuentos literarios se transmiten de siglo en siglo; las versiones recogidas en las localidades, distantes centenares de leguas, difieren menos que si entre nosotros la contara un mismo hombre distintas veces. El inoita no carece de eufonía y toma cierto acento musical en algunas bocas. Su estructura y la de las lenguas americanas están establecidas sobre el mismo modelo polisintético. En una palabra, pero muy larga, concentran ellos una frase, ó varias. Halla cita:

Peniagassakardluarungnaeraugat

como una palabra bastante larga, pero sólo tiene una treintena de letras, y hay palabras hasta de cincuenta. Riuk traduce esta expresión:

Igdor-ssua-tsia-lior-fi-gssa-liar-ku-gamiuk,

por: «Mientras él le ordenaba ir al punto donde la gran casa debía ser construída.»

En teoría, podíase añadir á la palabra principal esos afijos tanto ó más, pero exceden raramente de diez, y se les agrupa, lo mejor posible, en orden lógico.

El sistema de numeración que han adoptado, es el más natural y más universalmente aceptado: el de

contar con los dedos. Los cuatro miembros son un hombre; para decir 8 enseñan una mano y tres dedos; para 24, un hombre y 4 dedos; para 35, un hombre y 3 miembros; para 80, 4 hombres.

Los refugios ó *iglus* presentan notables diferencias y varían según los materiales. Frecuentemente hay habitación de verano y de invierno; esta última establecida con cuidados particulares, porque los frios de 30 á 50 grados no son raros. El tipo de construcción más generalmente adoptado es la habitación-cueva. Las paredes se sumergen en el suelo hasta la altura de la cubierta ó poco más; el tejado mismo está cubierto de una capa de barro en terrones y se penetra al interior por el agujero del humo. La madera, si se tiene, emplease con extremada economía, sólo para puntales y vigas de carga. Para otros usos se las substituye por materiales diversos, tales como esquistos, costillas de oso, vértebras de ballena y dientes de morsa; pieles extendidas por las paredes suplen el defecto de ladrillos y tablas.

He aquí la descripción que nos hace Hayes de un palacio del Norte, la más suntuosa construcción de toda la Esquimalia:

«La casa del gobernador dinamarqués de Upernavik, construída en el mismo estilo que las otras del poblado y de todas las habitaciones de Groenlandia, es relativamente grande y cómoda. El vestíbulo, menos largo que en las construcciones ordinarias, no sirve de residencia á los perros de todas las edades; el propietario es bastante rico para dar á esos miembros de la

familia esquimal el lujo de una residencia por separado. Ese corredor tiene una altura de cuatro pies en vez de tres, y se corre menos el peligro de chocar con la cabeza al entrar. El tejado, el piso, las paredes, todo está guarnecido de tablas, llevadas desde los almacenes dinamarqueses. Las chozas del común de las gentes no miden más que doce pies de largas por diez de anchas. La casa del gobernador, como todas las demás, no se compone más que de una sola pieza, pero ésta tiene veinte pies por diez y seis. Las paredes, altas de seis pies y gruesas de cuatro, son, como en todas partes, mezcla de piedra y lodo. El tejado está compuesto de tablas y de tablones apenas escuadrados; el todo está recubierto de tierra. En verano, á cincuenta pasos de distancia, la cabaña ofrece el aspecto de un montecillo cubierto de verdura, y se confundiría con una pendiente cubierta de hierba sino fuese por el tubo de hierro que sobresale y el humo del carbón dinamarqués que por él se escapa. El país no produce otro combustible que un musgo seco; los del país lo impregnan de aceite de foca y lo queman en un plato de esteatita que sirve á la vez de hogar y de lámpara. En medio de la habitación, el piso se eleva un pie; en esta entrada nos colocamos nosotros con otros miembros de la familia. En el fondo estaban apilados sacos de edredón. Cuando llega la hora del sueño cada cual extiende su cama donde le parece. Ni paredes ni tabiques; las mujeres ocupan un lado de la sala y los hombres el otro.»

Más al Norte, las chozas de barro endurecido se hacen más raras, al menos en las habitaciones de invierno.

La tierra, casi siempre helada, es difícil de trabajar, y se construyen colmenas ú hornos, en cubos de nieve, dispuestas en capas anulares que van adelgazándose. Los itayanos disponen sus bloques en espirales desarrolladas con rigor geométrico. Esa forma parece única, y no se cita ningún otro ejemplo de ese sistema de arquitectura. John Franklín dice que una de esas chozas acabadas de construir es una de las cosas más hermosas que pueden salir de manos de hombre.

«La pureza de los materiales, la elegancia de la construcción, la translucidez de sus paredes, al través de las cuales se filtra la más dulce de las claridades, producen una belleza que el más puro de los mármoles blancos no podría igualar. La contemplación de una de esas cabañas y la de un templo griego adornado por Fidias dejan la misma impresión: triunfos del arte una y otro, son inimitables cada cual en su género.»

Pero con una ó varias familias emparedadas en tan estrecho espacio, sin ventilación por puertas ni ventanas, en medio de múltiple acumulación: hierbas, carnes en descomposición, pescados que se agrian, aceite rancio, restos y desperdicios de toda especie, ¿qué es, qué puede ser la limpieza? Esas chozas, que no sabíamos cómo admirar al ser terminadas, y que, desde fuera, nos encantaban por su forma ovoidea y su blancura immaculada, y vista de dentro por la luz pálida y suave que las penetra, esas chozas apenas habitadas, no son sino focos infectos, innobles receptáculos de inmundicia. Notoriamente sucios y puercos, los inoítas toman cuando pueden un baño de vapor; pero en tiempo ordinario,

sienten una invencible repugnancia por las abluciones, prejuicio del que se adivinan las consecuencias en medio de una aglomeración de digestiones en marcha. Por consecuencia de las basuras y de la falta de aire, el interior de las habitaciones exhala un hedor insoportable, á la cual contribuye sacos de pieles tiernas. La carne muerta desde varios meses se descompone de un modo perfecto. Alrededor el suelo se ve lleno de osamentas innumerables de morsa y de otarias, mezcladas con piltrafas infectas, cabezas de perro, de oso y de reno, y hasta con restos humanos.

El mobiliario de esas residencias es sorprendente; Ross describe las herramientas é instrumentos como la cosa más mezquina que pueda imaginarse: trineos, no de madera, sino de huesos, lanzas con la punta de diente del narval (*Monodon monoceros*), pobres cuchillos cuya hoja está incrustada de hierro meteórico (Pallas), alguna vez en estado mineral.

Un esquimal, habiendo oído el sonido de un reloj de pared en un establecimiento danés, preguntó si los relojes hablaban también. Se le presentó uno de repetición:

«— Pregunta la hora tú mismo.

«— Señor y persona excelente, ¿puedo esperar de su bondad el que se sirva decirme qué hora es?

«Se apretó un botón, etc...

«— Las tres y cuarto — dijo el reloj.

«— ¡Está muy bien! — contestó el buen hombre. — ¡Señor, yo estoy muy agradecido!»

Particularidad de los itayanos: no conocen arcos y fle-

chas sino de nombre, aun siendo los demás inoítas hábiles arqueros, y hasta varios de ellos habiendo aprendido á manejar diestramente las armas de fuego.

Otra observación importante: estos itayanos no tienen ninguna clase de embarcación. Ross no podía explicarse lo que veía. ¿Cómo un pueblo del litoral marítimo, cómo una población de pescadores, puede carecer de todo medio de navegación que se posee, por otra parte, en los poblados vecinos? ¿Cómo no han imitado un instrumento necesario, un instrumento tan sencillo, al menos en apariencia, y que conocen de vista ó por haber oído hablar de él?

Kane confirma esos informes y dice que no conocen los kayaks más que por tradición, aunque los esquimales se tienen por los más atrevidos marinos, los más expertos bateleros, y cuya existencia está tan unida al mar, que la barca constituye su unidad sociológica. En un pueblecillo hiperbóreo, cuentan las barcas como en otra parte los fuegos; todo jefe de familia debe ser dueño de barca. «Si los itayanos tuviesen barcas, observa Bessels, los pobres perseguirían las bandadas de narvales, obtendrían pescas fructuosas, y se librarían de hambres largas y crueles. Y cuando no tienen ya otro recurso, cuando se ven reducidos al último extremo, harían mejor que lanzar todos sus trineos al agua, atados unos con otros, sistema peligroso y en extremo incómodo.» Este observador no se explica la falta de barcos más que por la hipótesis de una degeneración: la población, más bien dotada en otro tiempo, debió co-

noocer el arte de la navegación; por una ú otra causa debió haberlo olvidado.

Esta indiferencia extraordinaria parece exceder todo lo explicable, sobre todo entre gentes que no se les ve, en ninguna otra materia, aparecer más estúpidos que sus congéneres y próximos vecinos. Hasta que estemos más bien informados y sin pretender cortar las los dificultades que embarazaban á tan finos observadores como Ross y Bessels, adoptamos la explicación sugerida por Riuk. Más al Norte, dice éste, el mar se encuentra helado con demasiada frecuencia para que las barcas y kayaks sean de provechoso uso. Llevando hasta el extremo la división del trabajo, los itayanos se debieron inclinar exclusivamente á las prácticas de la caza menospreciando las de la pesca, estimando, tal vez sin razón, que perderían el tiempo empleado en la construcción y maniobra de kayaks, baidarkas y uniaks.

Muy prácticos en su género, los vestidos de los inoitas son hasta susceptibles de elegancia; pregúntese, si no, á los oficiales y marineros que han tenido el honor de bailar con coquetas groenlandeses. A primera vista parecen de corte idéntico el de los hombres y las mujeres, pero estos últimos los alargan en forma de cola y los guarnecen de un más amplio capuchón, en el que la madre mete á su pequeñín, que se acomoda confortablemente, á menos que no lo introduzca en una de sus botas. El sobretodo, fabricado con intestinos de foca, iguala en impermeabilidad á nuestros mejores impermeables de caucho y son bastante más ligeros. En ciertas localidades el sexo masculino adopta vestidos de

pluma; el femenino de pieles; en otras partes el vestido es doble: pluma por encima y pelo por debajo. Las personas jóvenes llevan botas blancas, de piel fina y bien curtida; las casadas botas encarnadas. Para indicar la tribu á que pertenecen, los hombres se cortan el cabello de ésta ó la otra forma y las mujeres se hacen tatuajes especiales.

Sin recurrir al peine, la mamá escudriña por entre los pelos del pequeño y se compensa de su trabajo por la caza que recoge. Frecuentemente las comadres se acuclillan en círculo y organizan una batida general. Rápidas como macacos, meten los dedos por entre la cabellera empegostada; las manos van y vienen de la cabeza á la boca y de ésta á la cabeza. Tan pronto visto como no visto...

Ese cuidado es una de las funciones de la mujer primitiva: todo conocedor de cuentos antiguos y viejas leyendas habrá observado cómo en todas las grandes escenas de amor, el héroe se sienta á los pies de la virgen, ésta le coge la cabeza entre las piernas, lo espulga, y, tras de una dulce expresión, otra dulce expresión, le magnetiza y aduerme.

Las bellas esquimales se sirven de un bastoncito terminado en espátula, que hace funciones de dedo prolongado; con él se rascan la espalda, hurgan en las profundidades del vestuario. Diríase que el pequeño instrumento es copia de los rascadores de marfil, que los tenderos del mundo elegante exponen en los escaparates suntuosos de la calle de Richelieu, de Piccadilly y de Regent Street: los extremos se tocan. En Oriente,

dice Chardín, una mano de marfil no falta jamás en la *toilette* de las mujeres, porque sería indecente rascarse con los dedos.

El buen tiempo trae la abundancia; entonces, en los intervalos que deja la caza, nuestros hombres no encuentran placer más dulce que masticar dando vueltas á la choza, durmiendo buena parte del día y despertándose sólo para llenar el vientre. Comer es placer y voluptuosidad; ellos os dirán con convicción haber sido gratificados con un *inoua* ó genio especial, el Demonio del apetito. Para ellos tendría poco valor la famosa expresión: «El hombre come para vivir y no vive para comer.» En cuanto aparece el día, la madre baña los labios de su niño con un poco de nieve y luego los restrega con un pedazo de carne, como diciéndole: «¡Come, hijo querido, come y bebe!»

El invitado á sus comidas no debe ir con remilgos, sino atacar bravamente, al modo de los héroes de Homero; el huésped debe manifestar hambres hercúleas, parecidas á las del dueño; el honor que se le reconoce está en razón directa del apetito satisfecho. Si el invitado es decididamente incapaz de devorar todo lo que le presentan, viene obligado, por educación, á llevarse todo lo sobrante.

Comedores poderosos son estos esquimales. Virchow dice que su cráneo y toda su anatomía está determinado

por las mandíbulas, que determinan ellas mismas la eterna masticación (1).

«Tres salmonetes nos bastaban para diez personas; cada esquimal se comió dos... cada uno de ellos devoró 14 libras de salmón crudo, como simple colación para honrar nuestra presencia. Pasando la mano por su estómago pude consignar una prodigiosa dilatación. Jamás hubiera creído que una criatura humana lo pudiese soportar (2).»

Con repulsiva avidez, se les ve absorber pescados descompuestos, aves oliendo á carroña. Tan poco delicados como los igorrotos de las Filipinas, que ponen como salsa á sus carnes el pienso de los búfalos acabados de sacrificar (3), no retroceden ante los intestinos del oso, ni siquiera ante los excrementos, arrojándose con avidez sobre los alimentos mal digeridos que encuentran en las tripas de los renos. Por más que el líquen sea tierno como la achicoria y sepa un poquito á salvado (Clarke, *Voyages*), nosotros no podemos representarnos esta comida sin sentir malestar, pero es el caso de repetir el axioma: «Sobre gustos y colores no debe discutirse.» Lubbock opina, con verosimilitud, que esta idiosincrasia se explica por la necesidad, que se impone á los inoítas, de sazonar, por medio de algunas sustancias vegetales, las pesadas comidas de carne con que cargan su estómago. El capitán Hall ha probado el

(1) *Verhandlungen der Berliner Gesellschaft für Anthropologie*, 1877.

(2) Ross, *Deuxième voyage*, 1829-1833.

(3) D. Sinibaldo G. M. s.

manjar él mismo, y declara que no hay nada mejor. La primera vez que comió fué en la obscuridad, y sin saber lo que metía entre sus dientes:

«Aquello era delicioso y se fundía en la boca... ambrosía con un gustillo de acedera...» Pero he aquí el *menú*: «Primera entrada: un hígado de foca, crudo y todavía caliente, del que cada huésped tuvo su parte, mezclada con manteca. En segundo lugar, costillas tiernas como jamás había yo comido, sintiéndose la sangre; nada más exquisito. Después de esto, tripas que la patrona vaciaba con sus dedos, un metro tras otro, y que luego cortaba en tiras de dos ó tres pies, aproximadamente. Se me sirvió este trozo delicado como significándome que yo no apreciaría aquello; pero tan bien como el primero sabía yo que todo es exquisito en la foca. Cogí una de aquellas cintas, que empecé á desarrollar entre mis dientes á la moda ártica, y exclamé: «¡Más! ¡Más!» Esto produjo extraordinaria sensación: las damas se entusiasmaron.»

Estos golosos se relamen y chupan los dedos con arándano y frambuesa deshecha en aceite rancio; saborean la grasa de la ballena, cortada en trozos alternados, blancos y frescos con negros y pútridos. Un bocado delicioso es la mezcla de hígado crudo espolvoreado con larvas aun vivas. Golosina es la grasa que se funde en la lengua; néctar los gusanos de leche que se encuentran en el esófago de las jóvenes focas, leche blanca como la de la vaca, perfumada como la de la nuez de coco. Delicia á ninguna otra parecida, es la sangre del animal vivo bebida desde la misma vena por medio de

un instrumento inventado para ello. Siempre que pueden, ahogan la caza más que degollarla, con objeto de no perder ni una gota del líquido vital que corre por las arterias. Cuando echan sangre por la nariz, juegan hábilmente con la lengua y se relamen de gusto. Las carnes aun palpitantes las mastican con delicia, cuyo jugo encarnado corre por su garganta dejándole un sabor azucarado, ligeramente ácido. La sal les repugna, tal vez porque la atmósfera y el pescado que comen está ya saturado. Golosos y lambrucios, saben apreciar la calidad, pero á condición que la cantidad sea abundante. Que esté cocido ó crudo, fresco ó podrido, les es igual á condición que haya mucho. En los tiempos de escasez, se tragan grandes cantidades de hierbas marinas que se han preparado con antelación en agua caliente. En general, el hielo y la larga espera han reblandecido ya sus provisiones de carne, hasta un punto que ellos estiman suficiente. En cuanto al cocimiento propiamente dicho, lo admiten en tiempo y lugar como refinamiento agradable, pero nunca como necesidad.

Belcher evaluaba en 24 libras por persona y por día el aprovisionamiento que una estación había hecho para el invierno, cantidad que se le daba como normal y muy razonable (1). El capián Lyon ha dejado, de una de las comidas de estos primitivos, un interesante relato:

«Kuillitleuk había comido hasta embriagarse. Se dormía, la cara roja y ardiente, la boca siempre abierta. Su mujer lo atiborraba introduciéndole en la garganta,

(1) Lyons, *Savage Islands*.

con ayuda del dedo índice, pedazos de carne hervida hasta llenarlo al ras de los dientes. Luego observaba atentamente la deglución. Los vacíos que se producían en el orificio los llenaba instantáneamente con tapones de grasa cruda. El feliz mortal no se meneaba, moviendo solamente las mandíbulas, masticando lentamente, no abriendo los ojos. De cuando en cuando exhalaba un suspiro ahogado; era que expresaba su satisfacción.»

Por la energía de su sistema digestivo únicamente se explica que los esquimales puedan vivir robustos y alegres bajo la rudeza de su clima helado. En ninguna parte, ni siquiera en la zona tórrida, se hace menos uso del fuego que en medio de esos hielos eternos. Ocupados constantemente en quemar aceite y grasa en sus estómagos, los inoítas, cuyo aliento arde, no buscan mucho el fuego de leña ó de carbón. «Viven siempre alterados, dice Parry. Cuando venían á visitarme, me pedían siempre agua, y la bebían en tan grandes cantidades que era imposible darles la mitad de la que hubieran engullido.» El frío, observa Lubbock, es más necesario que el calor á estos habitantes de casas construídas con hielo, y en las cuales la temperatura no puede elevarse al grado del hielo fundente sin que la cubierta gotee y amenace ruina, cayendo sobre los que abrigan. Grave accidente que ellos previenen en lo posible extendiendo pieles bajo la bóveda y en toda la extensión de las paredes, que se ha tenido cuidado de

hacer bien delgadas para que estén constantemente penetradas por el frío de fuera. Colgados en las paredes están los sacos que, como en casa de un descuartizador, contienen las provisiones de carne, las cuales para conservarse frescas, debieran estar constantemente heladas, pero no tardan en descomponerse y exhalar miasmas nauseabundos y sutiles que transforman bien pronto la guarida en pudridero inhabitable para los europeos. Hasta en los camarotes cerrados, los oficiales del *Alerte* recibían mal toda elevación de temperatura. Vestidos con sus pieles, la calor les fatigaba en cuanto la temperatura exterior subía á más de 15 grados bajo cero.

La época más malsana, se nos ha dicho, es la primavera, cuando hace demasiado calor para estar en el encierro y demasiado frío para salir de él. En esas chozas, cuidadosamente empotradas, en las que no se penetra sino por entradas subterráneas, el calor producido por la respiración y la combustión de aceites y grasas, dispensa de toda otra clase de calor. En medio de la habitación arde una lámpara bajo de la cual se pone á fundir la nieve que servirá de bebida. Encima pone el esposo á secar sus zapatos, cuyo cuero retorcido en forma de cuerno volverá á su estado de blandura, porque la esposa cuida de él masticándolo con sus poderosas muelas. La cocina se hace con esta lámpara y con ella se alumbran toda la larga noche que, desde que se pone el sol hasta que sale, no abarca menos de cuatro meses.

Espectáculo digno de interés es el que ofrecen esas pobres gentes agrupadas alrededor de la luminaria hu-

meante. Todos los autores han hecho remontar las civilizaciones al descubrimiento del fuego, y en ello han tenido razón. La humanidad, además de la bestia, nació sobre la piedra del hogar. El fuego irradió la luz y el calor, doble manifestación de un mismo principio del movimiento. Sin reflexionar lo suficiente, se ha dado á la acción calórica un predominio que pertenece más bien á la acción de la luz. Así, al menos, lo vemos en el ejemplo de esos hiperbóreos, que, se diría, tienen más que nadie necesidad de recurrir á la producción del fuego artificial, lo cual no hacen ó hacen muy poco. Pero en cambio, no saben vivir sin luz; y si se pasaran sin ella no se podrían establecer sensibles diferencias con sus rivales los osos, ni con las focas, que constituyen su alimentación. Nosotros atribuimos á la lámpara, más bien que al hogar, menos al calor que á la luz, la transformación en hombres, de los antropoideos más ó menos velludos.

La enorme alimentación desarrolla un calor interior que da por resultado inesperado una sorprendente precocidad á los esquimales. En esas comarcas árticas, se llega á la pubertad casi con la misma rapidez que en los países tropicales, y no es raro ver á las muchachas, hasta de diez y doce años, casarse con niños apenas de mayor edad. Los efebos de ambos sexos viven separados todo lo más posible, menos para los juegos; se les somete á la más estricta reserva.

La familia toda, no gusta de renunciar al servicio

de sus jóvenes mujeres. Numerosos cuentos populares nos las presentan imposibilitadas por sus hermanos de casarse con su enamorado (1). No es el dote lo que las detiene: ellos llevan por todo ajuar un cuchillo, un cortante y un rascador, y en fin, si sus medios lo permiten, una lámpara; en cambio, ellas recibirán un vestido completo; en cuanto lo aceptan, el negocio está terminado. Casi siempre el joven enamorado simula el raptó, la violencia; hasta cierto punto se ve siempre forzado á entregarse á vías de hecho sobre la persona de su preferida. Inmediatamente después de la boda, la pareja no se priva de sus satisfacciones, pareciendo extraños á todo sentimiento de pudor, y los misioneros se indignan reprochándoles su indecencia y su excesiva despreocupación (2). Esos hijos de la naturaleza no han salido del período de la animalidad, han de aprender todavía que las necesidades físicas no deben ser satisfechas en público. Ellos se excusan señalando el exíguo espacio en que viven encerrados durante los largos meses de invierno: un agujero bajo la nieve, en donde, siempre acurrucados, no pueden ni siquiera estirarse para dormir.

La promiscuidad en que viven excita, tal vez con derecho, nuestro disgusto. Pero debemos procurar no atribuirnos un mérito por ello, ni vanagloriarnos de una moralidad debida á mayor *confort*.

(1) Rink, *Esquimo Tales*.

(2) Grundemann, *Kleine Missions Bibliothek*.

Todos los viajeros consignan el hecho de que el número de mujeres es muy superior al de hombres, anomalía de que no se tarda en descubrir la causa. En sus expediciones tan peligrosas, muchos pescadores se ahogan á pesar de su destreza para conducir sus barcas en medio de las mayores tormentas. Sucede con el kayak como con el cántaro, que tanto va á la fuente... La consecuencia de esta mortalidad masculina produce la poligamia. Los vecinos hacen cuestión de honor subvenir á las necesidades de la familia que ha perdido su jefe. Cualquiera se siente abnegado; se casa con la viuda y adopta á los pequeños. Los itayanos, desprovistos de barcas y disponiendo de menores recursos alimenticios, están, en cambio, menos expuestos á los peligros del mar. El resultado es que la población masculina equivale en número á la femenina. Cada uno tiene su cada una y nada más. Pero esta monogamia no es más que aparente. En este punto, todas han sido hechas para todos, según la ley formulada en la *Novela de la Rosa*. La castidad no es una virtud esquimal. Cuando sopla cierto viento del Sur, algunas hembras van á correr sus aventuras en cualquier choza, en la que ella sabe que el compadre está en casa y la comadre anda de pecoreo. Así empieza la institución matrimonial en el punto en que empieza la especie humana. No obstante, existe una condición, y es la de que la esposa se haya entregado á otro esposo, al que se le hubiera prestado voluntaria por poco que lo hubiese pretendido. Entre los miembros de la asociación marital existe cuenta corriente y créditos abiertos con largueza. Entre los esquimales, como entre

los caribes del Orinoco (Gumille), siempre que la partida se juegue entre compañeros, lo que se pierde se recupera. Pero la cosa tomaría otro cariz si la infiel se entregase á un célibe, al cual la ley del talión no pudiera aplicarse.

¡Curioso resto moral de una época primitiva, esta comunidad de esposos, que se apropia la comunidad de las mujeres y de los niños! La tribu viene á ser una gran hermandad. Pasan por hermanas todas las esposas y por hermanos todos los esposos; sos hermanos todos los primos y hermanas todas las primas: una generación de hermanos sucede á otra también de hermanos.

En nuestras sociedades civilizadas, todo niño que nace tiene asegurada la existencia, al menos si está bien constituido; los padres que matan á un hijo, son castigados por la legislación actual con igual severidad que otro crimen cualquiera, y la opinión les condena al oprobio. Pero sería un craso error si se creyera que siempre ha sido así, que siempre se ha tenido en tan alta estima la vida de un pequeñín, personificación de la debilidad, que no es más que una promesa lejana. Ningún hecho mide tal vez mejor los progresos realizados por nuestra especie después de la época glacial; los progresos morales, de lentitud desesperante, no se hacen sensibles sino en vastos períodos. Nuestros antepasados no podían comprender que el recién nacido tuviese derecho á la existencia. La madre le había dejado rodar por tierra; así debía

continuar hasta que el jefe de la familia, el padre, íbamos á decir, se dignara recogerlo y consintiera que fuese recogido. Antes que él hubiese hecho la señal, el objeto no valía mucho más que un terrón de tierra, no era sino un poco de barro organizado. De aquí esas innumerables leyendas de niños llevados al desierto ó al bosque, expuestos en una encrucijada, puestos sobre un encañizado de huesos y abandonados á la corriente del agua. ¡Por unos cuantos que fueron recogidos, según los cuentos, ó amamantados por ciervas, lobas ú osos, cuántos no habrán sido devorados, picoteados por los cuervos, como en Madagascar! De ahí también los días nefastos en que los niños no nacían sino para ser condenados á muerte; de ahí esos horóscopos funestos; las leyes crueles que diezmaban á los niños y mataban el tercio de las niñas; de ahí esas prácticas odiosas para decidir sobre la legitimidad ó ilegitimidad de los nacimientos;... puros alegatos, miserables pretextos. La pureza de la raza, el juicio de las Parcas, no eran tomadas en serio más que por los necios. ¡Cuánto más sencilla la realidad! No se podía alimentar más que un pequeño número de hijos; había, pues, que desembarazarse de los demás. De todos los pretextos, el más obscuro parecía el menos doloroso. A medida que la piedad hablaba más alto, se las arreglaban de manera que la responsabilidad recayese sobre el azar, sobre causas lejanas. Pero cualesquiera que fuesen los sinos consultados, el número de niños estaba en relación directa con los medios de subsistencia, y los pequeñines privados del pecho de sus madres,

corrían el inminente peligro de desaparecer de la vida. En países alemanes se arrojaba á los huérfanos al mismo foso que al padre indigente. No se ha dicho lo bastante, no se ha repetido lo suficiente: la civilización aumenta con la alimentación y ésta con aquella. La especie humana aumenta ó disminuye con la cantidad de subsistencias disponibles. Cuanto más abunde el pan más abundarán los hombres; cuanto más equitativa sea la distribución del pan, mejores serán los hombres.

Bessels vió morir á un jefe de familia, padre de tres hijos. La madre, entonces, alegando la imposibilidad de alimentar al último nacido, un hermoso pequeñín de unos seis meses, lo ahogó entre sus manos y fué á depositarlo junto al otro muerto, esperando que el difunto se cargara al chiquitín sobre los hombros y atendiera á sus necesidades en el otro mundo, donde, según dicen, los alimentos se miden menos ceremoniosamente.

Lejos de ser el hecho de padres desnaturalizados, el infanticidio pasaba por un derecho y hasta en parecidos casos un deber, al que hubiera sido criminal sustraerse. Con mayor razón el aborto no era más que un accidente vulgar. Por entre muchos salvajes, es cosa descontada que la joven soltera carece del permiso para tener un hijo, á cuya alimentación no podría subvenir. Si, ello no obstante, llega á ser madre, es un deber de los que tienen derecho, suprimir su progenitura, pero si ella simplifica la operación desprendiéndose del fruto antes de sazón, tanto mejor.

Para volver á nuestros esquimales, diremos que aquellas que prevén que les será imposible criar á su hijo

recurren al aborto: con un objeto pesado ó la vara de un látigo, se golpean y comprimen, pero no siempre consiguen su objeto, porque parecen conformadas, según la opinión de algunos obstétricos, para concebir fácilmente y llegar el feto á término feliz. Algunas se entregan sobre sí mismas á una operación de cirugía mayor, por medio de una costilla de foca, bien afilada, envuelta con cuero que ellas separan y vuelven á envolver, por medio de un hilo, cuando el cortante está en el sitio que se ha de rajar. Inútil es decir cuántas se quedan en el puesto ó sobreviven estropeadas para siempre.

El maltusianismo, última palabra de la economía oficial, y última también de los países que declinan, se practica ampliamente por esos primitivos, que no permiten á una mujer más que dos ó tres hijos y matan luego lo que, niño ó niña, ha cometido el crimen de nacer. Haciendo ella misma el oficio de verdugo, la madre estrangula al recién nacido ó lo abandona en una de esas anfractuosidades de la costa donde acaba el hielo de la tierra y empieza el hielo fundente del amplio mar. ¡Triste cuna! Al subir la marea, la ola sorprende á la inocente víctima, y si no ha muerto aún de frío, la mata empujándola hacia la playa ó estrellándola contra algún témpano.

Pero esas ejecuciones repugnan á las madres, sobre todo cuando el niño anhela vivir, expresando su deseo con sus miradas candorosas dirigidas hacia la luz del día. Cada día la opinión se pronuncia más y más contra los infanticidios, y no los permite más que en casos de extremada necesidad. Y hasta en estos casos se dice

que traen desgracia á la aldea y que durante la noche se oyen los gemidos lamentables del pobre inocente. Esta misma creencia existe en Laponia, donde las madres cortan la lengua á sus pequeños antes de abandonarlos en el bosque.

Que provoque el aborto ó que estrangule á su progenitura, no quiere decir que sean malas madres. Sorprendente es la solicitud, innumerables los cuidados que se toman por sus retoños, antes y después de nacer. La mujer embarazada está relevada de todo trabajo rudo — ¿por qué nuestros civilizados no hacen lo mismo? — no come más que caza que no haya sido herida en sus entrañas (Riuk, ob. cit.); dos prescripciones que exigen comentario. El niño, aun nacido de legal matrimonio, está expuesto á convertirse en bastardo si fuese alimentado por otros manjeres que los traídos ó presentados por su padre, lo cual es una práctica llamada de la *incubación*, y que sería suficiente para explicarse. Porque el padre, cuando quiere reconocer á su hijo, se muestra solícito en cuidarlo y alimentarlo por su parte. Allá se insiste bastante más que entre nosotros sobre la correlación que existe entre el organismo y el alimento que lo constituye. El animal no debe haber sido herido en sus entrañas por temor á que, por ley de simpatía, haya de sufrir la mujer en las suyas. Esta última creencia no es sólo peculiar á los inoítas; la hemos encontrado en la India (1), en Abisinia y en Zanzibar. Conocemos las leyendas sue-

(1) Cfr., *Maha Bharata, Adí Parva*.

cas, que cuentan cómo la dama ricahembra abortó ó murió porque su caballero castellano, sin preocuparse de ello, había dado muerte á una cierva preñada.

Con tierna solicitud, las buenas amigas derraman sobre la cabeza de la sufriente, el contenido de un vaso de noche, para fortalecerla, según dicen. Después del alumbramiento, las comadres cortan el cordón umbilical con los dientes, alguna vez con una concha cortante, jamás con tijeras ni cuchillo; y ese cordón se guarda luego con grandes cuidados para que produzca dichas sin cuento al recién nacido. En cuanto le es posible, la parturienta come una mezcla que se le ofrece de buenos manjares: el corazón, los pulmones, el hígado, el estómago y los intestinos de un animal sano y robusto, como medio de procurar al recién nacido fuerza, salud y larga vida. Durante varios días no se enciende fuego en la choza, nada se pondrá á cocer sobre la lámpara que alumbra, ningún hueso deberá ser sacado del recinto doméstico, el padre y la madre tienen cada uno su colodra, de la cual está prohibido beber á los demás; durante seis semanas les está prohibido igualmente á los parientes comer fuera de la choza, y á la madre rebasar el umbral de la cabaña. Pasado este término, sale á hacer sus visitas, vestida con ropas completamente nuevas, y jamás volverá á ponerse el vestido que llevaba durante estas visitas. En todo un año no comerá sola, prescripciones todas que, buscando bien, las encontraríamos parecidas en nuestros cuentos y tradiciones.

Al recién nacido la madre le reserva su mejor piel

de abrigo y el padre le sirve el pedazo de carne más delicado de sus cacerías cotidianas. Para que sus ojos sean hermosos, límpidos y brillantes, le dan á comer los de la foca. Se complacen en ponerle el nombre de alguien que acaba de morir «para que el difunto encuentre paz en la tumba» (Riuk). «El nombre obliga.» Después el niño vendrá obligado á desafiar las influencias que produjeron la muerte á su padrino. ¿El bravo murió en agua salada? pues bien, ¡que el joven se haga lobo de mar!

En todo el país, padres y madres, rivalizan en cuidados á su progenitura, jamás les pegan, raramente les reprimen. Los pequeños se muestran agradecidos, ni gimen ni gritan; así crecen sin atravesar edad ingrata, sin ser impertinentes y contradictores desagradables; la ingratitud es sentimiento desconocido; nunca un inoíta levantó la mano sobre su padre ó madre. En la Groenlandia danesa, se ha visto á muchos hijos renunciar á una posesión para volver al lado de sus padres ó procurarles una vejez exenta de peligros y privaciones. El afecto á la familia es una virtud esquimal. La señora Gato es una inoíta, inoíta también su esposo, á los que un viajero vió sollozar — les hubieran cortado á pedazos sin exhalar un gemido, — pero sollozaban por algo muy conmovedor, porque su pequeño no chasqueaba el látigo con tanta fuerza como sus camaradas. Ese padre tan lleno de ternura se guardará mucho, sin embargo, de irritar á su hijo querido, procurará hacerle cazador incansable, y para facilitar la cosa, le ser-

virá la carne dentro de las grandes botas que él mismo ha impregnado de sudor más de una vez.

Las nodrizas, émulas de la hembra del kanguro, llevan su retoño en el capuchón, ó en una de sus botas, hasta el séptimo año, pues todo ese período son amantados los niños. Ellas no destetan nunca; por eso sus pechos se estiran hasta hacerse cosa feísima. Se han visto mozos de quince años no sentir ningún reparo de mamar al volver de la caza en espera de que la comida estuviese dispuesta. En esta lactancia tan prolongada, existe el medio y el deseo de procurar al hijo algún alimento durante las largas épocas de escasez; hay también una manifestación elocuente de ternura y afecto. He aquí lo que leemos en una leyenda tártara:

«El héroe Kossy enjaezó el caballo Burchun, é hizo su oración. Su madre lloraba y le decía: «¡Que tengas fortuna!» Y descubriendo sus senos: «Toma, bebe aún y te acordarás de tu madre (1).»

Hay madres esquimales que van aún más lejos en sus tiernos afectos, y que, llevando su complacencia hasta donde pueda llegar una gata con cría ó la osa con cachorros, lamen á su hijo para limpiarlo, y lo relamen de arriba abajo; ternura bestial que nos ofende en nuestra variedad de especie superior.

La existencia de las sociedades, como la de los indi-

(1) Radloif, *Volsksliteratur de Turkischen*, etc., II, 291 y IV, 344.

viduos, hemos dicho, depende de la cantidad de medios de subsistencia puesta á su disposición; si esta cantidad se aumenta, el contingente de población crece. Pero si las subsistencias se hacen insuficientes, manifiestamente insuficientes, es forzoso desembarazarse de las bocas inútiles, no valores sociales. La carne se suprime á los que tienen menos vida ante sí; el derecho á la vida es la posibilidad de la vida. En tales condiciones, el infanticidio tiene por triste consecuencia el sacrificio de los ancianos; á éstos se les abandona, á aquéllos se les expone. Tal es la regla contra la cual esas desgraciadas sociedades se debaten como pueden. Cuando es necesario elegir, los unos pierden los niños y hasta las mujeres, con tal de salvar á los viejos; otros sacrifican á todos los ancianos antes que sacrificar una cabecita rubia é inocente. Lo más frecuente es que los abuelos reclamen como un derecho, ó como especial favor, el morir en puesto y lugar de los pequeñines á quienes aman con ternura infinita. Séanos suficiente haber enunciado la ley, sin apoyarla por los ejemplos que podrían suministrarnos nuestros antepasados y muchos otros primitivos. ¿Se maldecirá la crueldad de las hordas y agrupaciones que no han llegado á seres humanos? ¡Con cuánta frecuencia preferirían mostrarse compasivas si les fuera posible! Ni qué decir tiene que los enfermos son asimilados á los ancianos, puesto que, como éstos, pertenecen á la masa de impedimenta.

Mientras que se tiene alguna esperanza se acude solícito alrededor del enfermo. Las mujeres, en coro, salmodian su *Aya Aya*; ellas conocen el poder de los en-

cantamientos. La matrona pone bajo la cabecera una piedra de dos ó tres kilogramos, proporcional á la gravedad de la enfermedad. Todas las mañanas la pesa pronunciando palabras misteriosas, informándose así del estado del enfermo y de las probabilidades de curación. Si la piedra aumenta de peso constantemente, es que el enfermo no saldrá con vida. Sus días están contados.

Entonces sus compañeros construyen en cualquier parte una choza con témpanos de hielo, extienden algunas pieles, llevan un botijo de agua y una lámpara que durará lo que dure aquel á quien minan los sufrimientos, abate la edad ó las crecientes enfermedades, cuyo mantenimiento es difícil, y que se reprocha costar á la comunidad más de lo que aporta, y luego se acuesta. Hermanos y hermanas, todas las mujeres, hijos é hijas, parientes y amigos, acuden á darle el último adiós, á conversar con aquel á quien no volverán á ver jamás. No permanecen allí más de lo estrictamente necesario, porque si la muerte sorprende al enfermo, los visitantes deben despojarse rápidamente de sus vestidos para arrojarlos en montón, lo cual no dejaría de ser una pérdida sensible. Nada de emociones aparentes, ni gritos, ni lágrimas, ni sollozos; su sentimiento es tranquilo y razonable. El que va á dejar la vida hace sus encargos, sus recomendaciones, expresa su última voluntad. Cuando lo ha dicho todo, sus amigos se retiran, unos tras de otros, y el último obstruye la entrada con otra leva de hielo. Desde este momento el hombre es difunto para la comu-

nidad. La vida no es más que un conjunto de relaciones sociales, una serie de acciones y reacciones llamadas penas ó placeres, menos diferentes entre sí de lo que creemos. La muerte, dígame lo que se quiera y hágase lo que se haga, es un acto individual. Los animales lo comprenden así. Si tienes la rara fortuna de morir de otro modo que no sea asesinado ó devorado, desde el momento que se sienten dominados por la debilidad, van á ocultarse en la más profunda espesura, se refugian en un agujero ó en un hoyo, ó desaparecen en la más oscura caverna. Desde este punto de vista, el primitivo es todavía un animal: sabe que hay que morir solo. En ninguna parte esta expresión es más verdadera que entre los esquimales. La última escena de su vida no puede ser más egoísta, odiosa y repugnante; no puede verse tampoco un acto más solemne y grandioso, impregnado de lúgubre magestad.

Su cabaña ya no es más que una tumba, la de un vivo, que durará aún algunas horas, quizá algunos días. Ha oído cerrar la puerta, alejarse las voces. Con la cabeza caída hacia adelante, las manos apoyadas sobre sus muslos, piensa y recuerda. Lo que vió, lo que pensó en otro tiempo, le vuelve á la memoria; se acuerda de su infancia y de su juventud, de sus proezas y de sus amores, sus cacerías y aventuras; vuelve sus pasos atrás con su imaginación. Ahora ninguna esperanza, ningún proyecto; en cuanto á los lamentos, ¿para qué? ¿Qué importa ahora el orgullo? Nadie á quien envidiar, nadie á quien odiar. Frente á sí, consigo mismo, piensa sólo en medirse en su justo valor. «Yo fui esto,

tanto y nada más.» Abandonar la vida, sus fatigas, sus hambres y privaciones, sus deberes y sus disgustos; fácilmente tomaría su partido. Pero el terrible desconocido de «allá abajo» le intimida; ¡y ese mundo de los Espíritus de donde los Augakut cuentan terribles visiones? La calentura le altera, roe sus órganos y devora sus entrañas. Bebe algún sorbo, pero recae vencido. La lámpara se ha apagado; ninguna noche fué más oscura. Sus ojos velados y tenebrosos espían la Muerte. El la ve á la Muerte; ha aparecido en el horizonte; es un punto negro, al final de la gran llanura blanca que el pálido resplandor de las estrellas alumbra vagamente. La Muerte avanza; la Muerte se aproxima. Aumenta de segundo en segundo, se resbala silenciosa sobre el blanco y espeso sudario de nieve. Cuenta sus pasos... ¡Hela aquí!... ¡la Muerte! Ya blande el arpón con el que tantas veces él hirió al oso y á la foca. La Muerte se yergue, levanta sus brazos; él espera... espera...

Al ver esta choza abandonada, misteriosa, los extranjeros, sabiendo lo que pasaba dentro, se han sentido presa de horror y compasión. Han derribado las heladas paredes y ¿qué han visto? Un muerto con sus grandes ojos abiertos hacia el infinito. O bien un agonizante que les ha dicho en tono de reproche: «¿Qué hacéis ahí? ¿Por qué turbarme? ¿No es bastante morir una vez?»

Los tchuktches, que se consideran, generalmente una rama del tronco inoita, pretenden que es debilidad

y falsa compasión el no terminar bruscamente con aquellos que están enfermos de muerte. Es preferible acabar de una vez á sufrir por largo tiempo la muerte lenta con sus crueles tristezas, roído además por el dolor. Por manera que ellos despiden á los moribundos de distinto modo. No se les puede acusar de sensible-ría inútil.

El individuo que se permite estar enfermo más de siete días, es amonestado seriamente por sus parientes y deudos, que, rodeándole una cuerda al cuello, corren rápidamente alrededor de la choza. Si cae, tanto peor para él. Le arrastran sobre las rocas y las piedras, «¡hop! ¡hop!» Cura ó revienta. Después de media hora de arrastre, ó muere ó se declara bueno y sano. Si, no obstante, vacila aún, se le conduce al cementerio, donde es inmediatamente lapidado ó enterrado de modo que no pueda moverse ya más. Sobre su cadáver se arrojan perros para que sea devorado, y esos perros serán comidos á su vez. Nada se pierde, nada se perderá. Esos tchuktches son decididamente más fuertes que nuestros economistas liberales de la escuela de Manchester.

Los bravos, que no son raros, cuando se sienten completamente vencidos, convocan á sus parientes y amigos á una comida de despedida en la que ellos mismos hacen alegremente los honores. Después de terminado el festín, los invitados se retiran discretamente, el enfermo se acuesta sobre un costado y recibe una certera lanzada que le propina uno de sus camaradas; pero lo más frecuente es que el paciente se dirija á un robusto y bravo mozo,

al que paga y contrata expresamente para el golpe de gracia.

A los viejos, á las gentes débiles, decididamente inútiles, se les pregunta terminantemente si no están aún dispuestos. Su deber y su honor es contestar que sí. Inmediatamente se practica en el terreno destinado á los muertos su fosa ovóidea que rellenan de musgo, y en las extremidades se amontonan piedras gruesas con las que fijan dos perchas horizontales. Sobre la piedra de la cabeza degüellan un reno, cuya sangre se esparce é impregna el musgo, y sobre esta capa enrojecida, tibia y blanda, se acuesta el anciano. En un instante se encuentra atado á las perchas, y le preguntan: «¿Estás dispuesto?» Las cosas llegadas á este terreno, sería vergonzoso y necio articular una contestación negativa, que, por otra parte, aparentarían no haberla oído. «¡Buenos amigos!» Se le tapan las narices con una substancia esponjosa; le abren la arteria carótida y en el brazo una gruesa vena; en un instante se ha desangrado hasta quedarse blanco.

La operación quirúrgica es llevada á efecto por los notables, ó sencillamente por mujeres, según la consideración de que gozase el individuo. Si se quieren obsequios, particularmente distinguidos, el cuerpo se quema juntamente con el del reno, que, según ellos, sirve de festín en el otro mundo. Si el difunto pertenece al vulgo, se le entierra pura y simplemente, y los «afligidos» tendrán el deber de comerse el reno y romper sus huesos, en atención al muerto. ¿Por qué? Probablemente para que el animal no vuelva á rena-

cer sobre la tierra y quede eternamente propiedad del cadáver, en los dominios del Plutón de los tchuktches.

Cuando costumbres parecidas se han perpetuado en un pueblo atrevido, si es aún algo guerrero ó pirata, será para los hombres un honor y un deber morir en el campo de batalla. Si es preciso, pretextarán duelos para ser expedidos por los más íntimos como hacen aún los escandinavos. Y dirán, como los antiguos helenos: «Quien muere joven es bien amado de los dioses.»

Los ritos funerarios son menos uniformes que toda otra costumbre. La mayor parte de los esquimales sepultan sus cadáveres bajo piedras ó en las fisuras de las rocas; algunos groenlandeses y labradoreños los arrojan al mar; sus congéneres de Asia los queman, los entierran ó los dejan abandonados á las fieras. Cada cual cree su proceder el mejor de todos. Pero es una creencia general la de que la muerte no es el término de la existencia; que los muertos ejercen sobre los vivos una acción variada y generalmente funesta; que son malos en su mayoría, sobre todo en estado de aparecidos, y que pasan el tiempo sufriendo frío y hambre. Los vivos se abstienen todo cuanto les es posible de acercarse á su morada, sobre todo si hace poco que está ocupada; pero los pasajeros piadosos depositan, al menos, un poco de comida. A la gran ceremonia de despedida, los parientes y conocidos llevan algunos alimentos, carne sobre todo, de la que cada cual corta dos pedazos, uno para él y otro para el difunto: «¡Toma, come!» le dicen; luego recortan una piel capaz para cubrirlo: «¡Toma, tápate!» añaden. El cuchillo de que

se han servido se disimula entre los asistentes que, formando círculo, se lo pasan por detrás unos á otros, igual que se hace entre nosotros en algunos inocentes juegos populares, en los que pasándose de unas en otras manos un objeto pequeño, se pierde de vista la mano que lo retiene. Y mientras la hoja metálica circula, cada cual habla al muerto para distraer su atención; todos tienen algo de particular para decirle.

En señal de duelo, la viuda itayana modifica sus vestidos, se abstiene de ciertos alimentos y de diversas ocupaciones. Por deber riguroso, se priva de todo cuidado de limpieza. Los amigos se tapan una fosa nasal con un tapón de hierba, y no se la destapan hasta pasados varios días; ingenuo símbolo que quiere decir: «No respiramos más que á medias, estamos medio muertos de pena!» Los que sufren verdaderamente se lanzan á aventuras peligrosas para desvanecer sus penas con las fatigas físicas, y ahogar su dolor en la excitación apasionada que proporciona el sentimiento del peligro.

A nuestra fiesta de Todos los Santos y nuestras misas de fin de año, corresponden allá con fiestas y aniversarios que, según las regiones, celebran con bastante diversidad; pero por todas partes danzan, saltan y representan pantomimas que tienen la pretensión de ser biográficas; las fiestas se celebran á expensas de las familias, que se desposeen de todo para hacer bien las cosas, distribuyendo con largueza sus vituallas y abrigos. Los que no pueden hacer otra cosa, dan objetos de poco

valor, pero ninguno de los asistentes á la fiesta se vuelve con las manos vacías.

A propósito de las siluetas descubiertas en los fósiles de Thayingen, se observó que los pueblos niños poseían la facultad de producir dibujos superiores á los de nuestros escolares.

A esta aserción apriorística se ha contestado con numerosos ejemplos: los bosquimanos, los australianos y muchos otros. Los inoítas representan con bastante corrección escenas de caza y pesca de osos, focas y ballenas (1). Guijarros puntiagudos, cuchillos malos, marfiles de extremada dureza, cuernos retorcidos, huesos de curva irregular...; ¡cuán ingrata la materia, cuán rebeldes los instrumentos! Riuk ha hecho ilustrar su volumen de *Cuentos Inoítas* por un artista del país, cuyos dibujos ingenuos, pero muy expresivos, podrían pasar por antiguas estampas, que se disputan los aficionados. Se recomienda á los inteligentes una colección de tablillas grabadas por los naturales.

Esos esquimales poseen en alto grado el sentido de la forma y de las proporciones relativas; dominan la abstracción geométrica con tal facilidad, que han levantado mapas de su país bastante exactos para servir á los exploradores. Los planos de Nutchegak y otras localidades, trazados por Ustiakof, uno de esos salva-

(1) *Kaladlit Assialiait*. Impreso en Gothach de la Groelandia por Moeller y Berthelsen, 1860.

jes, han sido tenidos durante mucho tiempo por trabajos suficientemente correctos. Hall ha adornado con una plancha de *Rescue Harbour*, obra de Cudjissi. Rey enseñó una de sus cartas marinas á un indígena, que la comprendió bastante bien, pidió un lápiz y trazó otra con mayor cantidad de islas, — preciosa adición. Ese talento no deja de realzar á los esquimales, y darles no poca importancia en el estudio de la mentalidad. Indos y guebros, tamules y musulmanes, muy inteligentes en otras materias, no comprenden nada en nuestros dibujos, grabados y fotografías, presentándose con una torpeza extraña. Un sabio brahmán, al que se le enseñaba la fotografía de un caballo vencedor en el Derby, preguntaba con seriedad, que parecía sincera: «¿Representa eso la real ciudad de Londres?»

Después que Daltón descubrió en sí mismo que todos los hombres no ven los colores del mismo tono, se ha observado, con sorpresa, que la ceguera total ó parcial con respecto á ciertos colores es un hecho fisiológico bastante frecuente: la parte completamente central de la retina se presenta sólo sensible á las tonalidades, pero la luz y la sombra la impresionan en toda su extensión. Sobre esto, los lingüistas, Geiger al frente, creyeron aportar á la doctrina de la evolución una prueba decisiva. Consignando que los nombres de los colores asignados por Homero á ciertos objetos no cuadran manifiestamente bien con los que nosotros les atribuimos — de modo que Apolo no tuvo el pelo violeta (si es que nuestros léxicos dan todas las significaciones de los nombres) — se creyeron con derecho para afirmar que el

sentido del color se ha modificado en nuestra especie durante la época histórica.

Acogida con favor, la teoría estuvo en moda. Al ilustre Gladstone, ministro de Hacienda de la Gran Bretaña entonces, le pareció bien aceptar la moda. Así se veía la prueba de la superioridad de nuestros civilizados actuales, sobre los griegos y los romanos, y con mayor razón sobre todos los salvajes. No se reflexionó que los tártaros ven á simple vista los planetas de Júpiter, que los cafres, cuya penetración visual es como 3 á 2, podrían, si se tomaran la molestia, distinguir tonalidades imperceptibles á nuestra vista. Otra cosa que no se tuvo en cuenta es que los hotentotes, los miserables hotentotes, poseen en su lengua treinta y dos expresiones para designar los colores diferentes. En sí misma, la teoría de Geiger parece plausible; nosotros diríamos hasta que es verdadera, pero afirmando que el desenvolvimiento de que se trata se ha efectuado en un período bastante más largo que los tres ó cuatro mil años de historia. Sea lo que fuere, la cuestión ocupaba entonces los espíritus; Bessels pintó en diversos colores una hoja de papel cuadriculado y preguntó á trece itayanos, hombres, mujeres y niños, á cada uno por separado. Todos distinguieron los cuadros blancos, amarillos, verde obscuro y negro, pero ninguno pareció diferenciar el castaño del azul. La observación es interesante, pero no decisiva. Recuérdese cómo se enseña á nuestros escolares el modo de mirar para ver, de escuchar para oír. Nosotros no percibimos netamente más que los objetos sobre los cuales nuestra atención,

ya despierta, ha dirigido los esfuerzos de la inteligencia. No basta una vista penetrante para reconocer tantas coloraciones como podría hacerlo un aprovisionador de los Gobelinos, ni para apreciar las gamas cromáticas que un pintor sorprende á primera vista, ó sin esfuerzo. El oído no ejercitado no pasa de ser un mediocre instrumento al lado de un músico que, en el amplio volumen de sonos que esparce una poderosa orquesta, descubre el semitono incorrecto que un ejecutante ha dejado escapar. Entre lo que nosotros llamamos silencio del bosque, un leñador, el guarda de coto, notan ruidos significativos que escapan á los habitantes de la ciudad. Si ellos confunden lo castaño con lo azul, la falta no es debida al órgano visual de los inoítas, sino á su diferencia; ellos llegarían á distinguirla, con seguridad, si durante una ó dos generaciones sintiesen por ello algún interés.

He ahí lo que teníamos que decir sobre los esquimales del Norte, tomando como punto de partida el poblado de Ita. Ninguna población tiene más derecho á estudios pacientes y concienzudos. No cuenta, es verdad, más que con un centenar de habitantes, no llena más que media docena de chozas y cabañas, pero su aldea está literalmente al cabo de la tierra, y sus habitantes, centinelas perdidos en las nieves y los hielos eternos, son á la vez los últimos del mundo y los más primitivos de los hombres.

LOS INOÍTAS OCCIDENTALES

Especialmente los aleutas

A la península de Alaska sucede, desde el grado 51 al 60 de latitud Norte, el Archipiélago Aleuta ó Kuril, que Bering descubrió en 1741. De aquí, si hay que creer á Eugenio Sué, salió el Judío Errante para correr las aventuras que apasionaron á una generación literaria. El grupo se compone de unas sesenta islas y escollos, parecidas á otras tantas piedras que Ahasverus, el gran viajero, arrojó para vadear el mar Kamtschandale y pasar de Asia á América. Ounimak, la más considerable, ocupa una extensión de cinco ó seis mil kilómetros cuadrados, la quinta parte de la extensión total del archipiélago. Áridas rocas, de difícil abordaje, le dan un aspecto sombrío y desolado. Los paisajes del interior son apenas menos severos: en sus aguas oscuras, estanques y turbas, se reflejan poderosas rocas graníticas; un suelo lleno de torrenteras, cubierto de lavas en vastos amontonamientos, habla de cataclismos geológicos y violentas conmociones. Por

esas latitudes pasa la línea de los grandes volcanes boreales. En las cumbres, cubiertas de eternas nieves, algunos cráteres humean sin interrupción, otros se activan á intervalos. Vestigios de erupciones se encuentran á cada paso; por todas partes hállanse rocas ennegrecidas por el fuego. Toda la parte continental del distrito de Ounalaska está atravesada por una cadena de montes elevados, por entre los cuales se encuentran nueve cráteres apagados. Los fuegos subterráneos han revuelto la isla Ounimak, donde el Chichaldin, alto de unos 3.000 metros, arroja aún llamas á intervalos. En Diciembre de 1830, en medio de relámpagos y estruendosos truenos, se cubrió de espesa bruma, y cuando se disipó la obscuridad, el monte había cambiado de forma. Ello no obstante, los efectos volcánicos han perdido su intensidad desde el tiempo en que se combatían los montes:

«Un día, los montes de Ounimak y de Ounalaska lucharon por la preeminencia, y se arrojaron furiosos piedras y llamas. Los volcanes pequeños, no pudiendo resistir á los grandes, saltaron en estallidos y se apagaron. Y no quedaron más que dos picos, el Makouchin de Ounalaska y el Retchesnoí de Ounimak. El fuego, las piedras y cenizas exterminaron á todos los seres vivos, tanto el aire era sofocante. El Retchesnoí sucumbió; y cuando vió su derrota, juntó todas las fuerzas que le quedaban, se hinchó, hizo explosión y se apagó. El Makouchin, victorioso, se aplanó, y ahora no arroja más que una pequeña humareda de cuando en cuando.» (Veusianunof.)

El clima, de carácter marítimo, no es caliente ni frío en extremo, pero tan húmedo, que es una calamidad. El termómetro que Wiljaminof observaba en Ounalaska, oscilaba entre 38 grados, y la temperatura media no era más que de +4°. La temporada verdaderamente hermosa, no dura más que unas diez semanas, de mediados de Julio á últimos de Septiembre. En Octubre nieva ya, y esta nieve no se fundirá hasta Mayo. En las islas meridionales, las mayores lluvias caen durante la primavera; Sitka se tiene por uno de los parajes más mojados del globo. Durante el otoño la niebla es continua.

En verano reverdecen hierbas y plantas pequeñas, pero el sol no llega á hacer crecer árboles, salvo en las islas próximas á la tierra firme, donde abundan los álamos blancos y los abedules, y también los cipreses, pinos y abetos. Los cereales que se quisieron introducir no llegaron á madurar. Las coles, las patatas y diversas legumbres, remuneran los cuidados de los colonos extranjeros, pero los indígenas han despreciado siempre el cultivo de la tierra; no tienen gusto alguno por el trabajo. Existen algunas flores, pero desprovistas de perfume; las bayas no faltan, pero acuosas é insípidas. Las gallinas, importadas, han tenido que acostumbrarse á alimentarse de pescados; tal vez por eso sus huevos huelen á podridos y parecen haber sido envueltos en aceite de hígado de bacalao.

Algunas hulleras dan tal combustible que, hasta ahora, no ha podido sacárseles partido. Los aleutas de

la antigua generación se calentaban en cuclillas alrededor de un fuego de hierbas.

El sorprendente parecido de los aleutas con los yakouts y los kamschadales, ha sido causa de que se les atribuyera origen mongol. Dall, que los ha estudiado larga y cuidadosamente, afirma, con la autoridad de las tradiciones locales de los inoitas, perseguidos de América por las incursiones de los indios, hace más de tres siglos, que emigraron á la extremidad Noroeste de Asia. Ellos mismos se dicen provenir de un gran país situado al Oeste, que ellos llaman Aliakhikhae ó Tanduc Angouana, desde donde se habrían adelantado hasta Ounimak y Ounalaska (Venjaminof). Lo cierto es que están estrechamente emparentados con las tribus ribereñas de la costa americana, Ahtes y otras, hasta la isla Reina Carlota. Es cierto que de próximo en próximo, todos esos incivilizados tienen un estrecho parecido unos con otros. El tipo de los aleutas revela manifiestamente al tipo esquimal, por más que Riuk les crea ya maculados con elementos extranjeros. Cabello recto y negro, plano y abundante, ligeramente bronceados. Cortos y desgarrados, admirablemente robustos, llevan, sin fatiga aparente, pesados cargamentos durante días enteros; sesenta libras sobre la espalda y cincuenta kilómetros de marcha no les molesta lo más mínimo. Su vista es extrañamente penetrante. Los rasgos de su fisionomía, muy pronunciados, llevan impre-

sas la inteligencia y la reflexión. Las mujeres son menos hurañas que los hombres, y algunas hasta podrían pasar por hermosas, de no ser por los odiosos tatuajes. Dall considera á los aleutas muy superiores á los indios de las inmediaciones, física é intelectualmente. La cabeza es cúbica en éstos, piramidal en aquéllos. Pero por la influencia de las prolongadas escaseces de subsistencias y los malos tratos infligidos por los rusos, la raza ha perdido su antigua solidez; sus organismos decaídos resisten mal al reumatismo y enfermedades del pecho. Las formas son robustas, decimos, pero desprovistas de elegancia; de remar quince ó veinte horas seguidas, las piernas se deforman, el cuerpo se modela sobre la sempiterna barca. Son verdaderos lobos marinos; sus movimientos, pesados y lentos, sus actitudes de apariencia torpe, sus andares indecisos, pero muy hábiles y activos, no obstante. Demuestran una sorprendente destreza para guiar, en medio del más grueso oleaje, sus pequeñas embarcaciones, uniaks y kayaks, de las que se hace uso hasta en California, y sus peligrosas baidarkas, cuyo modelo han introducido los rusos en Europa. Wiljaminof, comparándolos á jinetes cuyas piernas se arquean constantemente, los llamaba: «Cosacos del mar, montadores perpetuos de caballos marinos.» Para que uno de estos hombres se muestre en todo su valer, hay que verle maniobrando con su batel de cuero que él mismo se ha fabricado, y blandiendo su arpón en medio de las ondas agitadas. Desde su más tierna infancia se ha familiarizado con el elemento líquido. El beduino arrastra á su recién nacido por la

arena y lo expone al más ardiente sol para acostumbrarle al calor; el aleuta, si tiene el capricho de exhalar un vagido ó un grito, es sumergido instantáneamente en el agua, aunque haya necesidad de romper el hielo. Con tal régimen sólo prosperan los niños robustos, discretos y fuertes, los débiles no tardan en desaparecer.

Los aleutas se dividen en dos grupos idénticos en su porte, en sus costumbres y carácter, pero algo diferentes por su dialecto: las tribus que habitan Atcha, Ounaslaska, las Tierras de las ratas y las de los zorros y otras al Sur de la península, de una parte; y de otra los koniagas, los kadiaks y gentes del alrededor. Y en el Continente, los kolutches de Sintka, los kenes, tcher-guetches, medatrenes y malequintes, se parecen mucho á unos y á otros. A todos ellos la civilización rusa infligió un tremendo golpe; la civilización americana concluirá con ellos completamente (Erman).

Alrededor de las islas rica vegetación marina alimenta una fauna variada; las aguas corrientes abundan en peces, sobre todo en truchas. Los aleutas viven de la caza y la pesca. En las luchas por la existencia tienen por rivales al oso y al lobo, á los que hacen una guerra encarnizada; no dejan en paz las fuinas, martas, ardillas, castores, nutrias, zorros y narvales. Mientras las aguas están libres, siempre encuentran caza, abundante ó escasa, pero cuando se hielan, el recurso único es alimentarse de raíces en las llanuras y solanas. La más

larga temporada para ellos es la de la «corta ración», de Febrero á Abril, después los grandes festines de Noviembre á Enero.

Ninguna caza les apasiona tanto como la de la ballena. Ellos arponean al enorme cetáceo, lo matan y devoran, pero lo reverencian. Hacen como que creen que, empujado por la suerte, medio triste y resignado, el animal obedece á los encantamientos, y hasta pone cierta buena voluntad en dejarse coger. Al llegar la temporada una cincuentena de hombres y mujeres se adornan con su mejor ajuar y se embarcan para saludar en plena mar la banda que se ha significado en el horizonte, para cumplimentarla y festejarla. Porque el «Rey de los Océanos gusta de las buenas formas de urbanidad, y para detenerlo en sus dominios es preciso demostrarle que se trata de gentes que saben conducirse bien. El ballenato se enamora de la moral y la virtud; quiere que le respeten la decencia y las buenas costumbres, y evita los parajes amenazados por hordas cobardes y disolutas, no admite que los balleneros, que le siguen de cerca, se entrometan con sus hembras durante la temporada de caza; hasta las condenaría á un castigo terrible si sus esposas le traicionaran en su ausencia; las haría perecer en muerte cruel si sus hermanas faltaran á la castidad antes del casamiento (Venjaminof). Pero que un golpe de mar arroje sobre la playa una ballena y la recibirán con honores divinos, no sabiendo cómo agradecerle su complacencia, congratulándose de haber tenido la bendita dicha de comer su carne sagrada. Se aproximan á ella al son del tambor, arengan

la divinidad, la adulan y colman de cumplidos, ejecutan en su honor danzas solemnes: los profanos con sus mejores atavíos, y los balleneros y hechiceras completamente desnudos, salvo la cara, que llevan tapada como en las grandes ceremonias. Es un espectáculo la recepción hecha á la Soberana de las Aguas por los animales terrestres (Dall). Después de esas pruebas de respeto y esos preliminares de conveniencia, el tambor zumba por última vez; hombres, mujeres, niños y perros se arrojan sobre el enorme montón de carne, le atacan con dientes y cuchillos, se *atraca*n á pedir de boca; — ¡un trozo de sesenta mil kilos! — pinchan, agujerean, horadan, cavan, desaparecen en el interior; se abren paso al través del enorme armazón. Jamás Pantagrúel ni Tragaldabas asistieron á tan gran festín. Eso es la glotonería heroica. Antes de poco tiempo, antes que la carne se haya reblandecido ó descompuesto, no habrán dejado más que los huesos, es decir, dejar no, puesto que habiéndolos despojado perfectamente, se los llevan, pieza por pieza, para hacer herramientas é instrumentos diferentes, para servirse como hierro ó como madera. De la grasa y el aceite sacan su partido, de la piel, de las barbas y la papada; finalmente, «del monte de abundancia» no se habrá perdido ni pizca.

La alimentación de sus antecesores era menos variada, pues los *kjok ken moenddings*, ó restos culinarios amontonados en la playa, no han presentado á Dall más que cáscaras de huevos y moluscos. No habiendo encontrado en esos amontonamientos fragmentos de lanzas, flechas y arpón, el investigador ha deducido la conclusión

de que los aborígenes ignoraban hasta las artes más rudimentarias; autorizándose por el hecho de que ningún objeto con huellas ígneas, había sido visto por sus ojos, negó el uso del fuego á esos buscadores de huevos, á esos comedores de almejas y de erizos. La aserción debe tenerse en cuenta, pero no parece probada; las consecuencias podrían ser superiores á las premisas. En todo estado de causa, ya sea reciente ó lejana la época en la que los habitantes del archipiélago Catalina aprendieron á conocer el fuego — hoy lo obtienen por medio de un arquito, — es lo cierto que no hacen, como sus congéneres los inoítas, sino un uso muy secundario de los alimentos condimentados, prefiriendo á la modificación del calor la que produce el frío en sus provisiones alimenticias. Comen crudo, comen helado, comen podrido y comen mucho; no gustan de ninguna bebida como no sea el aceite de foca ó de ballena. Con la invasión de los peleteros y tratantes, la cocción de las carnes se ha introducido y propagado, pero los ancianos de Onimak reprochan la decadencia de las santas tradiciones, protestan contra una funesta innovación á la que ellos atribuyen la debilidad y decadencia de las nuevas generaciones y las epidemias que les diezman. Pero en cambio, aceptaron con entusiasmo la introducción de licores fuertes, el primer presente que la civilización hace á los bárbaros. En cuanto al tabaco, todos le declararon y le conservan una pasión desordenada: por unos cuantos filamentos de la hierba mágica, cuyo humo absorben para no perder

nada, hombres y mujeres lo dan todo: su alimento y hasta su libertad.

La habitación tiene la importancia de un órgano fisiológico entre los esquimales, que tienen que defenderse contra un clima mortífero. Nosotros cambiamos de vestidos según la temporada; ellos tienen la habitación de invierno y la de verano. La más pequeña, la menos cuidada, es la residencia veraniega, la *barabore*, instalada lo más frecuente en las inmediaciones de un río con abundante pesca; á veces esta habitación puede consistir sólo en una cubierta de brozas de corrizo, en una barca vuelta del revés. El tipo general es una tienda cónica ó piramidal, apoyada sobre un bajo murellón de tierra ó piedras. Los aleutas practican un pozo bastante profundo, fijan en sus paredes perchas que se juntan en vértice por sus extremos, las entrelazan y las cubren con una espesa capa de tierra, la cual no tarda en cubrirse de musgo, sirviendo la hierba de manto. Una casa se confunde con la verdura circundante, el villorrio produce de lejos el efecto de las tumbas de un cementerio. Muchas no tienen otra abertura que un agujero practicado en el techo: chimenea, puerta y ventana, todo junto. Se entra en la casa por el tejado, se baja por un resalvo en el que se han practicado muesgos. Donde la hierba es rara, donde se carece de madera, se construye la habitación de invierno con nieve y hielo, sostenida por un armazón de costillas de ballena; la en-

trada es un corredor subterráneo bastante estrecho, en el cual el aire alcanza la temperatura intermedia de la de dentro y la de fuera; una piel de oso sirve de mampara. Los gases viciados se escapan, al menos en parte, por una abertura abrigada con intestinos de foca, limpios, engrasados, fuertemente cosidos, transparentes como el cristal sin pulir. Por el circuito interior, poyos estrechos y bajos sirven de cama. Mobiliario: una ó dos lámparas, dos ó tres calderos, algunos platos, cuya limpieza es debida á la lengua de los perros. Estas cabañas son calientes á condición que los habitantes estén amontonados unos encima de otros; hay algunas anchas de siete á diez metros y largas de treinta, á veces hasta de cien metros, pero en este caso sirven de refugio á toda una tribu, y hasta á varios centenares de personas. Esos grandes pozos, conocidos con distintos nombres, y más particularmente con el de *Kachins*, son casas comunes, frecuentes entre los hiperbóreos, y que se encuentran un poco por todas partes. Nosotros las tomamos por falansterios primitivos, más ó menos análogos á las colmenas y avisperos, al refugio de los castores, á los hormigueros, termiteros y «repúblicas» de pájaros. Los políperos humanos tienen semejanzas con las colonias animales; por todas partes se ven las bandas salvajes hacer excavaciones como familias de ratas; aglomerarse en un agujero, como murciélagos; balancearse sobre los mismos árboles, como cuervos y cornejas.

A la gran cuestión que en etnología se plantea á cada instante: «El individuo es anterior á la sociedad, ó la

sociedad es anterior al individuo?» la contestación parecía, no ha mucho, cosa fácil, y se repetía corrientemente la lección oficial: El primer individuo se descompuso en macho y hembra, y de la primera pareja, creada soberbia y vigorosa, inteligente y hermosa, nació la primera familia, la cual se amplió en tribu, luego en pueblos y naciones. La doctrina se imponía por su aparente simplicidad; parecía inspirada por el buen sentido. Pero ayudados por la Geología y la Paleontología, se observó que debía relegarse al valor de cuentos de hadas la teoría de un hombre saliendo de en medio del mundo, de un Robinsón abordando á su isla desierta. Fuera de sus semejantes, el hombre es hombre, al igual que la hormiga es hormiga fuera de su hormiguero; igual que la abeja continúa siendo abeja hasta después de abandonada su colmena. Lo que viene á ser un hombre aislado se ve bien en las prisiones celulares, inventadas por nuestros filántropos: un idiota. Así, pues, hasta convencernos de lo contrario, empezamos por creer que nuestros remotos antecesores *debutaron* por la vida colectiva, que ellos dependieron de un ambiente tanto ó más que nosotros. Contrariamente á la idea de que el individuo es padre de la sociedad, nosotros suponemos que la sociedad ha sido madre del individuo. La residencia común nos parece haber sido el apoyo material de la vida colectiva y el gran medio de las primeras civilizaciones. Común era la habitación, y comunes las mujeres y los niños; los hombres cazaban la misma presa y la devoraban juntos al igual de los lobos; todos sentían, pensaban y obraban en concierto. Nos in-

clinamos á creer que, en el origen, el colectivismo lo era todo, el individualismo muy poco.

No abordaremos el asunto sin mencionar una cuestión importante que á él se une: entre los hiperbóreos, como entre algunos primitivos, como los tártaros y la mayor parte de los negros, la construcción de residencia es, en principio, cuestión de las mujeres, que hacen todas las tareas, desde los cimientos hasta el tejado; los maridos no intervienen sino para llevar los materiales al pie de la obra. El hecho ha sido con frecuencia señalado, como probando la indolencia insigne de esos machos incultos, que dejan los más rudos trabajos para sus compañeras más débiles. Nosotros preferimos ver en ello la confirmación de la hipótesis según la cual la mujer fué el primer arquitecto. A la mujer, según nuestra opinión, la especie le debe todo lo que nos hace hombres. Cargada y recargada de niños y bagajes, debió establecer una cubierta permanente para abrigar su pequeña familia: el nido para su covada fué un hoyo tapizado de musgo; al lado, levantó un palo con anchas hojas formando estantes; y cuando imaginó plantar tres ó cuatro de estas perchas convergiendo por arriba, la huta fué inventada, la huta, el primer «interior». Allí depositó el hachón que ella jamás abandonaba, y la cabaña se alumbró, se calentó, el hogar quedó abrigado. ¿No se ha dicho Prometeo «Padre de los hombres», para hacer entender que la humanidad empieza con el empleo del fuego? Sea, pues, cual fuere el origen del fuego, la mujer fué siempre la guardiana y conservadora de ese manantial de

vida. He aquí que un día, al lado de una cierva que el hombre había matado, la mujer vió un cervatillo que la miraba con ojos suplicantes. Sintió piedad de él y lo llevó á su pecho... ¡Cuántas veces se ve á nuestras salvajes hacer otro tanto! El pequeño animal se sintió atraído por la mujer y la siguió á todas partes. Así es cómo ella crió y domesticó á los animales, viniendo á ser madre de los pueblos pastores. No es eso todo: al lado del marido empeñado en la caza mayor, ella se ocupaba de la menor, recogía huevos, insectos, granos y raíces. De esos granos hizo provisión en su cabaña; algunos, que había dejado caer, germinaron luego, crecieron y maduraron. Ella, que lo vió, sembró otros, y vino á ser también madre de los pueblos agricultores. En efecto, entre todos los no civilizados, la mujer es la encargada de las faenas agrícolas. No obstante la doctrina que es ley actualmente, nosotros creemos á la mujer creadora de la civilización y sus elementos primordiales. Sin duda que la mujer, en sus comienzos, no fué más que una hembra humana, pero esta hembra nutría, criaba y protegía á más débiles que ella misma, mientras que el macho, salvaje terrible, no sabía sino perseguir y matar; degollaba por necesidad y no sin satisfacción: él, bestia feroz y por instinto; ella, madre por función.

En la época de las grandes pescas y cacerías, los aleutas mandaban fuera á sus mujeres con frecuencia,

prohibiéndoles franquear el umbral del gran kachim. No porque estuviere prohibido pasar la noche junto á su cónyuge, sino porque esto debía de ser á hurtadillas, y era preciso estar de regreso una ó dos horas antes del zafarrancho del camanin, el cual, vestido con sus ropas de ceremonia, tocaba el tambor, cumplimentaba las armas y las personas (1). Este pequeño informe nos hace comprender bastante bien cómo las casas comunes se desagregaron bajo la influencia de las familias particulares, aun cuando no hubiesen sido disueltas por los extranjeros, diciéndose portadores de una civilización superior, es decir, del aguardiente péximo y de las armas perfeccionadas. En esas residencias, que todavía subsisten, la parte central es libre y pertenece á todos; los lados están divididos en estancias por una cuerda, que marca las familias, el lugar de cada una; diríase una cuadra con doble hilera de caballerías; cada familia dispone de un espacio que nos parecería apenas insuficiente para un caballo: en el mismo lugar que ocuparía uno de nuestros muebles, padre, madre é hijos se amontonan alrededor de la lámpara. Toda familia posee barca en el mar y lámpara en el kachim. Para economizar terrenos, duermen, bien sea en un agujero practicado en la pared, guarnecido de pelusa, ó bien en cuclillas, sentados sobre los talones con la barbilla apoyada en las rodillas, en la misma actitud que muchos primitivos dan á los cadáveres. Dall, que ha pasado por el tamiz «residuos

(1) Baucroft, *Native Races of America*.

de cocina» y escombros de varios kachims prehistóricos, está persuadido que esas residencias eran habitadas simultáneamente por los vivos y los muertos. Si uno de los habitantes moría, sobre el sitio que ocupaba de costumbre se cavaba un pozo, se le depositaba allí, se le cubría de tierra; dos pies de arcilla separaban los muertos de los vivos... No decimos nada en contra.

Ningún otro fuego hay más que la llamita de las lámparas que funden el hielo para procurarse agua potable; el calor de todos esos cuerpos vivos apretados en un pequeño espacio (tales son esos cercados habitados por dos ó trescientas personas) es bastante para hacer subir la temperatura á un grado tan elevado que toda esa gente, hombres y mujeres, niños y niñas, han de despojarse de sus vestidos.

Nada nos extraña más á nosotros, civilizados de Europa, viejos de una cultura relativa de treinta siglos próximamente, que la ausencia de pudor, la inocencia paradisiaca de la mayoría de esos hiperbóreos, acostumbrados á la desnudez casi constante en la casa común, bañándose juntos, como no hace mucho japonesas y japoneses, sin pensar en mal. No existe función fisiológica ó necesidad natural cuya satisfacción en público les contraríe. «Una costumbre no tiene nada de indecente cuando es universal,» observa filosóficamente uno de nuestros viajeros (Dall). Añadamos que el aleuta, persona curiosa, se presenta á veces tan reservado que nos sorprende y escandaliza casi; por ejemplo, delante de un extranjero no osaría dirigir una

palabra á su mujer, ni solicitar de ella el más pequeño servicio.

Aunque generalmente sucios, estas gentes tienen, como los inoítas y la mayor parte de los indios, la pasión por los baños de vapor, para los cuales el kachim tiene su instalación siempre dispuesta. Con la orina, que ellos recojen cuidadosamente para la operación de tenería, se frotan el cuerpo; el álcali, mezclándose con la transpiración y los aceites de que el cuerpo está impregnado, limpian su piel como pudieran hacerlo con jabón; el olor acre de ese licor pútrido parece serles grato, pero á los extranjeros les produce escozores en la garganta, retroceden sofocados y les cuesta no poco trabajo acostumbrarse (Zagoskine).

— ¡Horror!

— ¡Horror! sí, para los que no carecen de una buena pastilla de jabón en su lavabo; ¿pero y los que no conocen ese detergente? Aquellos y aquellas que la poseen, ignoran tal vez que los guantes, artículo de gran lujo y alta elegancia, hecho para cubrir blancas manos y lindos brazos, están embebidos de una yema de huevo con una gran adición del precitado líquido; preparación indispensable, según parece, para producir en las pieles la finura y elasticidad deseada. Largo tiempo esta misma substancia comunicó á las cortezas del holandá su bello color anaranjado, y al tabaco de Virginia algo de su aroma penetrante. Aun hoy, en varios países civilizados — en París mismo, — muchos individuos no acostumbrados á la glicerina batida y á la leche de almendras amargas, conservan un prejuicio

en favor de la loción aleuta, que limpiaría mejor que ninguna otra substancia y hasta conservaría la salud; aserción contestada por los médicos que atribuían á esta agua de *toilette* ciertos casos de envenenamiento y de oftalmia purulenta. «Limpiar sus dientes con la orina, moda española,» dice Erasmo (1). Los españoles la habían heredado de sus antepasados prehistóricos:

«Para lavarse y limpiarse los dientes, los cántabros, hombres y mujeres, empleaban la orina que habían dejado descomponer en un depósito.» (Strabón).

«Aunque cuidadosos de su persona y limpios en su modo de vivir, los celtíberos se lavan todo su cuerpo con orina, frotándose hasta los dientes, creyendo eso como medio excelente de conservar la salud del cuerpo.» (Diodoro).

Nadie se extrañará que los ouahabitas y los ou-gogos del Africa oriental hagan aún hoy lo mismo. Pero se tienen sus preferencias. Así, por ejemplo, árabes y beduinos buscan la orina de las camellas; los banáanas del Momba se lavan la cara con orinas de vaca, porque, según ellos dicen, la vaca es su madre. Dicha substancia se emplea también por las siberianas contra las manchas rosáceas. Los clersuras del Cáucaso la encuentran excelente para conservar la salud y desarrollar la abundancia del cabello. Con este objeto recojen cuidadosamente el purin de los establos, pero el líquido, aun impregnado del calor vital, pasa por ser el más enérgico. Las ordeñadoras halagan á la bestia, le silban

(1) *De civilitate morum puerilium.*

una tonadilla, cosquillean ciertos órganos, y en el preciso momento alargan la cabeza para recibir el líquido que se derrama; la madre amante de sus pequeños hace inundar la cabeza de éstos al mismo tiempo que la suya.

Tales fueron, tales son los comienzos de la limpieza del cuerpo. La industria aleuta representa exactamente la que se poseía en la edad del reno. Así lo dice Mr. Cartailhac, hombre competente.

Esta industria era bien primitiva, ciertamente. Quien tenía necesidad de cola se daba un fuerte puñetazo en la nariz, sabiendo que la sangre es una materia aglutinante. Actualmente las gentes están más bien provistas. Habitación, herramientas, mobiliario, costumbres y religión, se inspiraron rápidamente en los modelos llevados por los comerciantes rusos y que impusieron los conquistadores. Las mercancías que provienen de América han substituído á las que provenían de Petersburgo y Moscou. Los tejidos de paño, hasta la lencería, invaden los roperos, pero no pueden substituir enteramente á las pieles del país. Las mujeres tienen excelentes razones para no abandonar completamente un vestido que les sienta admirablemente, y que ellas adornan con cintas y pedrería barata. También los hombres han continuado fieles al vestido con plumas de pájaros marinos, sobre las cuales el agua resbala sin mojar. Su calzado es de piel de pescado, pero esos zapatos no deben acercarse al fuego, bajo pena de deformarse y reblandecerse; en pocos instantes quedaría fuera de uso. Se llevan medias tejidas con cierta hier-

ba de los pantanos. Con los despojos de los esturiones se confeccionan mantones bastante convenientes. Los hombres se rebozan gustosos con una piel de lobo en la que está la cabeza y la cola del animal.

Hasta no ha mucho, los aleutas se singularizaban por su pasión hacia los vestidos y el tatuaje; pero la cruel opresión que han sufrido les ha hecho perder esta vanidad. Si se restregan alguna vez la cara con colores ó con carbón, es menos para embellecerse que para preservarse contra las sales marinas que en evaporación van á depositarse sobre la piel produciendo irritaciones dolorosas. La mayor parte de los esquimales se taracean aún la frente, los carrillos y la barbilla; las mujeres casadas reivindican el privilegio, y lo convierten en «signo de alta distinción», decían ellas á Hall. Antes los aleutas se grababan en la cara figuras de peces y aves, según Malte-Brun; «las hijas de familias ricas y distinguidas» preferían representarse en sus taraceos los grandes hechos de sus antepasados, por medio de dibujos y signos variados que expresaban simbólicamente el número de enemigos vencidos y de animales muertos. Con un cortante de sílex se despojaban del cabello, las mujeres se rascaban la parte frontal, y los hombres se dejaban crecer una soberbia vedeja; estos, además, se agujereaban el labio inferior y las orejas para colocarse pequeñas conchas, piedras delgaditas ó hebitas rojas de lana, indicadores de algún acto heroico; ó bien aun se ensanchaban las narices, ya de sí bastante anchas, para colocarse un pequeño hueso, grueso como el tubo de una pluma, pues ellos tampoco eran insen-

sibles á los encantos de la belleza. Celosas de esta vanidad, sus dulces esposas llevaban al cuello, como en las manos y los pies, piedras coloradas y amuletos de ámbar; pero las infelices se introducían en el labio inferior un labro ó pequeño cilindro de nácar ó madera que, teniendo la boca siempre abierta, hace que la saliva les caiga constantemente sobre la barbilla. Y no son los aleutas, thlinkets y diversos inoítas los únicos que se afean con labros; los botócudos y numerosos africanos son también partidarios de ese apéndice que deshonra la figura humana. ¡Y decir que á ellos les parece bellamente atractivo ese feo *pegote*, incómodo y absurdo hasta lo inexplicable! La cosa existe; tiene, pues, su razón de ser, según expresión de Leibnitz.

La reverberación del sol sobre la nieve y las olas deslumbra los ojos y los ciega: se los protejen por medio de enormes anteojos, de aspecto fantástico, ó por medio de un casco de cuero ó madera, provisto de ancha visera, que recuerda aquel con que el excelente Daumier gratificaba á los académicos y miembros del Instituto. Los indígenas fabrican este artículo con madera que les llega de aguas de China ó del Japón, reblandida por la larga flotación; le dan la curva deseada y luego la dejan secar. Ese casco afecta varias formas, diversos colores; lo más frecuente es que sea moteado de blanco y azul claro, ó bien ocre y rojo; esculturas en máfil adornan la cimera, por atrás lleva un plumero y por delante erizado con pelos de oso, de barbas y bigotes cogidos á las focas y otarias, cuya jeta ha sido reproducida con fidelidad ingenua que encanta á los cono-

dores. Ya Cook había observado el gusto con que acababan esas obras; la mayor parte de los visitantes reproducen el mismo testimonio y alaban la delicadeza del dibujo. Un mestizo, Krioukof, pintaba al temple retratos de un parecido sorprendente, y Chamisso determinó nueve especies de delfines y ballenas por las imágenes que habían hecho los indígenas. Dotados en grado superior del talento de imitación, aprendieron de los rusos, con sólo mirar, casi todos los oficios manuales. Se han hecho jugadores apasionados de ajedrez. Llegan á dominar la lectura y escritura casi jugando. Los niños parecen aptos para comprender las matemáticas elementales, y, lo que encantaba al bueno de Venjaminof, parecían comprender los dogmas de la religión cristiana.

Con las máscaras de que hemos hablado disfrazan á las hijas cuando llegan á la pubertad, época crítica durante la cual se las encierra á distancia de las habitaciones y se las somete á una higiene y alimentación especial. Los kolocos encarecen esas precauciones encerrándolas en casas de mimbre. Grotescos cobertores las priva de ser vistas y de ver ellas; temen que la mirada, la sola mirada de esas desgraciadas, empañe la luz del día, produzca desgracia á todo y á todos á su alrededor; parecen considerarlas como vampiros.

Ese pueblo se le considera porque parece haberse elevado hasta el casamiento. ¡Sea! ¡Pero qué casamiento!

En Aleutia, los parientes más próximos contratan la unión, el hermano con la hermana y á veces el padre con la hija. «Langsdorf reprochaba estas uniones á un aleuta, que le respondió: ¿Y por qué no? Las nutrias hacen lo mismo.»

El galán se presenta con un regalo — cualquier bagatela — en casa de los suegros, que hacen á la joven la señal de seguir al joven, y negocio concluido. En algunos distritos, especialmente en la isla Ounamartch, las mujeres sirven de moneda corriente, regulan las ventas y compras. «Se han entregado tantos zorros azules, tantas cibelinas, ello vale tanto en mujeres.» Entendiéndose bien que esta moneda no es más que convencional. Para comprar y pagar las diferencias, no es necesario llevar tras sí un rebaño femenino.

Una palabra basta para establecer el contrato, una palabra para establecer el divorcio, los niños siguen á la madre ó son recogidos por el tío materno. La institución matrimonial no ha sido inventada para producir desagrado á esas gentes. Entre esposos escasos ó nulos celos. Como entre muchos salvajes y no pocos semicivilizados, el esposo sería un mal educado si no ofreciera la hospitalidad al visitante y dormir con su cónyuge ó con la hija menos huraña. Siguiendo sus conveniencias, los casados trocan sus mujeres, las cambian, las alquilan á bajo precio. En tiempo en que la administración rusa no acordaba á sus empleados más que ocho vasos de ron por año, un hombre entregaba su mujer por unas cuantas gotas del divino licor.

El jefe de familia daba el nombre de «Madre» á la

esposa preferida, la cual titulaba «Padre» no sólo á su marido, sino también á su hijo mayor, y calificaba también de «Madre» á la hija de mayor edad (Venjaminof). El informe sugiere reflexiones que podrían llevarnos lejos... pero no elevemos obra inútil sobre base frágil.

La monogamia es la regla, pero con frecuentes excepciones: los hombres mueren muy pronto corriendo los peligros del mar. Las viudas y los huérfanos son grave cuidado en tiempos de escasez. El pescador que vuelve con la barca llena, puede dirigir su mirada hacia la muchacha que ha perdido su padre, sentir piedad por las viudas que amamantan un pequeño: tendrá chozas separadas y varias familias á que atender. Así es como la poliandria se extiende con la poligamia. Pero esta poligamia es más bien una obligación moral que busca de un placer, y representa un cúmulo de cargas que es preciso tener corazón para aceptar y carácter para sostener día tras día.

Por lo demás, esos hiperbóreos no encuentran nada extraño que una aleuta declare que un solo marido no puede contentarla. En otro tiempo, las florentinas de buenas casas ponían como cláusula en el contrato nupcial el reconocimiento de su derecho á tomar un amante público cuando á ella le pluguiese. Del mismo modo, las jóvenes aleutas gozan, durante su mocedad, de una libertad de la que hacen amplio uso, reservándose, para los esposorios, la facultad de tener un chichisveo.

El «ayudante», término oficial, reemplaza al amo en todos sus derechos y deberes, servicios activos y pasivos, y viene obligado á subvenir á todas las necesida-

des domésticas y alimentación de los niños. Las mujeres así atendidas pasan por bien dichosas y gozan de una consideración distinguida. La presencia del ayudante es de rigor durante la ausencia del marido, el cual á su regreso manda y protege al joven, espera de él la deferencia del hermano menor... Hermano menor. En efecto, entre los thlinkets y los koloches, aliados de los aleutas, el caballero sirviente debe ser hermano, ó por lo menos pariente próximo de la familia del jefe. El koyanga sorprendido en adulterio, viene obligado á pagar, como en Inglaterra, una indemnización al marido; pero si él es de la familia, tendrá que someterse á las órdenes del amo y á las de la esposa, con lo cual la unión será legítima en adelante. Si el esposo thlinket, en esas condiciones, tiene la desgracia de morir, el llamado hermano viene obligado á casarse con la viuda, y para ayudante tomará á otro «hermano».

¿Qué te parece, lector? ¿No tenemos aquí la llave del chichisveato, institución extravagante, reprobada como inmoral, pero que nadie ha explicado? El chichisveo es un levirato. Su función es una supervivencia de las antiguas «hermandades» poliándricas, cuyas huellas se encuentran entre otros esquimales, y que se estudian en pleno vigor en Ladak, en el Tibet, en Malabar y varias otras comarcas que quedaron fuera de las grandes vías de comunicación internacional.

En esas condiciones matrimoniales, las querellas no son frecuentes. Sin embargo, los partos difíciles se con-

sideran como castigo á una conducta demasiado irregular. Los maridos de Aleutia, bonachones á pedir de boca, no tienen tan mal gusto como sus vecinos geográficos los korjaks, los cuales obligan, según Kraschenikof, á sus mujeres á afearse é ir más sucias que de ordinario, con objeto de no incitar ningún deseo ilegítimo. ¿Virtud á tan caro precio obtenida, obtenida al precio de la repugnancia, puede ser virtud?

Viudos y viudas se encierran en la obscuridad durante cuarenta días. La viuda, durante el luto, es considerada como impura, y encerrada en una cabaña particular en donde los alimentos le son entregados reducidos en pequeños fragmentos, porque ella no debe tocar nada con su mano desnuda (Venjaminof). Se teme evidentemente que, por su mediación, la muerte haga presa sobre los vivos. El polígamo lega un luto más severo á aquella de sus esposas que más tiempo ha vivido con él, á aquella, sobre todo, cerca de la cual morirá.

Nosotros preferiríamos terminar aquí este asunto, pero el celo por la verdad nos lleva á añadir que estos primitivos llegan en su ignorancia del mal hasta la inmoralidad, y que su inocencia, verdaderamente excesiva, se confunde con el vicio. Nótese que los testigos de cargo son para todos muy favorables á este pueblo, al cual no regatean la admiración en más de una circunstancia. ¿Un hijo de cara hermosa se muestra gracioso de continente? La madre no le permite alternar con

los camaradas de su edad, y lo educa y cría como á una hija; todo extranjero se engañaría; y á los quince años se le vende por una suma importante á cualquier rico personaje. Los «choupau» ó adolescentes de esta especie son muy buscados por los konyagas (Ross). En cambio, se encuentra aquí y allá, por entre la población, y notablemente entre los yokou, jóvenes hembras que se niegan al casamiento y la maternidad. Cambiando de sexo, por así decirlo, esas amazonas viven como hombres, adoptan los ademanes y costumbres viriles; corren tras el ciervo, no retroceden en la caza ante ningún peligro, ni en la pesca ante ninguna fatiga.

Los jóvenes guapos de que hemos tratado, se consagran voluntariamente al sacerdocio, y, marchita la juventud, entran en las órdenes, costándoles así mucho menos llegar que á sus cofrades. En todos los tiempos hubo afinidad entre el onanista y el servidor de los altares, entre la prostitución y la *palaciedad*. En los templos del antiguo Oriente, el vasto y majestuoso santuario parece haber estado poblado de capillas floridas, de tocadores perfumados, donde anidaban sobre blandos lechos los Atis y las Combleza, gracioso Eliacin, encantadores Adonis, que vacaban en los placeres de los dioses, es decir de sus ministros, hasta que plenamente iniciados en los ritos sagrados, llegaban á ser, á su vez, jefes de culto y encargados de los misterios. El hierofante gustaba de hacerse servir por los hierodulos y las bayaderas. El hetarismo ha nacido á la sombra de los altares. «Casi todos los hombres, dice Herodoto (*Euterpe*), se mezclan con las mujeres

en los edificios sagrados, excepto los griegos y los egipcios.

¿Excepto la Grecia? ¿Y qué pasaba en Corinto? ¿Excepto el Egipto? ¿Y Bubastis y Naucratis! ¿Y Afrodita de Abidos, que llevaba el nombre significativo de *Porné*? Por eso Juvenal se permitía preguntar: «¿Cuál es el templo donde no se prostituyen las mujeres?»

En Jerusalén, el rey Jorías destruyó en el templo de Jeováh las celdas que habitaban los afeminados y las mujeres que tejían las tiendas de Ashera. Se saben los prodigiosos desbordamientos que tenían lugar en los «verdes bosquecillos» y los «altos lugares» de la «Gran Diosa». La costumbre estaba tan arraigada que en la gruta de Belem, lo que antes se hacía en nombre de Adonis, se hace hoy por los peregrinos cristianos en nombre de la Virgen María; y los hadjis musulmanes hacen lo mismo en el santuario de la Meca; á las pagodas, «sentinas de vicio», acuden las mujeres estériles, hecho el voto de entregarse á un número determinado de libertinos; otras, para dar á la diosa de la comarca pruebas de su veneración, se prostituían en público, en las puertas mismas de la casa divina. Las sacerdotisas de Fuidah educan á las hijas de las familias más distinguidas, y, después de pruebas rigurosas, hacen de ellas cortesanas, instruídas en las artes de la voluptuosidad. En Borneo, el *dayak* que se hace sacerdote toma nombre y vestidos femeninos, se desposa simultáneamente con un hombre y una mujer: el primero, para que le proteja y le acompañe en público; la segunda, para que le procure distracciones...

Volvamos á nuestros aleutas. En cuanto la ordenación ha sido conferida al levita, tan pronto como el *choupau* ha cambiado en *augakok*, la tribu le confía sus hijas más á propósito para las gracias del cuerpo y del carácter; él completará la educación de las jóvenes, las perfeccionará en la danza y otras cosas alegres y, por fin, las iniciará en los placeres del amor. Si se muestran inteligentes, llegarán á ser curanderas, sacerdotisas y profetisas. Los *kachims* de verano, inaccesibles á las mujeres ordinarias, se abrirán de par en par para ellas. Están persuadidos que á esas jóvenes sería peligroso galantearlas, no habiendo sido purificadas por el comercio de un hombre de Dios. — ¡Buenas gentes! ¿Y se ha dicho de ellos que carecían de religión!...

Los *inoftas*, tanto ó más religiosos que cualquier otro pueblo, reverencian á los espíritus de las rocas y de los cabos, de los glaciares, de las colinas y los islotes de hielo; presentan sus respetos á toda cosa desconocida ó peligrosa. Su chamanismo ó teoría mágica, es idéntica en substancia á la doctrina profesada por las poblaciones de Asia y América septentrional; ha sido desenvuelto en la sucesión del tiempo tan admirablemente, que la institución de los *poulik* de los *angakout* (brujos, hechiceros) y los *jossakids*, forma, con las doctrinas y tradiciones que la acompañan, el lazo moral de las tribus esparcidas sobre inmenso territorio.

Todo el mundo no es apto para el santo ministerio;

para llegar á ser angakok es necesario una vocación bien determinada, una carrera especial, un temperamento que no todos poseen. Los sacerdotes en funciones no reclutan sus discípulos al azar; los eligen de temprana edad, niños ó niñas, pues el sexo no importa; en esto demuestran más inteligencia que otros sacerdotes. Se han visto dirigirse á matrimonios particularmente calificados, solicitándoles la procreación de hijos elegidos, empezando la formación del futuro sacerdote antes de estar concebido, por una educación apropiada y un tratamiento especial. El padre y la madre del futuro hechicero ayunarán con frecuencia y prolongadamente, buscarán ciertas carnes y rechazarán otras en su alimentación, suplicarán á sus antepasados envolver al pequeño retoño con sus solicitudes. Luego después de nacida la pequeña criatura, será rociada con orina, la impregnarán de su olor característico; es su agua bendita. En otras partes, la barba, la cabellera, la persona toda de los reyes y sacrificadores son untadas con aceites, conservados en santas redomas; en otras regiones se les embadurna y fricciona con boñiga, cuidadosamente esparcida. Cada cual su gusto. Se requiere que el pequeño no sea como todo el mundo, que por sus gestos y actitudes se anuncie como amasado con pasta distinta del resto de los mortales; pues él tendrá como principal título: el que ha sido puesto aparte (*¡sacer esto!*). Modelado por las abstinencias y prolongadas veladas, por la dureza y la privación, es preciso que aprenda á soportar estoicamente el dolor, á dominar sus necesida-

des físicas, á hacer que el cuerpo obedezca sin protesta las órdenes del espíritu.

Los profanos son habladores, él será taciturno, como conviene á los profetas y recitadores de oráculos. Desde muy joven el novicio frecuenta las soledades. Se pasea errante durante las noches (1) al través de llanuras silenciosas que la luna alumbra con su fría blancura; escucha el gemido del viento sobre el tímpano desolado. En el ancho mar, como un rebaño de osos blancos en busca de aventuras, avanzan retozones con la cabeza gacha; oye el crujir de sus dientes, el arañar poderoso de sus garras. Sobre el Océano negro, bajo el cielo fúnebre, flotan glebas de hielo, pesados montones de nieve; nadan las colinas de hielo como diamantes gigantes, caminan enormes masas heladas, masas sombrías, veteadas de glaucas transparencias, con vagos resplandores opalinos tembloteando alrededor; espectáculo de ultratumba; magnificencias dignas de otro planeta, como se verán tal vez en Urano ó Saturno: las auroras boreales ocasión buscada para «hartarse de luz», como dice Bastián, pues es preciso penetrarse de todos los resplandores y de todos los esplendores. Triste y abatido, presa de doloroso éxtasis, el joven contempla los gloriosos combates, las grandes batallas de los espíritus en los campos del aire, cuando torrentes de electricidad surgen del cielo incandescente, se desbordan los géysers de chispas y las fuentes de colores magníficos; los relámpagos en rayos sangrientos surcan

(1) Por lo mismo los polinesios llaman á sus sacerdotes *paseantes de noche* (Moerenhout).

el cielo, las lanzas fulgurantes chocan por los aires, el éter palpita, y sus pulsaciones son resplandores y llamaradas.

El futuro hechicero no es más que un niño. Varias veces se ha sentido ante la presencia de Sidné, la Ceres de la Esquimalia, la ha adivinado por el escalofrío que le corría por las venas, por la carne de gallina que le picoteaba la piel y erizaba sus cabellos; varias veces ha distinguido sus suspiros dolorosos y prolongados, lejanos llantos, repercutientes como esos mugidos de la ballena que los espíritus oyen tan bien, pero á los cuales permanece siempre sorda la oreja vulgar. El ve ástros desconocidos por los profanos; á Sirio, Algol y Altairo, pregunta el secreto de los destinos; adivina lo que piensa el Aguila, el Cisne, la Osa Mayor, que oyen los inoítas, la ven hacer, pero se callan. Porque esos astros gloriosos no hablan sino por centelleamientos, y nadie entiende su lenguaje si no tiene la luz en sí mismo. Pasa por la serie de las iniciaciones; no ignora que su espíritu no podrá desprenderse del pesado fardo de la materia y de la ruda ignorancia hasta que la luna le haya mirado de frente y le haya dirigido, como dardos, varios rayos de luz en sus propios ojos. Por fin, su propio Genio, evocado desde las insondables profundidades de su ser, se le aparecerá (1), habiendo franqueado la inmensidad del cielo y ascendido al través de los abismos del Océano. Blanco, pálido y solemne, el fantasma dirá: «Héme aquí! ¿Qué

(1) La misma creencia existe entre los lapones, pieles-rojas, los kamtchadales. Charlevoix, *Journal*.

quieres?» Uniéndose al reo de ultratumba, el alma del angakok volará en alas del viento; abandonando al cuerpo según su voluntad, vagará por el universo, rápida y ligera. Libre ella para sondear de ese modo las cosas ocultas, para informarse acerca de los misterios, revelará sus conocimientos á los hombres mortales, de espíritu grosero.

No hay como el angakok ideal para pasar por tal educación y tal disciplina interior. Profetas y reveladores, ascetas é inspirados, todos buscarán á Dios en el desierto, se refugiarán en la soledad para conversar con el Lobo, dicen unos, con los santos ángeles, piensan los otros; se sumergen todos en el augusto silencio para oír la melodía de las estrellas cantando á coro, para distinguir el susurro de los átomos, los murmullos del grano de arena, los suspiros que exhala la gota de rocío antes de dejar de ser; inefables armonías que apagan el ruido de las calles, de los mercados, el rugido de las batallas. Nuestra propia alma se nos escapa en el conflicto de las vanidades, sus movimientos íntimos se escapan á nuestra percepción, que embota el ensordecedor tumulto de las agitaciones mezquinas. Para volver á ser sí mismo, para apagarse, en fin, es preciso huir de la ciudad, evitar la multitud. Hasta que hayan descubierto su conciencia é interrogado los oráculos, no se es, no se será sino un niño. No se comprende nada del mundo exterior, mientras que concentrado en su alma no se hayan medido las sombrías profundidades, mientras no se hayan escuchado los ecos del pensamiento precipitándose en cascadas cada vez

más sordas, como el rodar del trueno que va á perderse por la otra parte del horizonte.

Pero los pulmones necesitan aire que consumir, los estómagos necesitan alimentos para digerir, las inteligencias hechos para elaborar y realidades para asimilar. Caerá en el idiotismo el individuo que se aislara sin regreso y cesara de sostener con sus semejantes las relaciones de acción y reacción de que se compone la existencia. Por eso el augakok no se ausentará de la comunidad sino por intervalos, formará parte en las expediciones de caza y pesca, ejercerá tal vez alguna industria, no será ajeno á la vida pública, seguirá, ó hasta dirigirá los movimientos populares, los comprenderá bien porque no intervendrá jamás en los tumultos de la acción; él vive reposado, mira desde arriba. A medida que progresa en su arte, se hace más original y excéntrico. No se sabe con exactitud si vela ó sueña, si está presente ó ausente, si tiene juicio ó está loco. Toma las abstracciones por realidades y las realidades por abstracciones, se crea simpatías y antipatías. El esparce su alma por las espesuras, pero hace entrar las piedras en la substancia de sus huesos, se identifica con el paisaje ambiente. Lo que á todos disgusta complace á este hombre, pero él aguanta lo insoportable; se hace un modo suyo de entender y comprender, ve obscuro donde los demás ven claro, pero distingue con precisión lo que los otros no pueden discernir. Su mirada, velada por las cosas del presente siglo, penetra el mundo tráslunar. Los secretos de la eternidad se le hacen familiares á medida que se aleja

de las vulgaridades de la vida cotidiana. Poco á poco llega á ver doble, percibe los objetos exteriores y el reflejo que proyectan en su espíritu. Así es como en Brokeu, el Monte de las Hechiceras, el viajero ve su sombra chaparse contra las nubes y perfilarse en el espacio como espectro gigantesco. La fantasía misma, las quimeras extravagantes, no pueden desordenar y traspasar la realidad, descomponer sus elementos, recomponerlos de un modo incongruente. Antes de dar doctrinas á los pueblos, los profetas tuvieron que presentarse como fantasmas, igual que los bacchauts llenarse de ruidos y cubrirse de estruendos; antes de abordar á las verdades eternas, les fué necesario inmergirse en la ilusión. Sobre una metafísica mezclada de ignorancia y de locura, construyen un vasto é ingenioso sistema, que hace la aberración plausible, se desacuerda con el método, prueba el prodigio por el milagro, expone el absurdo con lógica, todo con el nombre de religión.

Hermanos ó primos hermanos de estos augakok son los *jossakides* indianos, los *chamanes* de Siberia, los *joguis* y fakires de la India, los derviches mahometanos, los *eugaka* de Bautou, los *piodjes* australianos y los ascetas y hechiceros en su totalidad. El objeto de sus ambiciones es el éxtasis, la unión con Dios, la absorción en el Espíritu infinito, en el Alma universal, en resumen, la vida religiosa por excelencia, cuyas manifestaciones, reputadas como milagrosas, entran todas, á pesar de la diversidad de detalles, en la categoría del Mal Sagrado; reaniman la fisiología neurótica, muy estudiada, pero aun obscura. Sin pretender explicar sus

casos, es fácil ver que esos desgraciados han trabajado para crearse una existencia fuera de la higiene y el buen sentido. Para ponerse por encima de la Naturaleza, la violaron; por eso soportan las consecuencias, y su existencia es más doliente que normal. Tienen ellos, á pesar de su apariencia adormecida y su fisonomía apática, lucideces singulares, percepciones de acuidad sorprendente; diríase que su alma está ausente, pero experimentan sensaciones de delicadeza extraordinaria, algunos inexplicables accesos de fuerza y de vigor, sensibilidades é insensibilidades que pasan á ser esencias. Al mismo tiempo creen en las persecuciones de demonios que irán á molestarlos y darles tormentos, hasta á degollarlos, si, por un terrible juramento no se comprometen á obedecerles. En sus accesos proféticos, se entregan á contorsiones extravagantes, á movimientos desordenados y convulsivos, prorrumpen en aullidos que parecen no tener nada de humano; la voz ronca sale de su boca espumeante, su tez se hace violácea y se inyectan sus ojos; con frecuencia se quedan ciegos á consecuencia de las congestiones. Pasan por fatigas y cansancios de los que no es fácil tener idea; sufren todas las fibras del cuerpo, se ven extenuados por todas las excitaciones cerebrales. ¡Nada tiene de extraño que estén siempre tristes, inclinados á las ideas sombrías! Su fisonomía comunica al alma un sentimiento penoso y profundo, dice Hyacinthe en su *Chamanismo en la China*. Se observa en ellos un temor excesivo á la muerte; temen hasta de ver á un cadáver,

y sin embargo, con sus pensamientos penetra el suicidio. Hall cuenta:

«La mujer de Jack remaba cuando fué presa de un acceso que al principio creí de epilepsia. Estalló en gritos salvajes, familiares, al parecer, á los que practican la hechicería. En esos casos todos redoblan sus fuerzas. Su voz era un extraño vagido; de sus labios salían como explosiones. Los marineros le contestaban en coro. Su melodía se acentuaba de minuto en minuto, haciéndose por instantes más salvaje; al mismo tiempo remaba desplegando un vigor sobrehumano. De regreso al campamento, la representación se repitió durante la noche. Jack decía una especie de liturgia, las mujeres cantaban, los hombres respondían. Esto duró varias horas; luego, al día siguiente, hicieron lo mismo.»

He aquí otra observación:

«Anohecia. Apenas si nos distinguíamos aún en el interior de la choza cuando se oyó un grito estentóreo. Rápidos como el pensamiento, mis inoítas saltaron de su puesto, se arrojaron sobre sus grandes cuchillos que se encontraban á la vista y los ocultaron en un escondrijo. Apenas si habían vuelto á sus sitios cuando un augakok se deslizó á gatas por la estrecha entrada. Arrastrándose sobre las rodillas, tentaba en la obscuridad, y ciego por una lepra que le cubría los ojos y la cara toda, buscaba tentando en la especie de armario donde guardan la comida. No encontrando lo que buscaba, volvió sobre sus pasos, retirándose sin decir una palabra. Yo pregunté:

»— ¿Y si hubiese encontrado un cuchillo?

»— ¿Un cuchillo? Se hubiese dado un golpe en cualquier parte. Suelen tener ideas. Eso les pasa de vez en cuando.»

Quando un novicio se ha despojado completamente de lo que le hacía ser humano, hace de su cuerpo el templo de un espíritu, ó de varios, porque puede albergar legión, llama por su nombre al genio de su elección y le invita á tomarle á él como domicilio. Si le conjurase diez veces inútilmente, renunciaría á su oficio, pues sin *tornae* no puede haber profecía ni milagro. No quiere esto decir que haya perdido su tiempo y su trabajo. Los estudios, la dura disciplina por la que ha pasado, le valdrán siempre respeto y confianza. ¿Cómo se obtiene la inspiración?

El espíritu invocado hace encontrar á su protegido, un animal demoníaco: fuina, nutria ó tejón, para que él lo mate, despelleje y vista su piel. Se apropiará, como un tesoro, la lengua del animal, y con ella hará su medicina, su menjurge personal. La elección de este órgano es evidentemente simbólica; se ha adivinado ó se ha recordado que es el instrumento del verbo, manifestación de la Razón... sin que nosotros queramos insinuar que esos pobres augakok hayan presentado la escuela de Alejandría.

He aquí otros procedimientos:

Según el aviso que le dan sus ancianos, el levita visita la caverna de una isla inhabitada, en la cual fueron ocultados los huesos de un mago ilustre. El profeta duerme el sueño de la muerte, pero no hace más que dormir. Se sienta rígido y helado, la cara oculta

por una máscara. Vestido con la magnificencia del aparato sacerdotal, las alas de un mochuelo ó de un buho se extienden sobre su bonete; de su ropa cuelgan chumecos de marfil, cencerrios y campanillas, cadenitas y anillas, todo un revoltijo grotesco, gracias al cual se pone en relaciones con los reyes de los animales y los genios de los Elementos: uñas de águila, dientes de culebra, escamas de pescado, pedazos de cuero tierno y diversos pequeños objetos que se chocan, produciendo ruidos por los movimientos del cuerpo. Entre las rodillas tiene apoyado el tambor, el indispensable tambor — un mundo en pequeño, — sobre el cual están trazados los círculos del universo, la Cruz de los Cuatro Vientos, figura mágica de hombres y animales; el interior abriga pequeños monuelos, otros tantos espíritus que responden cada uno á los golpes de parche, dados de un modo especial. El adepto hace sonar el instrumento, se dirige al Vidente mismo, interpela al augusto profeta. Por efecto del ruido el cadáver se mueve, las plumas se agitan, la máscara se estremece. Esa máscara del muerto, tiene el vivo la bravura de quitarla: descubre la momia. Está negra y mucosa, yerta y deforme. El la contempla y es á su vez contemplado, las órbitas profundas le lanzan rayos de obscuridad. El vivo saluda frotando la punta de su nariz contra la espina nasal del cadáver, luego se pasa la mano por el vientre como para decir: «¡Encantador, delicioso!» Se crece en buenas formas, se escupe en las manos y moja con su saliva la cara del grande, del grande hombre; luego después le ofrece tabaco

para una ó dos pipas, y tal vez también un hígado de oso, que mata á los perros y envenena á los hombres, los hiera en el cuerpo y en el espíritu.

Ante tan exquisitas atenciones, los labios apergamados dibujan una sonrisa, los palillos fijados en el penacho de la cabeza empiezan á menearse: ha sido bien recibido. A la dudosa claridad de la ardiente mecha empapada en el aceite de una concha marina, el maestro y el discípulo hablan durante toda la noche. El discípulo interroga, el maestro contesta por señales fosforescentes en el cerebro: á las cuestiones precisas y claras, contestación luminosa, pero la duda no obtiene más que oráculos tenebrosos. Así es como el espíritu del doctor pasa al joven discípulo; la transfusión se señala por la transmisión de un diente que el sucesor toma de la augusta mandíbula para ocultarla en la suya. Si este diente fuese visto por un profano, ó si vislumbrara solamente la lengua de la misteriosa nutria, caería inmediatamente herido de enajenación. El mismo castigo sufre el que haya visto el jaspe del Graal, en el cual San José había recogido las gotas de la Divina Sangre.

¿Pero por qué el diente del viejo hechicero, el diente precisamente?

Sobre este punto no podemos ofrecer más que conjeturas. El diente, la pieza más resistente del organismo, y que se encontraba con frecuencia en las cenizas de las hogueras, después que los huesos habían desaparecido, pasa en muchos pueblos primitivos por ser el sitio donde reside la vida. Los animales rapaces tienen

su fuerza en las mandíbulas; Oken y los filósofos de la Natura, comparan los dientes con brazos cefálicos. Los molares de las víctimas muertas en la guerra ó en las cacerías, componían los más soberbios collares que los héroes ofrecían á sus amadas. La víbora concentra en sus dientes su cólera y su vida, y echa la esencia de su quilo y de sus humores. ¿Por qué el hombre no hacía lo mismo? ¿El hechicero no tiene también un diente venenoso?

Se cuentan otras cosas no menos sorprendentes. Los hechiceros pueden cambiar de sexo á su gusto, sacarse un ojo para comérselo en seguida, hundirse un puñal en el pecho sin hacerse mal. De ese modo pasarían por la muerte, lo que creen seriamente haber hecho ya varias veces, en las condiciones más heroicas; y más extravagantes, añadimos nosotros. Van á la orilla del mar, llaman á ellos un oso ó una morsa, pero con preferencia á la Gran Ballena, á la cual invitan, por indicaciones, á abrir su enorme boca, dentro de la cual se precipitan. La marsopla costea distintas playas, visita islas numerosas, luego se sumerge en el abismo que conduce al Paraíso boreal, donde contemplarán á placer los misterios del otro mundo. ¿Cuánto tiempo residen allá? Lo ignoran ellos mismos, pues la medida del tiempo es una arriba y otra abajo. Durante el tiempo de residencia en el Paraíso, adquieren facultades extraordinarias y una inteligencia trascendental; se transforman

de larva en mariposa. Cuando ya han aprendido lo bastante, la ballena los vomita sobre la playa á esos otros Jonás.

Cuando todas las iniciaciones han sido cumplidas y las educaciones hechas y perfectas, el mago toma el nombre de augakok, que significa el «Grande» ó el «Antiguo», y entonces se ofrece al pueblo como guía é instructor. Desprovisto de todo poder oficial, es, no obstante, consultado en todo negocio ó cuestión importante y su consejo es siempre seguido. Todos podrán desafiarle, contradecirle, pero nadie se atreve ni se ocupa de ello. Atribuciones especiales, no tiene ninguna, pero acumula todas las influencias: consejero público, juez de paz, experto en todo, árbitro en negocios públicos y privados, artista en todo género, poeta, cómico, bufón. Reputado como genio y como loco, por lo menos, su inteligencia pasa como empapada en divinas fuentes, que comunica con los poderes superiores. El comprende á todo el mundo, pero nadie pretende adivinarlo. En último análisis, su poder es el de un espíritu superior á los espíritus obtusos; su secreto el mismo de la Galigay: el ascendiente de una voluntad fuerte sobre una voluntad débil. Basta con que sea superior, incontestablemente superior, para que los que le rodean le atribuyan una potencia suprema. Es médico, sacerdote y taumaturgo, porque él tiene varios demonios en el cuerpo, en el cerebro, en los riñones, en el corazón y en el hígado. Sólo él es Gran Proveedor del pueblo, tiene el poder de atraer hacia el arpón ó el lazo, la caza de mar y tierra; él solo tiene el poder de hacer obrar á

la piedra, don del Océano, gracias al cual la ballena, los salmones y brochetes, corren á dejarse arponear; sólo él puede llevar un cinturón de hierbas con varios nudos, que aseguran la victoria en todo encuentro; él sólo puede asistir á la luna cuando ella sufre. Durante los eclipses totales, la luna pierde completamente la cabeza, se extravía por los cielos, va errante por las rocas y los fundideros; pero entonces su amigo el augakok la vigila, le indica á gritos el camino que debe seguir para volver en sí y al mismo tiempo le canta himnos que la fortifican. Declara la guerra á los genios maléficos y se lanza contra ellos acorazado con fórmulas, armado de encantos, picos de cuervo, incisivos de zorra, garras de oso, y, si le es posible, algún utensilio de baratillo que allá les llevan los europeos. Para cazar el demonio de la enfermedad y contener las almas errantes, ejecutará movimientos violentos, contorsiones, saltará sobre un vasto brasero, combatirá la muerte con grandes mazadas y conseguirá hacerla huir.

En Esquimalia, como entre nosotros, existe la magia Blanca y la magia Negra, los malos y los buenos hechiceros. Los malos se aprovechan de su intimidad con los muertos poco recomendables, con los espíritus desprovistos de delicadeza, para servir los deseos malaventurados, los rencores particulares y perpetrar así malas acciones.

La vil multitud, en el otro mundo como en éste, no

hace ni gran bien ni gran mal y no se manifiesta sino por ligeros silbidos. Los más robustos, trompetean los oídos para que se les dé de comer; los temibles se aparecen en forma corporal; los más peligrosos, locos ó insensatos con los vivos, han ejercido el augakokat y mueren de muerte violenta. Los doctores espiritistas de allá recomiendan á los señores asesinos que inmediatamente de cometido el crimen arranquen el hígado á la víctima y comérselo aún palpitante, por ser el sitio donde reside la fuerza y la vida; medio único de escapar á las represalias del asesinado, que, de otro modo, se convertiría en furia, entraría en el cuerpo del asesino y le convertiría en demonio. Esto se explica bastante bien.

He aquí un acto practicado por todos los maleficientes del mundo: ampararse de una carne que ya empezó á devorar la persona á quien se quiere perjudicar; ponerla á podrir en una tumba, para que el muerto, royéndola á su vez, sea puesto en comunicación con el individuo traicionado y devore su substancia. De aquí el nombre dado al que pronostica el sino: «El que hace padecer» (1). Este artista de la desgracia entra también en relaciones con la luna mala, la luna en su descenso, que tiene la especialidad de atraer hacia ella las entrañas de los que se rien sin moderación. Las víctimas de Hécate hacen de vampiro con los vivos, chupan las vísceras y órganos vitales; se transforman en araña, visible al augakok, la cual exhala

(1) *Kousouinak, Iisitsout, plural Iisitsok.*

un aliento envenenado en los intestinos, en los que introduce sus largas patas negras y curvadas.

El hechizado, si tiene fuerza, se presenta en la puerta del dioptra y hechicero y grita: «¡Eh, eh! se tiene necesidad de ti.» El hombre de arte no responde inmediatamente, se hace repetir el llamamiento: en la voz, en el acento del enfermo, adivinan la enfermedad que padece y hasta quién le ha enviado, pues no existe enfermedad que no sea producida por el odio de los vivos, ó el sople pestilente de algún muerto en descomposición; hasta la fractura de un miembro se atribuye á un espíritu malo. El augakok, hechicero de la buena causa, defiende á su pueblo de las múltiples incursiones de los demonios, que afectan la forma de cánceres, reumatismos, parálisis, y sobre todo enfermedades cutáneas, que los civilizados atribuirían á falta de limpieza. El dispersa la maldita conflagración, persigue la innoble turba, exorcisa al enfermo, lo chopo con rancias orinas, al modo de los *doctores del veneno* bosquimanos. Los cambodgios asperjan igualmente al demonio de la viruela con orina, pero esta orina es la de un caballo blanco. Sin ir tan lejos, en el Extremo Oriente, los pastores eslavos sacuden sobre sus rebaños, para preservarlos de la desgracia, con hierbas de San Juan hervidas y dejadas secar. Nuestros campesinos de Francia se lavan las manos con su orina, ó con las de sus maridos ó hijos, para deshacer los conjuros é impedir sus efectos. El juez Paschase hizo rociar con ese líquido á la bienaventurada Santa Lucía, que él confundía con una hechicera. El augakok, cuyo diagnóstico

encuentra difícil, recurre á un procedimiento verdaderamente ingenioso: ata á la cabeza del enfermo un cordel, lo fija por el otro extremo á un bastón que él levanta, tantea, sopesa y lo vuelve en todos los sentidos. Siguiendo diversas operaciones, cuyo objeto es arrancar á la araña de la desgracia las carnes que ella devora, las limpiará, las acomodará en tanto cuanto le sea posible, y de ahí su nombre: purificador de almas.

Una mala hechicera, invisible pero presente, puede hacer fracasar los esfuerzos del conjuro, y hasta comunicarle la enfermedad, haciéndole víctima de su abnegación; la magia negra puede presentarse más poderosa que la magia blanca. Cuando ve el caso desesperado, el augakok honrado recurre, si le es posible, á uno ó varios de sus cofrades; juntos esos médicos de almas, reconfortan al moribundo y con voz solemne exaltan las felicidades del Paraíso, cantan con voz sordina un cántico de adios que acompañan delicadamente con el tambor.

En los kousoninck perseguidos por el odio de los augakout, se ha creído ver á los sacerdotes de una religión anterior, degradados y malos hechiceros. Lo cierto es que los augakout mismos están representados como sostenedores del negro Satanás, por los misioneros griegos, luteranos y otros, que declaran y afirman á ciencia cierta que Tornarsauk, el dios esquimal, no es otro que el gran diablo del infierno.

Durante el invierno no siempre se va á la caza del oso y del zorro; no está siempre atento para sorprender á la pobre foca cuando saca su hocico fuera del agujero para respirar. No puede siempre construir barcas, trineos ni trampas. La vida no sería sostenible sin el reposo. El tugurio es pobre y miserable, razón de más para abandonarlo. El esquimal se ríe de todo: se ríe del hombre blanco con sus cien instrumentos y sus mil fruslerías; se ríe friccionándose la nariz y las manos en peligro de gangrena; se ríe engullendo su aceite y engrasándose la piel, cuidando sus vestidos en el interior y en el exterior; se ríe y no pide otra cosa sino reír. Los inoitas no tienen otro placer que los de la sociedad: y no se privan de ellos. Siéndoles el clima hostil y la tierra madrastra, sienten la necesidad de aproximarse, ayudarse y amarse. Lo que les niega el exterior, lo piden ellos al mundo interior. Después de todo, nada es más grato al hombre que la compañía del hombre mismo; frecuentando á sus semejantes, desenvuelven en sí sus cualidades originales y sus más altas facultades. Si no fuese porque las tribus esquimales no son sino grandes familias solidarias las unas de las otras; si no fuese porque ellas llevan el comunismo hasta puntos extremos, sus pequeñas repúblicas no tardarían en desaparecer. De hecho, nada comprenden todavía del glorioso principio de «Cada uno para sí» ni de las eternas verdades de la Oferta y la Demanda. No han prestado atención á las suaves «Harmonías» de la Renta y del Capital, moduladas por la lira de Bastiat.

Los aleutas empiezan en Noviembre sus festividades y las continúan hasta últimos de Enero. De aldea en aldea se invitan unos á otros á festines pantagruélicos. Esas gentes, que se aprietan el vientre con frecuencia, no conocen mayor felicidad que la de hacerse turgente el abdomen, atiborrarse de aceite y comer carnes crudas aun sangrando. En los intervalos, los jóvenes celebran asaltos vigorosos y luchas de agilidad, los hombres ya maduros y los viejos, se entretienen jugando á juegos diversos con figuritas de marfil, representando patos, pichones y otros pájaros; aprenden fácilmente el juego de ajedrez, las damas y dominó. Discuten los accidentes del día. El tribunal de la opinión pública entiende en las infracciones á las buenas costumbres. Raramente es severo; sin embargo, se habla de locos y hechiceros criminales que han sido condenados á muerte; en éstos el más próximo vengaba á la víctima. Pero si esta ley del talión suscitaba nuevas venganzas, varias aldeas evocaban la cuestión y los notables ejecutaban la sentencia. Salvo raras excepciones, el jurado no interviene sino para ajustar diferencias y explicar errores. Las discusiones se abandonan prontamente, la comunidad sabe perfectamente que en su lucha incesante contra una naturaleza hostil, no puede existir sino por el buen deseo de cada uno.

Los negocios, sin embargo, no se arreglan siempre por sí mismos, las diferencias pueden ser profundas. Por temor á que las cuestiones tratadas en privado no agrienen los caracteres, se conviene en hacerlas públicas, echarlas fuera. El ofendido hace saber que tal día ser-

virá un plato de su especialidad á cierto camarada: habrá lucha poética entre los adversarios; Beltrán de Born prepara su sirviente y Beltrán de Vatandous su canción: se cantarán su copla satírica, la declamarán, la mimarán, la danzarán, asistidos por segundos, previamente preparados, que en caso necesario les reemplazarán; acompañan en coro y hacen sonar el tambor en los períodos interesantes. La asamblea escucha con atención, da la razón aplaudiendo, declara culpable gruñendo, íntimamente persuadida de que el buen derecho y el mérito artístico van á la par; convencidos de que la conciencia tranquila da cierta pasión, cierta energía y una altura de acento á la que no sabe elevarse la mala fe. Vista de cerca, es ésta una ordalía bastante más humana y razonable que esos «juicios de Dios» por el hierro enrojado, el plomo fundido, las *ahogadas*, las ingurgitaciones de veneno ó de hostias santas. Esta costumbre no es desconocida en el alto país bávaro, donde algunas fiestas del santo patrón está amenizada por dos gallos del pueblo que se provocan á un *gsangl*. Los sakalabas de Madagascar tienen también estas diversiones (*aibé*).

El inculpado inoíta que no se siente sostenido por una buena causa, pide, antes del encuentro, una reconciliación con su adversario, al que expide un embajador vestido con ropas nuevas de franela roja, un bastón adornado con plumas, señal del heraldo, para preguntar qué reparación es la que exige. Cualquiera que sea la reparación, el ofensor hace cuestión de honor ofrecer aún más.

—«Tú habías pedido un paquete de tabaco, pues hélo aquí. Toma también este peludo, luego esta manta y después esta piel de foca»; cosas todas que el otro no acepta sino para distribuir las entre los testigos de la reconciliación. Los nuevos amigos se cambian sus vestidos respectivos, se cogen por la mano y empiezan los primeros movimientos de una danza, la cual bailarán todos al terminarla los reconciliados.

Todos los hiperbóreos no disipan su cólera en cantares, no exhalan tampoco su malhumor en versos y saltos: en esos casos no hay lucha poética, sino un duelo vulgar; nada de trovadores, nada sino simples caballeros. Así, pues, thlinkets y kolocheos redimen sus querellas en combate singular; se rellenan de gruesas gudejas de pelo, se cubren bien con hojas de hierbas marinas, se echan aún por encima una coraza hecha con palitos tejidos entre sí; se cubren la cabeza con un casco de madera, al cual han adaptado el blasón de la familia. Ya así forrados, luchan por largo rato á cuchilladas: los campeones están sentados, frente á frente; da el uno el golpe, el otro le contesta, empleando un minuto en cada golpe, de modo que puede saborearse y gozar de todo su efecto; se toman el tiempo necesario, demostrando con ello lo pacíficos y duros que son estos esquimales. Y eso se prolonga hasta que uno de los combatientes se declara satisfecho ó bien que los asistentes tengan bastante. Las cosas buenas también acaban.

Los inoítas no tienen, como nosotros, fraccionado su arte en poesía, baile y música; apenas si distinguen todo esto de su religión, ó de lo que nosotros llamamos tal, puesto que su religión, puramente instintiva, se parece poco á nuestras religiones abstractas, notablemente alteradas por la metafísica. Los primitivos no han dividido su ser en sus mitades; su vida profana se penetra é impregna de vida religiosa; en cambio, su religión está indisolublemente unida á las rudas realidades de la existencia diaria. Nuestros obispos excomulgaban no ha mucho á los bailarines y bailarinas de la Opera, y les negaban sepultura en tierra santa; tacharían de sacrilego á otro David que danzase ante el Espíritu Santo. Pero un aleuta no comprendería la adoración de su Tornarsauk, de otro modo que bailando. Lo que la poesía es á la prosa, el baile es al gesto. Movimientos rítmicos la una y el otro, provienen de la inteligencia y la pasión. Con los ojos y el gesto es menos fácil mentir que con la lengua y los labios; el gesto, como expresión inmediata del sentimiento, precede al lenguaje articulado; de ahí la importancia del baile y de la pantomima entre los salvajes.

La danza, gesto cadencioso, del cual participa el cuerpo, es el arte supremo por excelencia, es el lenguaje más expresivo de las poblaciones primitivas. El aleuta, más sensitivo é imaginativo que lógico y razonador, reproduce con movimientos físicos las agitaciones de su alma, sus alegrías y tristezas, sus temores y esperanzas; él pasa de lo sagrado á lo profano, de lo patético á lo grotesco, de lo sublime á lo ridículo, y acaba—TOMO I

ba por la parodia. En efecto, todo artista se complace en recorrer el ciclo entero, en pulsar toda la gama del sentimiento, hasta burlarse de los seres que más teme y de las cosas que mejor ama.

He aquí la descripción de una fiesta dada á los mahlémoutes de Chaktolik por los mahlémoutes de Ounahlaklik:

«Todo un pueblo había sido invitado por otro pueblo, y cada familia tenía sus huéspedes, que trataban lo mejor posible.

«Catorce actores, bailarines reputados, hicieron la fiesta la primera tarde. Salieron por un corredor subterráneo, se formaron en dos líneas, ocho hombres enfrente de seis. Los actores, desnudos hasta la cintura, llevaban una diadema encuadrada con grandes plumas que les caía sobre la espalda; colas de lobo y de zorro les pendían hasta los muslos; guantes bordados, botas adornadas con tiras de piel de varios colores. Las mujeres vestían una manteleta prendida al cuello, hecha con piel de reno blanco, y sobre ésta una túnica, bien de intestinos de foca, teniendo la finura y el brillo del colodión, ó bien en membranas de pescado, produciendo reflejos transparentes como láminas de plata. Las hermosas aleutas no tienen que aprender que la semidesnudez denuncia con ventaja lo que se pretende ocultar. Ellas se han adornado con bordados y pedrería barata en colores, aderezan su tocado con láminas blancas abrillantadas con nácar, cubren sus manos con guantes blancos como la nieve, de piel de cervatillo con forros

de pelusa; en la mano llevan un largo penacho de águila ó de cisne.

«¡Atención! Los viejos, seguidos del coro, se instalan con sus tamboriles y preludian la obertura: cantinela de antiguo estilo, grave y mesurada, lenta y monótona; los aires modernos son más ligeros y frívolos. El minueto — si es un minueto — merece la admiración de los inteligentes por la precisión del ritmo, la seguridad de los bailarines, la gracia modesta de las bailarinas que resbalan sobre el suelo haciendo ondular sus plumas.

«A esto sigue un baile; el *Felis Cazador*, escena de dos personajes. Un pájaro salta, menea la cola, bebe y se baña, alisa las plumas, picotea por aquí y pía por allá. El arquero le vigila, se aproxima con pasos furtivos. Uno de sus movimientos espanta al pajarito, que levanta su vuelo. Pero silba una flecha, el pájaro ha sido herido en el aire. El herido se yergue contra el dolor, se agita dando vueltas en el aire y va á caer en una maleza. Con su ala rota hace frente al enemigo defendiéndose con el pico y con las uñas, hasta que perdiendo sangre y aliento se entrega y abandona abatiendo su plumaje... ¡Maravilla! Entonces el cazador abraza á una mujer desnuda, temblorosa y palpitante, ebrio de fervor y de alegría.

¿Qué os parece? ¿No es eso la traducción al aleuta del apólogo de Eros, de Eros arrojando su flecha de oro sobre la encantadora paloma de Afrodita? Los dindjié cuentan que Galinota Blanca se transformó en mujer para convertirse en compañera del hombre. Los

indios tienen también la leyenda de Oseo, que, paseándose por la Estrella de la Tarde, disparó sobre un jilguero; el pajarito cayó y se vió entonces que era una niña herida con una flecha, por cuya herida salía sangre tiñendo de carmesí su pecho nacarado. El ruso Micaïlof Ivanovitch Potok corría detrás del polluelo de un cisne, contra el que disparó: «Cayeron las plumas blancas, cayó el manto y apareció la más hermosa de las vírgenes.» — «Yo soy el halcón, tú eres la paloma,» canto eterno y amoroso de las poesías populares.

«Poco á poco los espectadores se enardecían acompañando con el gesto. Se producen trovas de circunstancias: acontecimientos contemporáneos, batallas y tratados de paz, aventuras de caza, incidentes de viaje, accidentes de navegación (Venjaminof). El entusiasmo aumenta con el ruido de los aplausos.

«Pero sin banquete no hay verdadera fiesta. Como de bajo tierra surgen súbitamente niños alegres, soberbiamente ataviados, marcando el paso con lentitud, medida y gravedad perfectas, llevando platos de pescado hervido, carnes, lámparas de aceite, médula de reno, y, como postre, mirtos envueltos en grasa y nieve. Los huéspedes convidados á la solemnidad consumen tal cantidad de provisiones, que con frecuencia á la fiesta sigue una escasez extrema, pero en tales casos el hambre es un honor. Para mejor hacer la digestión, baile general, después del cual cada uno es gratificado con un poco de tabaco.» (Dall.)

Las solemnidades de año nuevo no siempre se celebran por los dos sexos en común; á veces los hombres

y las mujeres celebran separadamente las fiestas — y pena de muerte para el curioso ó indiscreto.

Durante la noche se reúnen para bailar á la luz de la luna, despojándose de sus vestidos hasta con fríos intensos. La desnudez es el vestido sagrado, el hombre se inviste para aproximarse á la divinidad. Cuando hiela hasta hacer estallar las piedras, los pasos no llevan telas, y la gesticulación se acentúa. Cuerpo desnudo y cara tapada. Con la máscara que ciega, sostenida por una correíta abrochada atrás, y una mordaza que impide mover las mandíbulas, sólo se puede ver á uno ó dos pasos delante de los pies. Estos adminículos de tortura sólo sirven para una vez; después de la solemnidad, se los retira al montón acervo. Mientras que se las lleva, vívese bajo la influencia del espíritu que representan, genio temible cuya mirada produce la muerte; por eso los demás se guardan muy mucho de descubrirle los ojos.

He aquí la descripción de una agapa ó santa comunión:

«Las gentes jóvenes se han embadurnado con colores; marchan unos tras de otros cogidos por la ropa como en cierto juego de nuestros niños, van postulando de familia en familia, obteniendo en cada casa lo menos un plato. En el kajim, adornado de gala, la orquesta interpreta melopeas monótonas que los asistentes acompañan. Llegan los cuestadores, salmodiando y silbando también. Entonces levantan sus platos por encima de la cabeza, los presentan á los puntos cardinales empezando por el Norte. Los Cuatro Vientos son así in-

vitados por el augakok, que implora con ello su benevolencia.

»Al día siguiente van, hombres y mujeres, á formar un corro en medio del campo y alrededor de una vasija con agua rodeada á su vez de gran cantidad de carnes. Sin decir palabra cogen un bocado de aquí, un sorbo de allá, y lo ofrecen á Sidné, pidiéndole protección. Cada uno moja su dedo en el agua y bebe un sorbo, invocando siempre á Sidné, diciendo por lo bajo su propio nombre y el lugar y la época de su nacimiento. Después de esto, todos ofrecen á todo el mundo algo que comer, persuadidos de que cuanto más generosos se presentarán, más favorable les será Sindé.» (Hall.)

¿Pero quién es Sidné?

Sidné, llamado también Anarkouagsak, madre de los esquimales y de los hombres, es, en último análisis, la Tierra, generadora de todos los animales, bestias y hombres. Antes de la institución, relativamente moderna, de la paternidad, la maternidad existía; este sentimiento fué el primero que germinó en los cerebros, al menos en las especies vivíparas. Lo mismo que el niño se hace una muñeca, de igual modo nuestra especie naciente se creó un mundo fantástico, imagen y reflejo del mundo real tal cual se concebía, y lo hizo presidir por una madre, por una Cibeles. Sidné no ha sido aún destronado; ningún hijo ingrato, ningún marido ambicioso le ha postergado. — ¡Esos pobres hiperbóreos están todavía tan atrasados!

Todas esas poblaciones celebran en año nuevo sus Eleusiniás, muy parecidas á las mascaradas de los ali-

tos y de los moquis, á las Fiestas del Bisonte, en boga entre los mandanas y otros pieles rojas, á esas rogativas, pompas de renovación, observadas hasta en las tribus ribereñas del Amazonas. El cristianismo no las ha abolido sin pena entre las poblaciones germánicas y anglo-sajonas.

«En la época de más larga noche, dos augakout, uno de ellos disfrazado de mujer, van de choza en choza apagando todas las luces para alumbrarlas con fuego virgen, gritando: «De sol nuevo, luz nueva.»

En efecto, de año en año, la primavera produce renacimiento de hierbas y animales nuevos. Todos los soles, todos los fuegos, todas las luces no tienen, sin embargo, la misma virtud; hay épocas de escasez y de abundancia, temporadas fecundas y estériles. ¿Quiere el hombre remediar esta irregularidad? ¿Enmendar su desgracia? Pues se mete en la cabeza modificar la luna, refundir el sol. De ese deseo nació la industria de las religiones, que todas se aplican á favorecer la producción en provecho del consumo. Los doctores orientales dicen que durante la noche, el cielo deja caer tres gotas en los elementos. La primera cae en el aire, suscitando el poder creador; la segunda cae en el agua, de aquí entra en las venas de los animales para despertar el amor; la tercera cae sobre la tierra, para hacer retoñar las plantas (Bastian). — Eso es, en efecto, dicen los hiperbóreos; pero nosotros vamos á contaros la cosa con sus detalles.

Por año nuevo la Madre Cigüeña sale de su tugurio sombrío, del fondo del mar; se sienta delante de una

huta, abierta al Mediodía, aspira el aire fresco, estornuda, respira á placer. Restablecida, vigorizada, requiere su gran lámpara, la adereza, la carga de aceite, la llena hasta rebasar por todas partes, luego la enciende. El aceite llamea, cayendo en gotas encendidas por tierra, y estas gotas ardientes se hacen animales que respiran, hierbas que reverdecen, capullos que florecen. Madregrande asperja los aires que llenan de trinos los pájaros levantando el vuelo; asperja las aguas que se pueblan de peces. Cuando la Vieja está de buen humor, se entretiene jugando, hace llover grasa fundida. Entretanto, Madre Abundancia hace aumentar toda criatura; pero cuando se presenta con mala cara, habrá que apretarse el cinturón. ¿Por qué tan distinto proceder? Es que Mamá tiene sus épocas de buen y mal humor; malo, seguramente, cuando los piojos y otras alimañas corren á picarle, produciéndole desazón. Los augakout deben prever estos casos, y en la visita que le hacen distraénda con amenas y alegres conversaciones, limpiándole al mismo tiempo la cabeza (Rink).

Ese tema mítico se presta á variaciones numerosas. Veamos la de los tchougatches:

«La fiesta era esperada desde hacía mucho tiempo por los escolares de los augakout, que llevaban los ídolos á visitarse (1) de isla en isla, de aldea en aldea. Para hacerse más accesibles á las influencias espirituales, los viejos chamanes se han preparado con un largo

(1) Cf. los *lectisternies* romanos, las visitas que se devolvían los patronos y patronas de las iglesias, ciudades y conventos en la Edad Media.

ayuno; los miembros de la familia no han comido nada desde la vispera, y hasta se han provocado vómitos.

«El día solemne, la gran sala del kajim, alumbrada por numerosas lámparas, está invadida por gentes plagadas de oropeles excéntricos, con sombreros de madera ó junco, en forma de pico de ave, hocicos de animal y bocas de fiera; ellos imitan los gritos y movimientos de las bestias. Después de una indescriptible baraunda, cuelgan al extremo de cordeles un centenar de vejigas, pertenecientes á animales que ellos han matado con flechas. Cuatro pájaros, esculpidos en madera: dos perdices, un buho y una osifraga, la última con cabeza humana; todos articulan igual que los muñecos que se mueven tirando de un cordel. Se tira de la cuerda y la orifraga mueve la cabeza, el buho chasquea con el pico como si tuviese cogido un pescado, y las perdices agitan las alas. En el centro del edificio un palo derecho, cubierto de hierbajos, personificación de un espantapájaros, para ellos el Espíritu del mar. Al terminar cada nueva danza, nuevos juncos y nuevas hojas se arrojan á la llama que chisporrotea delante de los pájaros y las vejigas. Al terminar el último acto, las vituallas ofrecidas anteriormente á cada uno de los cuatro vientos y luego al dios de las nubes son acometidas por la samblea, que no se priva de consumir hasta la última migaja.» (Hall).

¿Pero es acaso necesario explicar que las vejigas calentadas simbolizan los soplos de la primavera, los cuales vivifican á pájaros y peces, á la selva y á sus habitantes? ¿Que simbolizan también el espíritu de la vi-

da (1) que entra por las narices? ¿No hemos leído en las *Cartas á Emilio* (J. J. Rousseau) que Flora es despertada por el Céfito?

En su *Coleda*, los servios queman un tronco de encina, lo rocían con vino, lo golpean activando la salida de chispas, y gritan: «¡Tantas chispas, tantas cabras y ovejas; tantas chispas, tantos cerdos y novillos! ¡Tantas chispas, tantos éxitos y bendiciones! (2). Ante nuestra vista tenemos un grabado (3) representando una fiesta anglo-sajona en los tiempos de Heugis y Horsa. La ceremonia esquimal está reproducida en este grabado en sus rasgos esenciales. Se danza alrededor de un tronco ardiendo, el *Yule log*, sobre el cual se asan los cerdos con que se van á regalar. Hertha, y á su lado dos niños adornados como cabeza de cuervo, con largo pico, llega sobre un carro que arrastran dos robustos mozos disfrazados de oso. Sigue el cortejo: lobos, jabalíes, zorros, ciervos, á los cuales los cazadores consagran la fiesta; el hipocrás y el hidromiel corren en abundancia. De esas fiestas á nuestros carnavales, á las mascaradas de la Edad media, la transición es fácil.

Véase una variante kolioutche:

Los oficiantes hacen su entrada, anunciándose como cazadores: los primeros, completamente desnudos, pero armados con puñales de cobre, de hoja brillante; los otros ataviados con piel de foca, brillante y moteada,

(1) Cf. Isaías, II, 22; Job, XXVII, 3.

(2) Schwenik, *Mithologie der Slaven*.

(3) De un cuadro de Corbould.

disfrazados de pescado, de ave, de lobo y de perro, gallardamente empenachados. Cogidos, dan vueltas alrededor de un fuego encendido en medio de la sala. Ratas y pájaros rellenos de broza penden de cordeles (Wrangell). Surge una sorda y lenta cantinela (Hooper's):

Hi yagah yangen

Ha ha yangah,

interminablemente repetida que, pareciendo venir de la profundidad del espacio, se aproxima, se aviva, se acentúa en estallidos de trueno para terminar bruscamente. Se levanta un telón; aparece un chamama con sus cabellos flotantes, la cara marcada con jeta de animal, manto lujoso con perifollos extraños, adornos fantásticos. Gravemente se dirige hacia el centro, los espectadores se apartan con respeto: penetra en el círculo de danzantes y cazadores y contempla por largo rato la llama. Repentinamente coge el pendengue y sale disparado corriendo en la dirección del sol. Los cazadores le saludan con gritos salvajes, blandiendo sus puñales y lanzándose en su persecución como una jauría. El otro corre como el viento; presente los golpes en su dirección y los esquiva con admirable destreza, su máscara no es obstáculo para dar vueltas y rodeos, para saltar á derecha ó á izquierda. Al mismo tiempo que huye coge un tizón que lanza al tejado, cae sobre el suelo y estalla con chisporroteo.

— ¿Qué es lo que eso significa?

— Que atosigado por los perseguidores, la caza olvida los peligros para reproducir su especie; hazaña que toda la existencia saluda con aclamaciones. No consiste todo en matar la caza, es preciso que se reproduzca, que la raza no se extinga. Por eso los esquimales, cuando matan un reno, tienen buen cuidado de rodear con algas marinas cualquier fragmento de un órgano esencial y ponerlo luego, reverentemente, bajo una piedra ó enterrarlo bajo un terrón, en el sitio mismo donde el animal cayó herido. Y cuando han cogido una foca, al abrirla le arrojan algunas gotas sobre la cabeza; sin duda con objeto de que el alma se refugie en el agua, que más pronto ó más tarde correrá hacia el mar, gran generador de existencias. Sea lo que fuere, los aplausos están perdidos para el fugitivo, sus perseguidores le cercan, ganan terreno, le pisan los talones y le rozan ya con el puñal. Por fin le arrojan un lazo á las piernas, le derriban en tierra, le atan los cuatro miembros, lo envuelven en una manta y le arrastran otra vez detrás del telón. Se oye un ruido de hojas metálicas que se entrechocan, algunos gemidos ahogados, y luego el ruido se extingue.

Después del entreacto, caza nueva. Cada vez se repite la escena de cazarle; á pesar de su agilidad y de su destreza, no puede evitar el golpe fatal. Sin embargo, antes de caer, cada animal procura la continuación de su especie; un vaso de aceite, un puchero de grasa que se ha encendido iluminando la sala entera.

Al terminar el misterio, cuando el último actor, un sacerdote, acaba de ser expedido, se aprovecha de su

muerte momentánea para solicitar la opinión de ultratumba sobre los negocios pendientes. Hay que saber que las máscaras son levantadas por el genio del hombre ó del animal que representan. Tantos animales, tantos dioses. La larva del divino personaje que se tiene interés en consultar, es la imagen y figura del chamana que se simula muerto: él se estremece y sus miembros se agitan convulsivos. El Espíritu entra en él. Se le interroga, él responde, pero con voz apenas perceptible, con palabras ambiguas é incoherentes; nunca oráculo sibilino fué más misterioso.

En rigor no era indispensable que el augakok muriese para servir de intermediario entre los dos mundos, puesto que su cuerpo sirve siempre de receptáculo á uno ó varios aparecidos. En cuestiones privadas los hechiceros evacúan sus consultas dentro de una choza; se les echa al suelo con las manos atadas á la espalda, la cabeza entre las piernas, al lado de un tambor y de una piel extendida; luego, con las luces apagadas, se retiran cerrando la puerta. Al cabo de algún tiempo se oye al cautivo tocar el tambor. Es que invoca su Genio, cuya proximidad, indicada por resplandores y fosforescencias, se anuncia por un cierto estremecimiento de la piel seca y estirada. Se entabla la conversación; preguntas y contestaciones parecen provenir del exterior. Cuando se entra con luces encendidas no se encuentra á nadie: el profeta y la divinidad han desaparecido por el agujero de la chimenea. Inoítas y pieles rojas creen á ojos cerrados en esa *performance*, cuyo

secreto es tal vez el de los hermanos Davenport, célebres por su armario.

Como se habrá comprendido, los actores del drama predescrito no han recibido sino pretendidas cuchilladas. Los ahtas, más difíciles de contentar, quieren ver el arma ensangrentada, y con gusto meterían los dedos en la herida como el Tomás de los Evangelios. Sin embargo, no exigen que el actor muera ante sus ojos, pero quieren pensarlo y le hacen desaparecer para que no se presente ante ellos sino después de bastante tiempo.

Esos dramas son ante todo, desde el principio al final, operaciones mágicas; insistamos sobre este hecho. El hechicero «discreto en la zambra», se disfraza con garras, picos y bocas de fiera, para ponerse en relaciones con los animales que ha de presentar al cazador. El brasero, punto central de esas ceremonias, simboliza la lámpara de la gran madre Sidné, el Sol, origen del movimiento, cuyos rayos son otros tantos espíritus vitales, principios generadores. Esos inoítas podrían entenderse con los campesinos de Suiza y Alemania, encendiendo las hogueras de Pascua, lanzando discos incandescentes por los aires y haciendo dar vueltas á una rueda encendida en lo alto de una colina abrupta. En sus fiestas de *Sada*, en todas las cumbres los persas hacen también llamear gruesos troncos, en los cuales el rey, los grandes personajes y los notables arrojan ani-

males, en la cola y patas de los cuales han atado antes hacecitos de hierbas secas. Los desgraciados animales huyen veloces llevando el incendio por montes y bosques (Hyde). Símbolo brutal y feroz de un hecho grandioso. La Biblia cuenta la travesura del héroe que soltó por los trigos en sazón, zorros que él había atado de dos en dos con una tea encendida prendida en la cola; leyenda moloquita en la cual el zorro de pelo rutilante representa evidentemente el calor estival, que personificaba también Samsón, el mismo Samsón ó el Sol. Durante largo tiempo, en la buena ciudad de París, en presencia del soberano y de la familia real, los magistrados encendían en la plaza de San Jacobo una hoguera donde perecían gallinas y gatos. Práctica perecida no ha sido aún completamente olvidada en el Alto Delfinado.

«De todas las fiestas que yo he visto, cuenta Luciano de Samorate en *De Dea Sysá*, la más solemne es la que celebran en Hierápolis al empezar la primavera. Se cortan grandes árboles que se ponen derechos en la nave del templo; se conducen cabras, ovejas y otros animales vivos y los cuelgan en los troncos de los árboles. El interior del montón de troncos está lleno de pájaros vestidos y objetos de oro y plata. De Siria y de todas las comarcas circundantes, una multitud concurre á la fiesta, que unos llaman de la «Hoguera» y otros de la «Lámpara».

»— El hombre es más uno que diverso.»

Esto nos lleva á hablar de los balleneros, corporación que fué gloria de las poblaciones kadiakas y aleutas antes de la invasión rusa, las balas explosivas y los proyectiles lanzados por cañones.

Los romanos habían reunido en colegio sacerdotal á los constructores de puentes; los chewsoures del Cáucaso tienen sus sacerdotes cervecedores; los todas de Nilgerris tienen sus divinos queseros; y nuestros aleutas de Koniagas y de otras partes, tienen sus sacerdotes cazadores de ballenas. No entraban en la comunidad de balleneros más que individuos habiendo pasado por rudas pruebas, iniciados en las tradiciones y leyendas del poderoso cetáceo, verdadero Dios de esos parajes. Ante todo se les exigía un vigor y destreza nada comunes. Más de una vez alguno de esos hombres, embarcado en su pequeño bajel de piel de foca, salió solo al encuentro del enorme animal; le atacaba con una lanza por toda arma y conseguía matarlo (De Mofras), según cuentan los indígenas; pero nosotros sospechamos que el relato de esas hazañas es fantástico. Ese hechicero lanzaba sobre la ballena un dardo emponzoñado, según nos dicen, luego se encerraba en una cabaña aislada donde pasaba tres veces veinticuatro horas sin comer ni beber; allí imitaba de tiempo en tiempo los gemidos de la ballena herida, creyendo así asegurar su muerte, y al cuarto día volvía al mar. Si encontraba al cetáceo muerto se daba prisa en extraerle el dardo y las partes de carne por él contaminadas, temiendo que su magia produjese perjuicios á los comedores. Si la ballena nadaba todavía, es que se había cometido alguna

falta, y volvía otra vez á su cabaña para empezar nuevamente el conjuro (Venjaminof).

La casta privilegiada hacía plantel de dioses, sus miembros gozaban de un prestigio sobrenatural, al menos durante la época de la caza. Nadie entonces hubiera probado sus particulares alimentos, impregnados de virtudes mágicas, nadie se hubiera acercado á sus personas ni osado mirar sus remos.

Pero no por ser divinos eran inmortales. Al fallecer, sus cofrades despedazaban el cadáver en tantos pedazos como individuos componían la comunidad; cada uno frotaba con la grasa del muerto el arpón preferido y lo conservaba á modo de talismán. Otros depositaban el cadáver en una caverna después de haberle arrancado las vísceras y las materias grasas, lavadas en agua corriente. La víspera de una expedición, los compañeros visitaban su Campo Santo y asperjaban los cadáveres, exprimiéndoles luego para beberse el líquido que se había impregnado de las virtudes, la fuerza y la bravura del difunto. Ese es el origen de la religión, de las reliquias y de las múltiples supersticiones de la nigromancia.

Nada hay como la indomable valentía de los héroes difuntos para comunicarse á los vivos; los muertos vulgares transmiten también sus cualidades novicias; por eso es por lo que en los convoyes, el cadáver, envuelto en un paño, va seguido inmediatamente por un perro; es esto una medida de prudencia: se ha calculado que si la enfermedad quitase el cuerpo de su víctima, entraría en el del animal. Al presentarse á

los vivos, los aparecidos propagan el «hambre canina», apetito verdaderamente espantoso que excita á la golosina, privando de todo medio para satisfacerla. Un cuento inoíta (Riuk) relata la historia de un facineroso que violó una tumba, cogiendo grasa humana, frotando ciertos trozos escogidos. Su huésped se los comió, y, presa de súbita locura, se arrojó sobre su mujer, la cual despedazó á mordiscos, después devoró sus hijos y sus perros. Hubieron de matarle, de otro modo hubiese devorado á todo el mundo.

En tiempo de la barbarie cristiana, las iglesias se robaban unas á otras los tesoros que ellas presentaban á la veneración de los fieles, se sustraían un bucle de la Virgen María, ó se pedían prestada, para no devolverse jamás, una uña de San Pedro. Lo mismo en Aleutia, los aficionados huronean cerca de los cadáveres sagrados y los roban, si les es posible; las comunidades se roban sus héroes difuntos. Alguna familia posee en su santuario una docena de dioses, cuyo origen no se atrevería á declarar, como secreto transmitido por el padre á sus hijos. Pero... ¡Mal haya la moralidad vulgar! Sería vergonzoso robar una piel, execrable llevarse una cuerda sin permiso, pero es cosa plausible procurarse santos patronos y genios protectores por la astucia ó por la violencia.

En sus exploraciones del archipiélago, Pinard tuvo la dicha de caer en un punto perdido, sobre la caverna de Aknauh, en donde una comunidad ó cofradía tenía su punto de reposo. Sus sepulturas, siempre relegadas á sitios lejanos, estaban ocultas entre rocas

abruptas ó en la cúspide de montes apenas accesibles. Del mismo modo Wiener, haciendo excavaciones en las antiguas ruinas del Perú, descubrió en una anfractuosidad de la roca varias momias que habían ocultado descolgándose por medio de cuerdas ó bajando por escaleras que luego habían hecho desaparecer. Análogas creencias crean prácticas análogas. D'Orbigny y Dall creen haber observado que repugna á los aleutas poner sus cadáveres en contacto inmediato con el suelo; no sería, pues, exacto decir que entierran los muertos, puesto que se les rodea de hojas secas y de hierbas olorosas. Los cadáveres se bajan á una fisura de la roca ó se les levanta en forma de barca apoyada por pies derechos. A los simples mortales se les sienta con los brazos alrededor de las piernas y el pecho sobre las rodillas, pero á los bravos balleneros se les acuesta en toda su longitud ó se les deja derechos, acorazados con una armadura de madera, la cabeza oculta por una máscara figurada que protege á los vivos contra las temibles miradas del muerto: sus ojos, sus funestos ojos, no basta sólo con cerrarlos, sino que es preciso cegarlos. ¿Era éste el motivo que inducía también á los asirios, á varios egipcios y á algunos griegos — al menos los de la antigua Miscenas — á poner máscaras á sus muertos? Costumbre que se encuentra entre los dené dindjié y los negros de Australia, con los cuales los aleutas tienen numerosas semejanzas, que sería enojoso señalar cada vez.

La madre que pierde á su niño de pecho, deposita su tierna criatura en una caja elegantemente adornada, que ella se carga sobre su espalda para llevarla durante largo tiempo. Con frecuencia coge la pobre al lamentable residuo entre sus brazos, le quita las máculas descompuestas, le desinfecta y lo viste y mimaba como si viviese. Los primitivos consideran la vida como indestructible: la muerte no es para ellos más que un cambio de estado. Los animales van á habitar al otro mundo en espera de poder volver al nuestro. Inmortal es el gusano, eternos los mosquitos. El muerto se lleva todos sus aparejos de pesca; él se servirá de ellos. Las herramientas y vestidos que no se lleva consigo, los objetos de uso personal quedan como simpatía hacia él; pero su contacto da frío, mirarlos inspira tristeza.

Los kolokas, más sencillos que sus vecinos, afirman la metempsícosis pura y simplemente. La muerte, dicen ellos, no es más que una disolución momentánea, dura el tiempo que el alma necesita para encontrar un nuevo cuerpo, luego de expulsada del suyo, bien sea de hombre, de lobo ó de cuervo, pues ello poco importa. Mudar de calabozo, ¡qué felicidad! Enfermos y achacosos, solicitan con frecuencia que se les mate lo antes posible para renacer jóvenes y vigorosos.

Según la creencia generalmente adoptada, el alma puede elegir de entre dos residencias en ultratumba: la de arriba, ó sea *Coudli-Parmiau*, y la de abajo, ó sea *Adli-Parmiau*, en el fondo del mar. La última es mucho mejor, está situada en una zona de cielo incllemente y de tierra inhospitalaria en donde casi todos

los medios de subsistencia provienen del Océano. Los habitantes de Guinea creen saber también que las almas continúan su existencia en las profundidades del mar. El esquimal se cree perdido si se aleja un poco de las costas; se descorazona cuando no se siente próximo á las morsas y pescados. Los misioneros ensalzaban las felicidades del paraíso cristiano; los esquimales interrumpieron:

«— ¿Y los focas? Ustedes no dicen nada de las focas. ¿Hay focas en vuestro cielo?»

«— ¿Focas? No, por cierto. ¿Qué harían las focas allá arriba? Pero tenemos ángeles y arcángeles, querubines y serafines, la Dominación y la Potencia, los doce Apóstoles y los veinticuatro ancianos...»

«— Está muy bien, ¿pero qué animales tienen allá?»

«— Animales, ninguno... Es decir, sí, tenemos el Cordero, un león, un águila, un toro...»

«— ¡Basta! Vuestro cielo no tiene focas, y un cielo que carece de focas no puede convenirnos.»

En el fondo del Océano residen los bienaventurados, los *elegidos* reclutados por entre los balleneros heroicos; por entre los buenos marinos ahogados en la tormenta; por entre los hombres de corazón que se han suicidado antes que vivir á expensas de sus familias; por entre «las mujeres bien taraceadas» que han muerto de parto, cuando cumplían el gran deber de la maternidad. Ante esos valientes de ambos sexos, las puertas del paraíso submarino se abren por sí mismas. Pero los mártires ordinarios no penetran sino por la «senda del perro», camino obscuro practicado por abruptos

parajes y hendiduras de roca; hay que sufrir durante cinco días, y sólo se llega con los miembros mortecinos y ensangrentados, si se llega. Un vendabal que sorprende, un resbalón inoportuno, y se cae en cualquier precipicio. En ciertos momentos hay que tenerse en equilibrio sobre una rueda dando vueltas, lisa y pulida, luego atravesar un puente, no más ancho que una hoja de cuchillo. ¡Cuántos peligros, cuántas fatigas antes de llegar á la puerta guardada por perros monstruosos! Las almas se guían por el retumbar de un tambor mágico que suena en la lejanía; ¡desgraciados de los que se desorientan! Devorados por animales fantásticos, no vuelven á reaparecer más. No obstante, la mayor parte llega á puerto y van á alojarse bajo la corteza de tierra que habitaban cuando tenían cuerpo. Aleutas, kolocas y taitanes tienen todos trazados los límites de su estación subterránea.

¡Cuánto más fácil es la subida al cielo, hacia el cual el alma no tiene más que dejarse ir, flotando como el humo! Pero las gentes de corazón reprueban esa molición, prefiriendo afrontar los horrores del lúgubre camino. Para evitar que el moribundo desfallezca, al último instante los amigos le arrancan del rincón donde está acostado sobre brozas y lo depositan en el duro suelo, en el que, vivo aún, le hunden la cabeza en tierra, como para darle el primer impulso hacia el camino de abajo. ¿Quién no penará por llegar á esas regiones inferiores, donde en las salas siempre tibias y luminosas de un kajim inmenso, resuenan los tambores eternos? Alrededor de los enormes pilares, sobre los cuales la

tierra está fundada, se salta, se juega á la barra, se representan bailes espléndidos. ¡Y los festines, y las comilonas! ¡Y los cetáceos y cachalotes — prodigiosos como el Leviathán del banquete de Abrahám — donde se hartarán las almas esquimales!

¡Qué diferencia entre el infierno subterráneo, lugar de regocijo, y la atmósfera, otro Océano, pero de profundidades estériles, desiertos inmensos, frecuentados por el hambre! Las almas flotan por las nubes, errantes y doloridas, hambrientas, transidas, sacudidas y volteadas por las intemperies en los torbellinos de los espacios celestes. Sin embargo, ¡qué gangas les caen de tiempo en tiempo!; por aventura, la pobreza goza de abundancias opíparas; en las auroras boreales, las innumerables multitudes corren y saltan al través de los cielos, rápidas como el rayo. Divididas en dos bandas, se las ha visto empujando hacia todos lados una cabeza de cetáceo que les servía de bala. Hasta entre ellas se tienen terribles combates y su sangre cae entonces en copos de nieve, porque las almas no tienen en sus arterias el hermoso líquido rojo, sino una linfa fría y blanca. ¡Qué batalla en los aires, cuando sobre el suelo la nieve se amontona!

«Los indios de las pampas, dice De Moussy, han aprendido de origen cierto, por revelación, que en la celeste residencia de Pillau sus guerreros gozarían de una emigración que sería eterna, si no fuese interrumpida»

pida por espléndidas cacerías, en las que se matan tantos y tantos avestruces, que las plumas, cayendo en montones, forman las nubes sobre nuestras cabezas.»

Los camanes de alto vuelo, los Platón y Tomás de Aquino de Aleutia, han dado cuerpo á ese catecismo rudimentario y lo han desarrollado en un sistema sutil y complicado:

Después del último suspiro, el organismo se descompone en sus elementos primitivos, pero el cadáver guarda alguna sensibilidad por tanto tiempo como conserva su forma. El alma, tenue y transparente como el aire, pero de aspecto grisáceo apenas sensible, es alternativamente Sombra y Espíritu: la primera se dirige á la residencia subterránea, la segunda á los espacios aéreos.—Si nosotros interpretamos correctamente nuestros textos, la Sombra de los hiperbóreos, vapor de sangre, parece corresponder al *psyché* greco-romano, representar la especie en el individuo. Las Sombras residen en Coudli un tiempo cualquiera, unas más, otras menos, luego entran en el cuerpo de una mujer, frecuentemente advertida por ensueño, y renacen sobre la tierra. En cuanto al espíritu, que continúa respirando, constituye el elemento irreductible, el germen de la personalidad. Por la Sombra, el hombre forma parte integrante de la humanidad, por el Espíritu se distingue. No cabe duda que ese soplo vivificante de los camanes es el «viento fresco» de los egipcios, el *ronach* del Antiguo Testamento, el *pneuma* del Nuevo, el aura de los estoicos. Salido del gran depósito atmosférico, á él volverá. Tournarsouk, el Ser Supremo, se llama el «Se-

ñor de las Brisas» (1). Aquellos cuya excelencia nativa fué probada por una actividad fuera de comparación, irán á asociarse con los otros Espíritus que residen por la otra parte del firmamento, esfera sólida, como su nombre indica, bóveda circular que tiene la solidez y la transparencia del cristal azul, y que rueda alrededor de un monte prodigiosamente alto, un Merou, situado completamente en el fondo de las regiones polares. Los Espíritus que han pertenecido á los hombres felices é inteligentes por excelencia, van á confundirse con las estrellas; pues todas las ya existentes fueron inoítas. En cuanto al «yo» de los cobardes; en cuanto al de los malos hechiceros, la tempestad los barre y persigue; el viento trae sus sollozos. Les es inútil que se obstinen en su desgracia, empeorar su miseria, todo ello no les conducirá á ninguna parte, porque entonces caen ellos en la estupidez, pierden el sentimiento y finalmente la existencia; el aire de que ellos se componían entra en substancias nuevas.

Pero ¡oh! Doctor Sutil, ¿cómo se las arreglan vuestros bienaventurados para perambular por las estrellas al mismo tiempo que por el Eliseo de los abismos marinos? ¿Cómo la Sombra y el Espíritu pueden existir separadamente?

El hiperbóreo contesta balbuciente: «Los padres nos lo han enseñado así.» Si hubiese estudiado en nuestras escuelas podría á su vez preguntar:

—¿Es que vuestra mitología no muestra á Hércules

(1) *Silli misnua. Silli nelegak.*

presente al mismo tiempo en el Hades y en el Olimpo? ¿Por qué tanto rigor contra nuestros augakout? ¿Por qué imponerles una lógica de la que vosotros dispensáis ó Homero y á Virgilio?

Más que ninguna otra cosa, satisface á los aleutas el reposo, el abandono dulce en la pereza. Desde la eminencia de sus rocas, ó desde lo alto de sus tejados de tierra, se complacen contemplando el mar con indolencia. Se ha dicho que lo que esperan es la aurora para darse un baño de luz. Lo cierto es que desde muy de madrugada, hombres y mujeres suben al puesto de observación. Ninguna nube, ningún vapor, ninguna neblina se escapa á sus miradas; de la dirección, formas y tonalidades deducen el tiempo que hará, el movimiento del mar, la fuerza y naturaleza de las olas. Si experimentan satisfacción, permanecen así horas enteras sin menearse, sin hacer mal alguno, sin pronunciar una palabra. A pesar de las brumas y de los vientos helados, esos soñadores indolentes y melancólicos conocen el «kief» de los orientales. La pereza no es su vicio, puesto que suministran con paciencia y conciencia un trabajo considerable, si así lo creen necesario; pero se guardarán mucho de gastar en improbo trabajo otro esfuerzo que el estrictamente indispensable, prefiriendo, como el juicioso Salomón, «un solo puñado con calma que dos manos llenas con ruido y esfuerzo de espíritu».

Dotados de una dureza á toda prueba, resisten al frío, al hambre, á la fatiga, con tal calma y serenidad que merecen admiración y les ha valido el desprecio. Mientras no se ven empujados al último extremo — y en tal caso su furor no conoce límites, y, si no pueden vengarse, se suicidarán sin vacilar, — los aleutas tienen la fuerte paciencia del buey y la dulce afectuosidad de la vaca; no ha faltado, no obstante, quien ha dicho que su paciencia, atributo bestial, proviene de su insensibilidad. El dolor sería bien vivo y la opresión bien cruenta para que les arrancaran una protesta; la enfermedad jamás provoca un suspiro, jamás un gemido.

No habiéndose llevado nada á la boca desde tres ó cuatro días, pena y sufre el pobre primitivo sin exteriorizar ningún malestar. Se le pregunta: ¿Sufres? El no contesta; si se insiste, contesta con una triste sonrisa. A los cazadores les sucede á veces que se cogen una pierna en un cepo de lobo ó de zorro. El hierro que ha magullado la carne puede á veces no ser retirado sino al través del miembro; cuando esto sucede, resisten la operación sin gestos de impaciencia; en caso de necesidad se operan ellos mismos. Por otra parte, esas heridas, tratadas por la dieta y el reposo, no tardan en curarse.

Diferentes á nuestros rapazuelos, los niños no se pegan ni insultan; sus enojos sólo se manifiestan por algún denuesto desagradable dirigido á los padres. Hay que decir que ofenderse con groseras palabras les es imposible, pues los términos injuriosos y de insulto no existen en su lengua. Pero de algún tiempo á esta

parte ha sido provista de palabras groseras por influencia de la civilización, y los borrachos, que se apostrofan, disponen actualmente de una pequeña partida de expresiones ultrajantes, tomadas del vocabulario ruso. En otro tiempo, cuando se rompían las hostilidades entre dos tribus, la más furibunda preparaba una emboscada, hacía una mala acción y, saliese bien ó no, se batía después en retirada. Pero tales cuestiones no eran frecuentes, puesto que el anciano Viniani ni presenció ni tuvo noticia de una sola riña en Ounalask durante diez años que residió allí; el mismo Ross cuenta que no pudo hacer comprender á los habitantes del país de Baffin, que carecían de armas de guerra, eso que nosotros llamamos batallas y combates. En toda la Boothia Félix sólo se conocía un solo caso de crimen; nadie se comunicaba con su autor, todo el mundo le huía. Como pacíficos en exceso, se someterán á quien se atreva á mandarles, no obstante serles muy desagradable obedecer, pero les es mucho más desagradable aún luchar y querellarse. Si algún imprudente lleva su opinión de modo más atrevido que lo conveniente, los ancianos, aunque fuesen de opinión contraria, toman la cosa á broma ó preguntan al osado: «Explica tus razones. Tal vez sepas algo que nos sea desconocido.» Son tan ingenuos que apenas si se atreven á entablar un negocio de compra ó de venta por su propia cuenta; modestos en exceso, no pueden, sin sentir sincero malestar, sentirse alabados por nadie, y se ruborizan hasta las orejas si se les hace algún cumplido delante de un amigo; pero en cambio, los reproches ante

un extraño les llena de furor. A pesar de su gran paciencia, tienen á veces indignaciones súbitas, terribles cóleras.

Oigase á Hall:

«Charley regresaba descontento. Su mujer llegó para descargar la barca; la infeliz marchaba atascándose por el barro, con su carga á cuestras, cuando Charley, sin motivo aparente, le descargó, vigoroso, su arpón sobre la espalda; afortunadamente la punta no pasó el grueso de las ropas. La otra se volvió sin decir palabra, se desprendió del arpón y continuó su camino. Cuando se ensarzan con sus esposas, cogen el primer objeto que encuentran á mano, cuchillo, piedra ó hacha, y lo arrojan sobre su cara mitad—con sus perros hacen lo mismo. Pero aunque con frecuencia maltratada, la mujer es objeto de un afecto verdadero y constante.»

Explique quien pueda estas contradicciones y esas desigualdades del carácter. Cook fué uno de los primeros en alabar el carácter y la benevolencia de esos primitivos. Cartwright, que había vivido durante largos años entre los labradoreños, no encontraba expresiones para ensalzar lo suficiente la energía y resistencia, la destreza y bondad de los indígenas.

Júzguese por lo que dice Hall:

«Su probidad es imponderable. Nosotros habíamos descargado todas las provisiones y utensilios: madera, carbón, alquitrán, aceite, cacerolas, cuerdas, filásticas, lanzas, arpones, objetos todos que para los esquimales representaban un tesoro; no tocaron nada absolutamente,

y ese género estuvo completamente abandonado, sin guardia ni vigilancia, durante algunos días.»

Otra prueba suministrada por Hellwald:

«Puesto en peligro por una tempestad, el capitán de un barco, que tenía que transportar mercaderías á la otra parte del estrecho de Bering, arrojaba á los tripulantes, uno tras otro, por la borda sin que ninguno profiriese una protesta. ¿Acaso no se habían ellos comprometido, por su honor, á llevar á puerto feliz todo el cargamento?»

Todo individuo que recoja maderas flotantes y restos de naufragio, no tiene más que depositar su hallazgo en punto donde no alcance la marea alta y ponerle una piedra encima; puede dejarla abandonada todo el tiempo que le plazca, seguro que nadie pondrá su mano encima. Si descubren un escondrijo donde hay carne oculta, no la tocarán aún cuando la más espantosa miseria reine en la familia. Los weddas de Ceilán, incultos entre los incultos, sienten el mismo respeto por las provisiones que encuentran colgadas en un árbol.

Honorabilidad y veracidad son hermanas. El aleuta, que es incapaz de mentir, despreciaría con profundo desdén al hombre que sorprendiese en mentira; no le volvería á hablar en toda su vida. En su exquisita sinceridad, considera como cosa ajena el objeto de su pertenencia que ha prometido á otra persona; lo pone separado de sus cosas, y cualquiera que sea la necesidad que de él sienta, jamás lo tocará. Rechazar uno de sus presentes, sobre todo si es de escaso valor, es declarar que no se le estima personalmente.

Las compras y ventas se hacen por intermediarios. Mientras duran las negociaciones, el vendedor debe ignorar el nombre del comprador y recíprocamente; por timidez, según se nos ha dicho. ¿Y si fuese por hidalguía? ¿Y si fuese por mejor garantizar la equidad en las transacciones?

Durante el tiempo que un miembro de la familia se encuentra enfermo, se abstienen de tratar ningún negocio. ¿Será acaso por respeto al que sufre, por sentimiento refinado de las conveniencias? La mujer queda fuera de todo negocio comercial; se la quiere exenta de toda sospecha de lucro, no trafica en nada, ni con los hombres ni con las demás mujeres.

La teoría de la Renta, que domina toda nuestra civilización occidental; el Capital, reproduciéndose perpetuamente por el trabajo ajeno... ¡qué monstruosidad para esas gentes de buena voluntad, que prestan voluntarios toda herramienta ó instrumento, del que no tienen necesidad inmediata, y á quienes no se les ocurre siquiera la idea de una indemnización si el amprador perdió ó deterioró el objeto! Más bien que el cazador que no puede pasar revista á los cepos por él preparados, tiene derecho á las piezas quien vaya á visitarlos. Para coger pescado, los extraños tienen derecho á servirse de los cebaderos y empalizadas que no han contribuído siquiera á instalar ni establecer. ¿Qué dirían de esas costumbres Terra-Nova, San Pedro y Miguelón? Toda presa excepcional, gruesa como la ballena, ó de especie rara, pertenece á la comunidad; ya se las arreglan ellos de manera que todos participen. Es raro

que un jefe de familia posea otra cosa que una barca y un trineo, sus vestidos, sus armas y algunas herramientas.

Comunistas sin saberlo, los inoítas no tienen sino rudimentos de propiedad privada, la que no obstante saben tan bien respetar. Viviendo en llanuras de nieve, yendo en compañía á la mayor parte de los trabajos del mar, el grande, el vasto y movable mar, que nadie puede dividir en lotes ni cortar en parcelas, el reparto igualitario que hacen de sus productos constituye un seguro mutuo, sin el cual perecerían unos tras de otros. Todo foca capturada es distribuída, al menos en tiempos de hambre, entre todos los jefes de familia. Si no se hacen las partes estrictamente iguales, es porque las mayores se dan á los niños; cuando los adultos carecen de todo desde hace tiempo, los pequeños reciben aún alguna cosa.

El fondo del carácter es tan comunista, que todo esquimal llegado á poseer alguna cosa, es para él cuestión de honor darlo todo, distribuirlo todo, diciendo que se siente más feliz distribuyendo que recibiendo. La escena que transcribimos pasa en las orillas del Youkou:

«Todos los vecinos habían sido invitados. Juegos, cantos, danzas y banquetes duraron varios días. La última tarde, consumida toda provisión, los dueños, vestidos con sus mejores ropas, empezaron á distribuir regalos, dando á cada amigo lo que ellos creían convenirle más. Así repartieron 10 fusiles, 10 vestidos completos, 200 brazaletes de perlas ensartadas y gran cantidad de

peletería: 10 de lobo, 50 de ciervo, 100 de foca, 200 de castor, 500 de marta y numerosas mantas además. Después de esto, el anfitrión y su mujer se despojaron de sus vestidos y los distribuyeron también, vistiéndose luego con harapos, y para terminar, dirigieron á sus huéspedes esta pequeña arenga: ¡Os hemos testimoniado nuestro afecto. Ahora somos más pobres que cualquiera de vosotros y no lo sentimos. No nos queda nada más. Vuestra amistad nos basta!»

Cada cual hizo un gesto como de gracias y se retiraron en silencio. La fiesta había costado quince años de trabajo, de economías y privaciones (Dall). La familia no lo había perdido todo, ya que había ganado en la estimación y el reconocimiento de sus conciudadanos; lo que había gastado materialmente, le era devuelto en honor y consideración. El que ha demostrado tanta munificencia y generosidad, viene á ser una especie de personaje consular, y es consultado en los trances difíciles, y cuando ha hablado, nadie se permite contradecirle.

¡Y su hospitalidad! Los que vienen de fuera se ponen al abrigo bajo la misma tapa que los de dentro. Hall cuenta con emoción cómo un día que volvía transido de cansancio y de frío, una mujer anciana cogió sus pies helados, y después de haberlos bien friccionado, se los metió en su seno para mejor calentarlos.

Aparte sus vicios y desarreglos sexuales, esas buenas gentes han realizado el ideal ebionita. Los «pobres», los de «corazón sencillo», que la *Imitación de Jesu-*

cristo predica el ejemplo; los indigentes y los desgraciados, son sobre todo los que más se aman.

Quien tiene, parte con el que nada posee. El hambriento, sin palabra de excusa ni expresión de ruego, va á sentarse al lado del que come y mete las manos en el plato. Los europeos, siempre desconfiados y prontos á los juicios severos, calificarían de robo y pillaje esas costumbres comunistas. En efecto, los inocentes, en sus primeras visitas á los navíos, hacían como entre ellos, cogían lo que les parecía y se lo llevaban, creyendo que no había otra pena que la de tomarlo. Al percibirse que los extranjeros juzgaban destestable tal proceder, restituyeron lo que se habían apropiado indebidamente y se ofrecieron á pagarlo para que no se tuviese de ellos mal concepto.

«Esos esquimales, observa Lubbock, tienen menos religión y más moralidad que ninguna otra raza.»

Algunos misioneros griegos, cuya sinceridad honramos, declararon que los aleutas no podrían sino perder con el cambio que ellos les proponían, y que su conversión al cristianismo sería poco deseable (Bastian). Ese ejemplo no es el único; algunos honrados evangelistas daneses dijeron lo mismo de los nicovarianos, y se volvieron á su patria.

¡Cosa singular! Los griegos y los romanos hacían grandes elogios de los hombres que habitaban más allá de los vientos del Norte, «los hiperbóreos sin reproche» que vivían en felicidad perfecta y la más pura inocencia. Por la dulzura de sus costumbres pacíficas, los esquimales hubieran podido inspirar la leyenda: sólo

que los *hyperborei campi* y los *hyperborea ora* de Horacio y de Virgilio se les suponía viviendo bajo «un cielo donde el Sol no se ponía», lo que en rigor podría explicarse por el sol de media noche. Pero nosotros no podemos creer que esta leyenda se funde sobre ningún hecho, nosotros la tomamos por toda otra cosa. Acto de fe, afirmación confiada y atrevida, dice ella que la justicia, voto secreto de todos los corazones, no es un triste engaño, y que la fraternidad entre los hombres no es tampoco una quimera. Convencidos de que es posible la realización de su ideal, algunos fervientes han dicho y hasta han creído que su ensueño había ya recibido confirmación y que ello se había visto... ¿Dónde? Lejos, muy lejos, en todos los extremos del mundo, entre los hiperbóreos, entre los ginosofistas de la India, entre los etíopes, en el reinado de Preste Juan, en el de Eldorado, y también en el de la abadía de Thetemo.

¿Y nada del gobierno?

En efecto, se nos había olvidado. Lo que nos excusa es que los aleutas no lo conocían prácticamente antes que los rusos fuesen á imponérselo. Nadie mandaba, nadie obedecía. Los balleneros y los augakout ejercían una influencia predominante en virtud de su inteligencia y de su bravura, reconocida como superior; pero cualquiera podía contradecirles, si así le placía. Los ancianos se constituían también en consejo público; y

se respetaban sus juicios porque se les quería. Las islas pobladas, las grandes aglomeraciones, habían llegado á una forma de representación. Un *Tajun* presidente elegido, centralizaba las informaciones, gobernaba como un padre. Se le dispensaba de las rudas tareas; varios remadores estaban encargados, de oficio, de su barco en el bucentauro de Ounimak ó de Ounalaska. A veces poseía algunos esclavos, que se inmolaban á su muerte para que le hiciesen compañía; los kolocas no han abandonado aún esta costumbre. Las prerrogativas del *Tajun* no eran más que honoríficas. Si se le designaba para dirigir una expedición de pesca, terminada la empresa acababa su mando, porque «nuestro enemigo es nuestro amo». Las leyendas estigmatizaban algunos tiranos de tiempos pasados que hubieron de usurpar el poder, y cuyos asesinatos se celebraban como grandes hechos públicos (Rink).

En suma, el esquimal no vive desprovisto de ambición, pero busca menos la dominación que la superioridad; prefiere la dirección al mando. No tienen necesidad, como nosotros, de una autoridad ante la cual sea necesario temblar, ni arma á la Justicia con una espada, ni á la autoridad con una maza con clavos de bronce. Sin cárceles ni guardias civiles, sin alguaciles ni cómitres, ¿cómo se las arreglan ellos? ¡Pobres salvajes, por esta parte no son dignos de lástima!

Dos años después de la expedición de Bering y de Tchirikof, en 1741, el sargento Bassof, estacionado en

el Kamtschatka, construyó un barco con huesos y navegó con buena fortuna hacia las islas aleutas. En 1745, otro ruso, Miguel Nevodskof, visitó el archipiélago. A su regreso contó que las más preciosas peleterías de zorros árticos, de osos y de nutrias marinas, abundaban en esos lejanos parajes. Sus relatos maravillosos excitaron el entusiasmo de las gentes atrevidas, decididas á triunfar cueste lo que cueste. Solos ó por grupos, aventureros cada día más numerosos, se pusieron á la cabeza de los indígenas inofensivos y bien pronto los trataron como esclavos.

En 1764, el gobierno ruso concedió la explotación del archipiélago á una compañía denominada Sibero-Americana, cuya residencia administrativa y política debía estar en Petersburgo y la principal sucursal en Yrkoutsk. Concebida sobre el modelo de la Compañía de las Indias, se proponía la conquista de los kowiles y del Archipiélago aleuta, hacerse fuerte en el continente americano desde el grado 54 Norte hasta el mar Glacial, con el propósito de llegar hasta el Japón y hacer maravillas. Se le concedió el derecho de reclutar soldados, construir fortalezas y enarbolar bandera. Todo á cambio de ceder en provecho de la corona el diez por ciento de sus beneficios netos, sin perjuicio de un tributo en peleterías que pagarían los naturales: «Con piel de otro ancha correa.»

Los civilizadores llegaron con cañones, metralla y proclamas magníficas. Llevaban la abundancia, decían ellos, las artes y las industrias de Occidente; llevaban también las felicidades eternas que dispensa la reli-

gión ortodoxa; llevaban hachas y cuchillos, hierro y acero, maderas y mantas, varias cosas útiles y otras que la novedad hacía parecer admirables; llevaban sobre todo tabaco y el maravilloso y atractivo aguardiente, por el cual todo salvaje daría su alma. Ellos pasaban por seres divinos y su emperador como Dios del mundo. Vistas las bienandanzas que producía su sola presencia, no podían hacer menos que adjudicarse el territorio é imponer algunos impuestos. Y los aleutas entregar sus peleterías y admirar la generosidad de los extranjeros. Un día los agentes de la Compañía impusieron la orden de entregar la mitad del producto de la caza y de la pesca «para mejor repartirlas según las necesidades»; los indígenas obedecieron creyendo que sus huéspedes harían la distribución con más inteligencia y equidad que lo hacían ellos mismos. Ya se adivinará cómo se hizo el reparto y se adivinará también cómo el fusil, terrible lógico, hizo justicia cuando vinieron las reclamaciones. Sin duda ese abandono confiado era inexcusable necesidad. ¡Pero admirar la diferencia de hombre á hombre, de salvaje á civilizado! Que la Asistencia pública pidiese solamente á los parisienses la mitad de sus rentas, beneficios y salarios para distribuir las en provecho de los pobres, de los necesitados y suprimir la miseria... ¡Cómo se les contestaría!

Cuando el poder estuvo consolidado, los rusos se quitaron la máscara de filantropía y esquilmaron de temporada en temporada la parte de los hambrientos y necesitados. Para amontonar la peletería, para llenar las barricas de aceite, se hicieron tan crueles como lo ha-

bían sido los españoles para amontonar oro. El negociante no tardó en convertirse en asesino. Se vió quién se divertía alineando á los miserables indígenas en línea cerrada y apostando sobre el número de cabezas que atravesarían las balas de carabina (1). Prendían á las mujeres é hijas y las conservaban en rehenes en ausencia de los padres y maridos. En las altas esferas se tuvo por fin vergüenza de lo que pasaba; y la emperatriz Catalina, muy piadosa, como se sabe, queriendo hacer algo, decidió en 1793 que se enviaran misioneros á esos pobres aleutas para inculcarles el cristianismo y galeotes para que los iniciaran en la agricultura. El buque los *Tres Santos* condujo un cargamento de forzados. La ilustre amiga de los filósofos y de los economistas, no imaginaba nada mejor en favor de los desgraciados indígenas. ¿Pero quién lo hubiera creído? Las cosas fueron de mal en peor. En 1799 se reorganiza nuevamente la empresa, «con objeto de realizar una obra civilizadora, si hay que creer el rescripto oficial, y á fin de promover el comercio y la agricultura, facilitar los descubrimientos científicos y propagar la fe ortodoxa.» Para ciertos objetos, la Compañía, confirmada en sus derechos y privilegios, fué transformada en representante y delegada de la corona, que le concedió soldados. Resistirse contra sus órdenes vino á ser crimen de lesa majestad. Los aleutas, que habían sido entregados como súbditos, fueron tratados como es-

(1) Sauer, *Billing's Expedition* apénd. 50, *Sabalischin Sibirische Briefe*, Moskauer Zeitung.

clavos; sin darles ninguna remuneración, sin alimentarlos siquiera, se les rendía á fuerza de trabajos. Cuando presentaban el número de pieles exigido, no habían hecho otra cosa que cumplir con su deber, y desgraciados de ellos si no lo cumplían. A pesar de los esfuerzos de los misioneros, por entre los cuales se encontraba ese bravo Inocencio Viniani, la evangelización no adelantaba gran cosa. Pero he aquí que se les ocurre eximir del pago de todo impuesto á los neófitos durante tres años consecutivos. ¡Milagro! Eso fué un nuevo pentecostés, la gracia se esparció á raudales, la verdad iluminó los corazones, las multitudes corrieron hacia las pilas bautismales. Pero la felicidad eterna era despreciada mientras no se daba una manta ó un cuchillo como arras; para aceptar el Paraíso se exigía un ovillo de cordel y seis anzuelos (Golovnine).

Los jefes de la Compañía se titulaban á sí mismos de Muy Honorables; calificaban de Honorables á sus principales empleados y se dignaban calificar de Semihonorables á los escribientes y contadores, calificativo demasiado elevado aún. Krusenstern, un marino honrado, declaraba que para entrar en ese servicio era necesario ser un mal sujeto, aventurero de la peor especie. He aquí lo que dice Langsdorf:

«Los aleutas están mandados por algunos aventureros, facinerosos ignorantes y malvados, que crímenes repetidos les han obligado á abandonar su país natal. Hacen lo que les viene en gana y no tienen que dar á nadie cuenta. Una peste terrible haría menos estragos que esa administración.»

El naturalista Kittlitz, que acompañó al almirante Lutke por esos parajes y fué alojado en las distintas factorías de la Compañía, no se atrevía á decir la verdad, pero la dejó adivinar:

«La Compañía ruso-americana exige el servicio de la mitad de toda la población masculina desde los diez y ocho á los cincuenta años. El trabajo es completamente gratuito. Contrata también algunos asalariados. Durante seis meses los hombres van á la pesca de animales marinos, y durante los otros seis meses del año cazan por tierra. En esas condiciones, es difícil comprender cómo pueden quedar bastantes brazos para subvenir á las necesidades de la familia.»

Tres generaciones de cristianos y civilizadores bastaron para despoblar el país. Las islas eran ricas en animales de piel valiosa, pues era necesario exterminar estos animales. Sólo de las islas Pribylón se exportaron 2.500.000 pieles de osos marinos durante los primeros treinta años que siguieron al descubrimiento (1787-1817). Mataron tanto, que cierto año (1803), próximamente 800.000 pieles estaban amontonadas en los almacenes, y como no había salida para ellas, se prendió fuego á la mayor parte. La explotación alcanzó su término lógico: la ruina. Ese pillaje llegó á costar bastante más que producía; el negocio era ya negativo, y en 1867 se vendió la Aleutia á los Estados Unidos, con los pocos aleutas que quedaban todavía.

¿Qué harán los americanos de ese nuevo territorio, del que ellos son ahora los responsables? ¿Cómo tratarán á los indígenas? Como á los pieles rojas, probable-

mente. Aunque quisieran resucitar al pueblo infortunado, no podrían; está ya agonizando. Pero si quieren endulzar su fin, que se den prisa.

Hambrientos, cansados, perseguidos, los pobres esquimales le han cogido asco á la vida. ¿Para qué la satisfacción de tener hijos que serían incapaces de mantener? ¿Para qué aumentar el número de los desgraciados? Cuando desembarcaron por primera vez los civilizados, escoltados de sus bienaventuranzas, los aleutas alcanzaban un contingente de cien mil, si hemos de creer á los primeros traficantes, pero la cifra nos parece algo exagerada. La evaluación, quizás aun exagerada, hecha por Chelikof en 1791, se elevaba á cincuenta mil, de la cual el padre Joasaph decía, exagerando en grande, haber convertido la cuarta parte. En 1860 los registros no acusaban más que diez mil individuos, y en ese total, comprendidos rusos y mestizos, los aleutas propiamente dichos apenas si llegaban á dos mil (1). El cambio de amos no podía producir, no ha producido mejora inmediata. Así, por ejemplo, entre los oulongas, visitados por Dall, sobre una población mixta de 2.450 individuos, la mortalidad es de 130 y los nacimientos de 100. Los aleutas son poco fecundos. Se está de acuerdo en consignar que la raza entera de los esquimales decrece rápidamente,

(1) El censo americano efectuado en 1880 en el territorio de Alaska, por M. Petrot, arroja 2,214 aleutas y 16,303 inoítas esparcidos por los distritos del Kadiak, la bahía de Bristol, Kouskokolm, Youkon y Bering septentrional de la costa ártica.

salvo tal vez en los distritos groenlandeses, sobre los cuales Dinamarca prodiga una solicitud paternal.

Entre los inoítas hace estragos la consunción, que hace perecer por sí sola más individuos que todas las demás enfermedades; y ese terrible azote, hasta hace poco conocido, es la civilización quien lo ha llevado, según Hall. Al lado de éstos, los pieles rojas son destruidos por la viruela, triste regalo de los Caras Pálidas.

¿Por qué esa acción funesta del civilizado sobre el salvaje? Otros apreciarán las causas fisiológicas; examinemos nosotros algunas de las causas morales que producen ese resultado.

Tomados por dioses, fuertes por el prestigio que rodea al civilizado, por grosero é ignorante que sea, los rusos no tuvieron más que presentarse para tomar posesión de todo el archipiélago y reducir sus moradores á la servidumbre.

— ¿El aleuta era acaso cobarde é indigno de la libertad?

— No, por cierto. Escuchad lo que dice de esa raza uno de los hombres que más la conocen, Hall:

«Los inoítas, inoítas son é inoítas serán. La independencia es el rasgo esencial de su carácter; no soportarán jamás la coacción cualquiera que sea el compromiso contraído ó que se les haya hecho contraer. Nacidos libres sobre una tierra salvaje, quieren ir y venir á su gusto; nunca se dejarán conducir por el látigo.»

¿Los aleutas se han dejado acaso conducir por el látigo?

Por el látigo... eso merece explicación. Los rusos hubieran empleado gustosos el vergajo, su procedimiento nacional, sobre esos bonachones insulares, que se dejaban matar casi con indiferencia, y que, sin pronunciar palabra, se suicidaban después de haber recibido un bastonazo. Precisamente porque los rusos los querían tratar á latigazos los aleutas mueren ó han muerto casi todos. Como la vida sin libertad no tiene para ellos ningún encanto, pensaron huir al otro mundo para librarse de los extranjeros y cobradores de impuestos. Empezaron por entregarse sin reserva, pero no habían creído que fuese para ser azotados. Dóciles y disciplinables en alto grado, aceptaron con sencillez ingenua la dirección de hombres cuya superioridad exageraban, tomándolos por hermanos mayores. ¿Qué no hubiesen conseguido otros hombres inteligentes y buenos con esos indígenas que se ofrecían voluntariosos y de buen grado? ¿Pero para qué las almas y los corazones nobles? Los filibusteros no querían otra cosa que aceites y saín, pieles de marta y de reno.

Generalicemos la cuestión:

En las luchas por la existencia, al través de las cuales la humanidad se abre un camino sangriento, las virtudes pasivas son ahogadas por los vicios agresivos. Y, sin agitar la cuestión de «vicio» y «virtud», se ha visto por todas partes, al contacto de los blancos, venirse abajo los sistemas políticos y sociales, caer en desuso las antiguas costumbres, quedar sin objeto las distinciones anteriores. Lo que los indígenas habían tomado por dioses, por buenos espíritus, por pastores

y protectores, tuvieron que transformarlos en diablos del infierno; la conciencia corrompida había perdido la noción sobre las cuestiones del «bien» y del «mal». El fusil y aguardiente: no había otra cosa. Los jefes, escarnecidos por patanes y groseros venidos del otro lado del mar, se sintieron degradados, perdieron toda voluntad, toda dignidad delante de la pistola, trueno de bolsillo; los hechiceros mismos habían perdido la cabeza, reconociendo su ridícula impotencia ante la gran magia de los blancos. Los brazos del guerrero caían sin movimiento delante de las armas que parecían tener el poder del rayo; con sus arcos y sus flechas, un héroe no podía ser otra cosa que un necio enfrente de una carabina. Al perder toda confianza en ellos mismos, perdían toda alegría de vivir y hasta su temperamento. Nada de gozo y alegría, no más cantos ni bailes, nada de imaginaciones grotescas y bufonas. Encerrémonos en un día triste y sombrío, en una atmósfera densa y pesada; bajemos pletóricos de vida á una cavidad funeraria... la de nuestra nación; muramos con lo que fué nuestra patria (Dall).

La civilización moderna, irresistible cuando ataca y desorganiza las sociedades bárbaras, demuestra una singular falta de destreza cuando pretende mejorarlas. Ello es falta de bondad, falta de humanidad. Nuestro genio no puede presentarse ni amable ni simpático. ¡Es de bien mal augurio encontrar un pueblo tan dulce y pacífico, tan bien dispuesto á la justicia y á la equidad, para no saber sino subyugarlo y fustigarlo, diezmarlo y destruirlo! Ese pequeño pueblo esquimal te-

nía alegría, buen humor y bravura; no deseaba más que trabajar para vivir y, como jovial, cantar, bailar y festejar. Y desde que nuestro progreso le tocó, helo triste y sombrío. Ese pueblo es aún un niño, pero un niño profundamente disgustado; nosotros le hemos destrozado sus ingenuos entusiasmos con tantas injusticias, le hemos turbado y enloquecido, hemos roto su gran resorte, hemos extinguido la vida en sus orígenes.

Eso mismo sucedió á los gauchos, no ha mucho uno de los tipos más perfectos de nuestra especie. Sencillos, felices, inocentes, merecieron que se diese á sus islas el nombre de «Afortunadas». Nosotros los suprimimos — ¿por qué y cómo?... Y cuando haya desaparecido el último de esos pobres aleutas se oirá decir:

«¡Qué lástima!»

LOS APACHES

Cazadores, nómadas y bandidos

El nombre de apaches es el término genérico que se da á varias tribus indianas de la América del Norte, entre las cuales diversos autores comprenden los camanchos, los navajos, los mohavos, los hualapais, los yumas, los yampas y los athapaskes meridionales, dividiéndose ellos mismos en hordas numerosas, de entre las cuales designaremos los mescaleros, llaneros, zicarillas, chiriguais, kotchis, piñaleños, coyoteros, gileños y mimbrenos. Los apaches propiamente dichos se han dado á sí mismos el apelativo de *Shis Inday* ú hombres del bosque. Recorren, más bien que habitan, el vasto territorio de límites indecisos que desde las riberas del Gran Lago Salado al Norte baja hacia Chihuahua al Sur, y se extiende desde la California y el Sonora al Oeste hasta Tejas y Nuevo Méjico al Este; está surcado por el río Grande que desemboca en el Atlántico, por otro río Grande y por el río Gilo, que desembocan en el Pacífico. Región rocosa, elevada de

nía alegría, buen humor y bravura; no deseaba más que trabajar para vivir y, como jovial, cantar, bailar y festejar. Y desde que nuestro progreso le tocó, helo triste y sombrío. Ese pueblo es aún un niño, pero un niño profundamente disgustado; nosotros le hemos destrozado sus ingenuos entusiasmos con tantas injusticias, le hemos turbado y enloquecido, hemos roto su gran resorte, hemos extinguido la vida en sus orígenes.

Eso mismo sucedió á los gauchos, no ha mucho uno de los tipos más perfectos de nuestra especie. Sencillos, felices, inocentes, merecieron que se diese á sus islas el nombre de «Afortunadas». Nosotros los suprimimos — ¿por qué y cómo?... Y cuando haya desaparecido el último de esos pobres aleutas se oirá decir:

«¡Qué lástima!»

LOS APACHES

Cazadores, nómadas y bandidos

El nombre de apaches es el término genérico que se da á varias tribus indianas de la América del Norte, entre las cuales diversos autores comprenden los camanchos, los navajos, los mohavos, los hualapais, los yumas, los yampas y los athapaskes meridionales, dividiéndose ellos mismos en hordas numerosas, de entre las cuales designaremos los mescaleros, llaneros, zicarillas, chiriguais, kotchis, piñaleños, coyoteros, gileños y mimbrenos. Los apaches propiamente dichos se han dado á sí mismos el apelativo de *Shis Inday* ú hombres del bosque. Recorren, más bien que habitan, el vasto territorio de límites indecisos que desde las riberas del Gran Lago Salado al Norte baja hacia Chihuahua al Sur, y se extiende desde la California y el Sonora al Oeste hasta Tejas y Nuevo Méjico al Este; está surcado por el río Grande que desemboca en el Atlántico, por otro río Grande y por el río Gilo, que desembocan en el Pacífico. Región rocosa, elevada de

700 á 2.000 metros sobre el nivel del mar; sus capas de lava están cortadas por *cañones* ó abismos, profundos hasta de un millar de pies y anchos de otros tantos practicados por los arrastres de las aguas. Por encima de los llanos se levantan numerosos picos desligados, muy escarpados, excesivamente fríos en invierno; la mayor parte emergen de las selvas, refugio de los hombres y de las fieras. Durante diez meses, desde lo alto de un cielo sin nubes, el sol arroja ardores tórridos sobre las arenas de la llanura y los pedruscos del monte; luego, al llegar la noche, el frío siéntese súbitamente al salir las estrellas. Los rápidos cambios de temperatura producen ráfagas de viento que levantan torbellinos de polvo alcalino que irrita los ojos y pulmones. Durante quince días en Abril y seis semanas en Octubre y Noviembre, la lluvia cae como en cataratas, y poco después las fisuras de las peñas y las depresiones del terreno verdean y florecen. Los carneros salvajes, los antílopes y los ciervos salen de sus guaridas y detrás se deslizan los coyolcos, el oso, el lobo, la hiena y el apache, temido de los hombres y de los animales.

El apache es una hermosa bestia feroz. Hablemos de los apaches granívoros, ó más bien omnívoros. Los navajos, los mohavos y los camanchos, los cuales se alimentan de una comida bastante variada, gracias á su agricultura naciente; son casi todos de una estatura

de seis pies y las mujeres no desmerecen en esbeltez. El pecho y los brazos, de vigorosos músculos, las extremidades finas, los rasgos agradables con frecuencia; ojos grandes de negro brillante, de reflejo singular y de un poder de visión verdaderamente extraordinario; la cara bastante larga; el conjunto es soberbio. El color recorre todos los tonos, desde el claro obscuro al castaño bronceado, pasando por rojo ladrillo; el cabello es negro y, cosa notable, la barba bien poblada. Con frecuencia se les ha señalado como uno de los bellos tipos de la especie humana.

No puede decirse lo mismo de los apaches propiamente dichos, casi exclusivamente carnívoros, y que nos describen negros y desagradables: máscara impassible, cara arrugada y mortecina; ancha figura, nariz aplastada, pómulos salientes, boca grandísima, labios finos, mirada diagonal. Los ojos ligeramente oblicuos y cuyo brillar vidrioso recuerda el del coyolte, son más fulgurantes que los de los indios del Norte. Los cabellos de un negro mate, jamás peinados, caen sobre las espaldas en espesos bucles; por lo demás, carecen casi completamente de pelo y vello. Al lado de sus grandes vecinos, parecen éstos desmirriados, pues su talla media no es más que de cinco pies y cinco pulgadas.

Los cactus ensangrientan y desuellan á los caballos y mulos antes que hacer mella en la piel de un apache. Su tegumento recio es poco sensible á la acción de la temperatura. En las horas de más ardiente sol van y vienen sin ninguna protección; pero cuando tienen un momento para recrearse, lo mismo que los indígenas de

Australia y los adamanes, se cubren éstos la cabeza con un casco de barro tierno que les procura agradable frescura y les desembara de insectos. Por las mismas razones se cubren el cuerpo de una capa fangosa. Suelen gastar calzado á veces, modesto lujo que protege sus pies de las espinas, y á este efecto, la gruesa suela se levanta en punta larga y curvada. En cuanto á los vestidos propiamente dichos, se atavian menos por higiene, y aun menos por pudor, que por vanidad y coquetería, para hacerse valer: los hombres se adornan con cualquier trofeo de muerto ó de rapiña; las mujeres jóvenes, con un trapo cualquiera de color, con un jubón de corteza, con una guedeja que adornan con barras y sedales nábilmente suavizada, frotándosela con sesos. Algunas se taracean la barba; la suprema elegancia es embadurnarse con colores chillones. Las abluciones no ponen en peligro las pinturas con que se adornan, pues sólo se bañan por placer y el agua está escasísima. Sea á causa de su falta de limpieza, ó bien porque sólo se alimentan con carne, y principalmente con la de caballo, asno y mulo, esos apaches, que nos recuerdan los hipófagos de Solutré, cuyas osamentas han sido encontradas mezcladas con las de cincuenta á cien mil caballos, esos apaches, decimos, exhalan un penetrante olor equino, sobre todo cuando están sudados. Las cabalgaduras retroceden en su camino en cuanto huelen algo. Consignemos una vez más que la limpieza del cuerpo es lo más frecuente un signo de civilización ya bien avanzada. Al llegar á la pubertad, se les arrancan los pelos de las

cejas á las mujeres, y más tarde hacen lo propio con las pestañas pelo á pelo. ¿Es acaso para embellecerlas?

Sus chozas, en forma de pilón de azúcar, cuyos alrededores están amontoados de carroñas infectas y materias fecales, están construídas con huesos, ramas entrelazadas, hojas y carrizos, que cubren con pieles, tierra y losas. Durante la mala temporada, nuestros salvajes se suelen refugiar voluntariosos en las grutas, en donde encienden grandes fogatas, y, cubiertos de sudor, se acuestan sobre las frías losas, lo cual les cuesta ser diezmados por el reuma y las pulmonías; una herida grave les haría menos daño. Sólo se encuentran en su centro cuando están al aire libre; bajo una cubierta se encuentran oprimidos, como encerrados entre murallas; sólo gozan realmente de la vida en sus expediciones. Cuando las noches son demasiado frías y el viento muy helado, se amontonan encogidos en una hondonada, ó se introducen en cualquier hoyo para dormir algunas horas.

En otro tiempo el bisonte se encontraba en toda la América del Norte; en rebaños innumerables recorrían el continente desde el Gran Lago de los Esclavos hasta el golfo de la Florida. Pero hoy la carabina del blanco los ha exterminado en toda la parte meridional, están bien diezmados en la comarca septentrional, y las poblaciones á que alimentaban padecen no poca hambre. «Matad los bisontes, decía un

gobernador de los Caras Pálidas; vuestras balas herirán de rechazo á los indígenas.» Y fué comprendido; tanto, que los apaches se ven reducidos á la caza menor. Su arma, la más peligrosa, es la infinita paciencia con la que inmoviliza su cuerpo rojizo detrás de las piedras y las malezas grises. Se les ha visto cubrirse de tallos de hierba y transformarse en verde planta; entre yucas se convierte en yuca; en monte raso se extiende sobre una manta de lana, tan bien teñida y moteada de color de tierra, que soldados mandados en su persecución los confundían con bloques de granito; son tan hábiles en sus mixtificaciones como los bhils de la India y los salvajes de Australia.

A pesar de su destreza, como carecen de agricultura en su buen sentido, y de animales domésticos, la despensa de esos desgraciados está vacía frecuentemente. Por eso no desprecian nada de lo comible y atacan con buen apetito bellotas, frutas diversas, bulbos, bayas y raíces, recogen cohombros, calabazas y ciertas habas que crecen espontáneamente. Siembran algunos granos de un maíz raquíto, pero la casi totalidad de su alimentación es animal: gamos, ciervos, carneros salvajes, codornices, ardillas, ratas, gusanos y culebras. Nada de falsa delicadeza. No se discute la calidad sino cuando la cantidad abunda; sólo se elige cuando existe lo superfluo. Cuando hay alimentos á pedir de boca, los pobres salvajes se hartan, engullen enormes trozos. Pero entre ellos la escasez es el estado normal. La corta primavera va seguida de un largo y ardoroso verano; bien pronto las hierbas se

secan y los herbívoros mueren ó desaparecen; los carnívoros perecen ó viven en lamentable estado. Se soporta estoicamente el hambre, pero cuando la carencia se prolonga, la muerte sobreviene.

Cuando el país no puede alimentar al habitante, éste tiene que proveerse en otra parte. El clima y el suelo transforman en nómadas, cazadores, brigantes y ladrones á los apaches en el continente americano, y á los beduinos de Kourdes en el continente asiático, poco más ó menos bajo las mismas latitudes. Montados sobre rápidos caballos — pues son grandes ginetes, — los hambrientos van al merodeo; en grupos de tres ó cuatro, raramente más de una docena, pues hay que vivir andando, recorren enormes distancias en busca de alguna presa; felices cuando caen sobre cualquier miserable hierbajo ó encuentran bandadas de langosta, dragonés ó pájaros de paso; mientras tanto mastican su tasajo, secado al sol, ó ayunan hasta que la buena Providencia les dirige hacia una ranchería aislada, ó sobre una caravana de viajeros. No atacan á cara descubierta más que cuando no pueden hacer otra cosa, ó en los casos de superioridad evidente. Se emboscan como lobos; se ocultan, se agazapan durante días enteros, se disimulan confundiendo con arbustos, rocas ó troncos, y en el oportuno momento se arrojan sobre sus víctimas, matando á los hombres, llevándose á veces á las mujeres para hacerlas sus esclavas, á los niños, sobre los cuales piden luego rescate, ó crían para hacerlos hábiles bandidos; pero ante todo se apoderan de caballos y mulos que con-

ducen por delante hacia un ható. Antes que se les pueda perseguir, han huído como el viento por laberintos de montes, barrancos y desfiladeros, por desiertos de ardiente arena, verdaderos lagos de fuego, «jornadas de muerte», como dicen con propiedad los mejicanos. Pumpelley dice que, viajando al través de esas horribles regiones y el cansancio subiéndole al cerebro, fué presa durante algunos días de un acceso de locura. Esos rapaces están por los montes y desiertos como en su casa, doblan y triplican las etapas. Maltrechas por golpes y heridas, rendidas y despeadas, las caballerías capturadas caen muertas ante el cubil de esos lobos y lobeznos con figura humana, y cuya muerte saludan con aullidos de alegría.

Avidos, ansiosos, con los dientes afilados, no siempre esperan que sus presas mueran. Arrojándose sobre ellas, las devoran aún vivas: unos cortan y pinchan; otros arrancan los miembros y los hacen pedazos á fuerza de tirones, sin preocuparse más de los sufrimientos de la víctima que el civilizado deleitándose ante una ostra rociada con unas gotitas de limón, y sin creerse más cruel que el cocinero que abre una anguila retorciéndose entre sus uñas. Después de haber calmado los primeros furores del hambre, tienen la delicadeza de intentar asar algunos pedazos, pero la paciencia les falta y se engullen los trozos de carne ahumada y caliente, aderezada con algunos carbonos prendidos. Las entrañas pasan por bocados exquisitos, por pedazos de honor. Sobre la carne del

animal todos tienen el mismo derecho, pero el cazador que abatió la presa reclama su piel ó su pelo.

Esas orgías en las que el hambre se sacia, fiestas supremas de los miserables que están expuestos con frecuencia á perecer de inanición, recuerdan el gran acto de los misterios dionísicos: iniciados é iniciadas arrojándose sobre el cabrito, símbolo de Baco Zagreo, mordiendo en los temblorosos miembros crudos, metiendo las manos ensangrentadas en las vísceras desgarradas y disputándose el corazón para devorarlo cuando aun palpita.

Entre los comedores de carne cruda y los canibales, la distancia pasa por ser mediocre; á los apaches se les acusa de antropofagia. El hecho no está probado. Un día, sin embargo, debieron decir que los puntalis, tribu más hacia el Norte, no eran buenos para ser comidos por tener su carne un gusto muy salado.

Como armas, los fusiles, aun raros, no han suplantado las lanzas y flechas, con puntas de madera endurecida, de obsidiana y de cobre natural, á veces también de hierro y una especie de bronce, el cual, según dicen, tiene la dureza y la elasticidad del acero, y que debe ser obtenido por la fundición del cobre sobre hojas verdes.

Nuestros autores no están de acuerdo sobre el capítulo de las relaciones sexuales. Parece haber para el animal humano, como para las fieras, una época

del año consagrada al amor. Según Baucroft, los apaches propiamente dichos se distinguen de sus vecinos más civilizados por la castidad que imponen á sus mujeres antes del casamiento. No es que el marido carezca del derecho á repudiar su mujer al menor capricho, y hasta reembolsarse del precio que pagó por ella; no es que la mujer, por su parte, no pueda abandonar á su marido, sino que el hombre abandonado recibe una ofensa que es necesario lavar en sangre inmediatamente. Sin demora debe dirigirse á derecha ó izquierda y matar á un hombre en cualquier parte. Por la ofensa hecha á su honor alguien ha de morir; la ofensa era personal, pues la venganza también ha de serlo; el gran salvaje no ve en ello nada que no sea perfectamente legítimo.

Por otra parte, se nos cuenta que ellos no conocen el casamiento, que el emparejamiento es facultativo, que hasta en ciertas ocasiones la promiscuidad es general. Así lo dice Schunitz, que es una autoridad en la materia y habla como testigo ocular. Las dos opiniones pueden no ser irreconciliables. La comunidad de las mujeres no es absoluta. El jefe de banda, al volver de una expedición de pillaje, tiene el derecho de adjudicarse una de las cautivas. Si él le pone un adorno cualquiera en el cabello, la raptada «es la parte del capitán»; nadie la tocará sin su permiso. Si quiere tomarla como mujer por mucho tiempo, le romperá una flecha sobre la cabeza: por este acto deja ella de ser una persona para convertirse en cosa del vencedor.

Este mismo simbolismo existe entre los tártaros nómadas; véase lo que dice Radloff:

«Kasmak cogió á la joven Kalmouke, tomó un pañuelo, se lo puso alrededor del cuello y disparó una flecha por encima de su cabeza...»

Los antiguos griegos clavaban también su javelina en el caballo de sus prisioneras, que decían haber ganado «con la punta de la lanza». Nosotros tomamos sobre el caso la institución del matrimonio, en lo que se refiere á captura y acaparamiento. De esta primera apropiación vendrán las otras formas. Porque no es la propiedad la que procede de la familia, como los teóricos afirmaban *á priori* no ha mucho; es, al contrario, la familia la que se deriva de la propiedad; la familia, según la palabra indica, empezó por no ser más que un rebaño de esclavos.

Aun cuando sus casamientos no sean más que rudimentarios, aparecen ya complicados con algunas insanias. Los recién casados evitan el encuentro con sus suegros, ó los que nosotros llamamos tales: durante la caza, para no errar las piezas; en tiempo ordinario, para que las uniones no sean infecundas. A pesar de sus precauciones, las mujeres pierden bien pronto la facultad de tener hijos. ¿A qué edad? Sería difícil precisarlo: apenas si saben ellas lo que es un año, y se preocupan poco de contar los años.

De un embarazo á otro, el intervalo ordinario es de tres años, durante los cuales se amamanta al niño; éste permanece junto á su madre hasta que coge un fruto por sí mismo y ha cazado una rata sin ayuda de nadie. Después de estas hazañas, va y viene por donde quiere; es libre ó independiente, está en posesión de

todos sus derechos civiles y políticos y no tarda en confundirse con el grueso de la horda. Los padres serían mal vistos si castigarán á sus hijos ó les reprimiesen severamente. Cosa tan seria no tiene lugar sino es con el consentimiento de la tribu entera, la cual no ha abdicado de sus derechos de paternidad colectiva, no los ha delegado aún en los jefes de familia, en la capacidad individual. La tribu usa raramente de su derecho, y hasta casi jamás, puede decirse; teme demasiado disminuir la ferocidad nativa de los niños, ferocidad que les hace atrevidos é indomables. Un navajo decía que si él se permitiese corregir á su hijo, éste no tardaría en dispararle un flechazo desde detrás de un árbol. Es preciso dar á todo joven las virtudes necesarias para el bandidaje. Y sin ir muy lejos, entre los mejicanos, al lado del que sirve de guía, un soldado resulta casi inofensivo; y eso que hay entre militares algunos que se alaban con frecuencia de no ser extraños al noble oficio de batidores de campo.

Un estado social tan primitivo no deja puesto á los débiles. Los fuertes no tienen bastante para ellos, ¿cómo van á consentir la impedimenta de los enclenques? Sin embargo, algunos lisiados en las luchas consiguen vivir durante algún tiempo; siguen como pueden las expediciones y tanto peor para ellos si no llegan á tiempo al reparto del botín. *Tarde venientibus ossa.* Los que se arrastran deben morir. Algunos, no obs-

tante, encuentran refugio entre los vecinos mejor provistos que pueden compadecerles. Alguna vez los compañeros más robustos, sus amigos, los niños tal vez, despachan al miserable de una lanzada, ó le ahogan cargádoselo á la espalda, luego les pasan un bastón por el cuello, á cuyos extremos se cuelgan dos fornidos camaradas de buena voluntad.

En esas condiciones los enfermos no corren mejor suerte que entre nuestros amigos, ya conocidos, los tchoukches; se convierten en una carga para la comunidad y ésta prefiere que la enfermedad sea breve, que perezcan ó que desaparezcan prontamente. Para curar á los calenturientos, la tribu entera se ocupa en tocar el tambor durante varias noches seguidas; procedimiento no menos racional ni menos eficaz que el de aliviar á los pobres y á los indigentes con bailes de beneficencia y conciertos de caridad.

Sucede, pero muy raramente, que se lamente una muerte; es preciso ser muy notable para obtener obsequios de alguna solemnidad. Generalmente el cadáver se envuelve con algunas pieles, se sube á lo alto de una colina y se oculta en la pendiente expuesta á Oriente; se espera, sin duda, que el sol guardará al difunto y le despertará cuando llegue la hora.

Poseen el pequeño bagaje intelectual común á la mayor parte de los pieles rojas: la noción de un Grande Espíritu, tal vez hasta de varios, la tradición de un

diluvio, y diversas leyendas. Veneran al Oso, y los más fervorosos por nada del mundo comerían su carne; tienen como sagrados los buhos, los pájaros blancos y el águila en primer lugar. Un águila inmensa y prodigiosa produce los relámpagos abriendo y cerrando un ojo, y agitando las alas produce el trueno y el rayo. De él surgieron los apaches, pues éste se unió á la gran madre Ystal Naletché, la cual dió vida á Nahinéc Gané y á Toubal Lichiné, este último el antepasado, el héroe que con sus flechas mató la serpiente Pythón en el momento que este monstruo le iba á devorar (Malte Brun). Así es cómo los desgraciados apaches cuentan el gran mito del Águila y de la Culebra, de Ahi y de Indra, símbolo antiguo y grandioso que pertenece igualmente al antiguo y nuevo mundo, cuestión demasiado vasta y complicada para que nosotros podamos abordarla.

Algunos viajeros han negado á esas hordas todo sentimiento poético y religioso. Eso no es extraño. En asuntos de conciencia, los salvajes se callan cuanto pueden; no les gusta explicarse acerca de las cosas que les son íntimas, y los blancos niegan imperturbablemente lo mismo lo que no han visto que lo que no han sabido adivinar.

Los misioneros españoles intentaron convertir á esos desgraciados indios, pero tuvieron que renunciar por la misma razón que hizo fracasar tentativas análogas sobre los tasmanios cuando éstos existían aún. La enseñanza se dirigía á inteligencias limitadas, desprovistas de la facultad de abstraer que una larga cultura

ha desarrollado entre nosotros. Compréndase el embarazo de un honrado apóstol exponiendo la doctrina de la Resurrección en una lengua donde la idea de alma no tiene otro equivalente que la palabra «tripa». Para hacer comprender á esos salvajes que poseían una «alma inmortal», venía obligado á decir que ellos tenían en el vientre una «tripa que no se pudría nunca». Les hacían contar hasta diez, pero no podían inculcarles el dogma de la Trinidad. ¿Cómo los reverendos padres hubieran traducido á su lengua, en la que el verbo ser no existe, la célebre definición del Padre Eterno: «yo soy El que soy»?

Los pieles rojas hablan muy poco, y menos que todos ellos los apaches, que prefieren explicarse por gestos. Se ha observado que sentados alrededor del fuego, sostenían una larga conversación sólo moviendo los labios (Coroados, Heusel); método adoptado para la enseñanza de los sordo-mudos. La lengua apache abunda en sonidos nasales y guturales y en chasquidos de la lengua, que los extranjeros no siempre consiguen imitar. El idioma es bastante desagradable, y no obstante, los mohaves, vecinos inmediatos, tienen un habla dulce y sonora, tan armoniosa como el italiano ó el japonés. Digamos de paso que carecen de todo saludo, de toda fórmula de bienvenida y de despedida.

Puesto que la moralidad, al menos en sus líneas generales, se mide por el desenvolvimiento de la inteligencia, no se extrañará encontrarla aquí reducida á sus rudimentos. Esos desgraciados no viven sino de

rapiñas; sus merodeos se complican con raptos y crímenes, y sus combates no son luchas, sino asesinatos. Rapiñas, crímenes y degollaciones, tal es su gloria; desprecian á los degenerados, á sus propios esclavos y á todos los que no saben vivir en la salvaje independencia del desierto. De entre todos los animales, creen ellos que los más fuertes y rápidos y los más bellos son los feroces y de rapiña, y en nuestra especie el más noble es el que caza al hombre.

Se les trata de burlones y pérfidos, adjetivos por los que se sentirían adulados; pero protestarían contra el de cobardes que se les prodiga. La valentía y la cobardía no son hechos de orden simple. Algunas cobardías tienen mucho de valentías. Es cierto que esos truhanes no atacan á nadie mientras no se sienten los más fuertes; no teniendo ningún gusto por la alta lucha, prefieren atraer al enemigo á una emboscada ó arrojarse sobre él por la espalda, procedimiento recomendado en la elevada estrategia y practicado por todos los animales de presa; esos cazadores han aprendido de la misma caza á ocultarse. Si hacen prisioneros se llevan consigo las mujeres y los hombres jóvenes, de los cuales tienen necesidad para llenar los vacíos que la muerte ó las aventuras producen en su campo y que los nacimientos no son suficientes para llenar, pues no son numerosos. Como consecuencia de las privaciones y de la vida muy ruda que llevan los padres, los niños nacen menos robustos que se supone; raramente tienen una constitución bastante fuerte para llegar hasta los cuarenta años. Varios blancos que habían

capturado y de los cuales apreciaron la fuerza y el valor, fueron obligados á procrear un retoño con una mujer joven de la tribu, con objeto de conservar la buena simiente. Pero el servicio prestado no siempre les ha indultado de la muerte y los tormentos; pues estos salvajes se deleitan haciendo sufrir á los prisioneros crueles suplicios; lo que Chateaubriand nos contó ya en su *Virgen de los últimos amores*.

Como crueles, lo son. Consignémoslo sin disculpa: los suplicios que ellos infligen, los saben soportar. Y no les parece mal que se los hagan sufrir si por desgracia se han dejado coger. Es preciso decir, para que todo sea tenido en cuenta, que casi la única distracción para ellos es la de ladrar á la luna, y que sienten la necesidad de algunos espectáculos más conmovedores. No pudiéndoselos procurar simulados, se entretienen con hechos reales, ya que carecen de teatros para dramas y melodramas. También ellos sienten la necesidad de contemplar á un héroe en lucha con la adversidad, «placer de los dioses», según la doctrina de los estoicos, el más hermoso espectáculo que le sea permitido al hombre contemplar. Lo cual explica el éxito de los autos de fe y otros mil tormentos que, ayer aun, infligíamos nosotros á los heterodoxos y librepensadores. Esos desdichados pieles rojas, careciendo de actores para reir y de verdugos delegados por la magistratura, se ven obligados á ir personalmente á arrancar la piel al mártir, á quemar por sí mismos al delincuente con fuego lento. Tengámoslo presente: cuando las funciones reparadores de la alimentación

están satisfechas, el animal humano no está aún satisfecho; la inteligencia y la imaginación hacen valer sus derechos; la sensibilidad no quiere permanecer inactiva y reclama su parte de emociones. «El hombre no vive sólo de pan.»

Como individuo, nadie menos embarazado que nuestro apache de toda especie de gobierno; ante nada ni ante nadie es responsable; hace siempre lo que quiere, es decir, lo que puede. En los casos de grandes expediciones, se agrupan bajo el mando de un camarada cuya autoridad personal se impone, y la cual acaba cuando ha terminado la empresa. Si las hostilidades se prolongan, es natural que la autoridad del jefe se acrecienta con frecuencia más de lo debido. Algunas tribus se precaven contra ese peligro reconociendo una autoridad puramente moral á los *sachems* ó Jefes de la Paz, personajes siempre distintos á los capitanes de orden militar; institución de las más interesantes, pero que no se sabría estudiar útilmente en esas hordas diseminadas.

Como manifestación la más elevada en la vida pública en esos desiertos, estos primitivos celebran las neomanías. En todo cuanto puede saberse, la veneración á la luna ha precedido en todas partes á la del sol.

La noche de la fiesta encienden fogatas en varias partes. Observemos á este propósito que la mayor parte de las tribus indias, sino todas, parecen haber venerado al fuego, al menos en algunos ritos. Se han provisto de tabaco y una bebida embriagadora compuesta

con jugo de cactus ó con granos hervidos y fermentados, y si no fumaran y se emborracharan, no se creerían dignamente preparados para un acto religioso. Acostados ó en cuclillas, esperan con profundo silencio la aparición de la reina de la noche. En cuanto ésta aparece en el horizonte, gruñen en coro, imitan los gritos del cayote husmeando la carroña, y las bandadas de estos animales no tardan en contestarles en la lejanía. Esa perfecta imitación es el provecho de una larga práctica. Varios de sus dialectos no tienen más que una sola y única palabra para designar el canto del hombre y el aullido de los perros de las praderas; algunos viajeros han encontrado perfecta analogía entre la lengua del hombre y los gritos del animal. Poco á poco las voces aumentan, estallan en gañidos; diríase una jauría de caza, ó ladrando á la luna, lo cual es lo mismo. El concierto continúa por el gruñido del lobo, hiena y el rugido del oso, los bramidos del ciervo y los gritos de todos los hermanos y primos del mundo animal, los relinchos del caballo y del mulo, los rebuznos del asno, y entonces ríen todos, ó más bien gruñen, pues la risa implica tal vez una mentalidad superior á la que alcanzan estos salvajes, degradados por la miseria. Por otra parte, los pieles rojas no se sienten muy inclinados á la alegría; los de la América del Norte pasan por muy melancólicos y los de la América del Sur por tristes.

«El indio, dice Wienes, está siempre triste. Triste en la iglesia, triste aparejando su caballo, triste acurrucándose en el umbral de la puerta, triste bebiendo,

triste bailando, triste cortejando á su dama; hasta su canción de amor no es más que un prolongado gemir.»

No obstante, de acto en acto, de escena en escena, los gritos se hacen más desordenados, y ayudados por la bebida, la representación degenera en una algarabía que no cesa hasta el amanecer.

A pesar de su ridiculez, nosotros vemos en esa representación un acto religioso, un verdadero misterio. Esos cazadores se dirigen á lo sobrenatural para que les ponga en relaciones con los animales, con objeto de que la caza abunde, prospere y se deje coger. Nosotros tomamos esa solemnidad por una equivalente de la «Danza del Bisonte» descrita por Catlin y practicada por los mandanas y la mayor parte de los pieles rojas; de la «Fiesta de las Vejigas», á la cual hemos asistido entre los aleutas, y por los regocijos «del ciervo» que los antiguos romanos, disfrazados de fieras salvajes, celebraban en las lupercales y saturnales de año nuevo. Los descendientes de los celtas, germanos y escandinavos emplearon mucho tiempo para olvidar esa costumbre, bajo la presión de la Iglesia cristiana, la que por sus concilios y sínodos, sus homilias y penitencias, no cesaba de amonestar y castigar á los supersticiosos que en Navidad ú otros días se obstinaban en correr la vaca, el gamo ó el novillo. Más descendiente la religión griega, consintió las mascaradas de carnaval, gran diversión de los mougiks, que se divertían de todo corazón. Todos los buenos sujetos y gente alegre de la aldea, envolviéndose en la piel y remedando el carácter de algún animal, se orga-

nizan en banda alegre acompañados de músicos, y celebran la peregrinación de las tabernas. Al frente de ellos, como es justo, el oso danza con su señora esposa en medio de sus oseznos locos y de sus oseznas retozonas. Luego el señor buey, con sus altos cuernos y con su corpulenta compañera, se presenta seguido de su numerosa familia de terneros y terneras. Después el lobo, la loba y los lobeznos, el zorro, la zorra y los zorrillos... forman rosario completo, y cierra la marcha un camello de joroba majestuosa.

Hemos hablado de los apaches como de un pueblo aun existente y siempre agitado; pero en realidad casi no existen. Mientras no eran más que salvajes, su población se mantenía tal cual era, no obstante la escasa fecundidad de las mujeres y á pesar de las eventualidades de los combates; pero cuando desde la cumbre de sus montes distinguieron en el horizonte el penacho de las locomotoras, su condena á muerte fué pronunciada. Deseosa de gozar, devorada por los deseos, inventándose necesidades, nuestra civilización extirpa los pueblos invadidos porque no pueden adaptarse instantáneamente á la transformación que le costó á ella una veintena de siglos. Por eso los pueblos cazadores, tales como los pieles rojas, rechazan nuestra cultura; no porque no sean inteligentes, sino porque su inteligencia se encierra sólo en una especialidad: nacido cazador, el apache morirá cazador.

Además es nómada, y, como dice la sabiduría de las naciones, «piedra que rueda no fecunda hierba». Mientras que el cuerpo no tiene residencia fija, el espíritu encontrará difícilmente su alimento, se acostumbrará con mucha dificultad á las reflexiones prolongadas y á los pacientes estudios que arrancan á la naturaleza sus secretos. Sin poner severidad en nuestros juicios y sin pretender rebajarle hasta la bestia, se puede dudar que la inteligencia del apache sea verdaderamente superior á la del castor, ó siquiera igual á la de las hormigas, que saben recolectar granos y saben sembrarlos. A uno de esos centauros se le preguntaba por qué no sembraba maíz para ponerse al abrigo de las eventualidades de la caza, según lo hacían desde tiempo inmemorial los pueblos que él conocía bien. «¿Sembrar maíz? ¿Para qué, para que los camaradas se coman la cosecha en hierba antes que haya madurado?» (Loew).

Ni saben ni quieren cultivar, pero en cambio toman ó arrasan lo que cultivan los demás. Los *farmers* están descontentos con el gobierno de Wáshington porque preconiza, oficialmente, una política humana; porque concentra á los apaches en una parte del territorio que antes les pertenecía por entero, y les paga una anualidad de mil quinientos francos, con gran provecho de los comisarios. Pareceles que eran más viriles y decididas las medidas del gobernador mejicano de Chihuahua, que había puesto precio á la cabeza de esos bandidos: quinientos francos por adulto macho; doscientos cincuenta francos por mujeres y ciento vein-

ticinco francos por niño. Los cazadores de cabezas se pusieron en campaña, presentando gran cantidad de esos despojos, pero se prescindió de sus servicios cuando se notó que presentaban demasiadas cabezas sospechosas, pues los blancos parece que eran más fáciles de asesinar que los indios. La Arizona, Sonora y California decidieron matar á todo indio que se presentase á tiro de carabina. En 1864, los Caras Pálidas organizaron una expedición contra los payutas, de los cuales mataron doscientos individuos en una «espléndida batida», forzándoles á ahogarse en el lago Owen. Dos años después las autoridades de Humboldt City convinieron un tratado estipulando que los sobreviviesen vinieran obligados á liquidar su cuenta en el término de siete días, so pena de muerte contra todos los morosos: «Ese tratado no puede ser más favorable á los indios,» declaraba un periódico del distrito. El 30 de Abril de 1871, después de algún encuentro, las tropas federales condujeron algunos apaches prisioneros. Eso fué un gran festival para los colonos de la región, los cuales acudieron de todas partes, y arrojándose sobre los cautivos degollaron un centenar en la primera acometida.

Contra los apaches, dice Silvestre Mowry, no hay distintos medios de proceder: es necesaria una campaña bien razonada y pacientemente conducida. Desde el momento que se les ve, que se les cace hasta sus montes, que se les hostilice en sus recintos encerrándolos y condenándolos al hambre. Que se obtiene en esta condición enseñándoles banderas blancas ó de otro modo,

pues tan pronto cogidos, fusilados. Contra ellos todo medio es bueno, venga de Dios ó proceda del hombre. El método podrá sorprender á un filántropo; hacia un hombre de fibra tan sensible siento alguna piedad, pero ningún respeto. Yo le aconsejo no emplear toda su simpatía para el apache y reservarse alguna para el tigre y la serpiente de cascabel.»

Esos consejos eran fáciles de seguir. Los blancos recurrieron á todas las traiciones, á todas las crueldades. El envenamiento por la estricnina, la infección de la viruela, son otros tantos hechos de nuestros civilizadores, forman parangón con las bridas adornadas con cuero cabelludo que ellos mismos habían arrancado, con dientes afilados extraídos á las mujeres aun vivas. En Deuver, cierto día, un voluntario entró llevando en la punta de un bastón el corazón de una india. Después de haberla asesinado de un tiro, la había abierto el pecho para arrancarle el trofeo que por las calles de la ciudad saludaron con aclamaciones los burgueses. Otra tarde se vió llegar á Jack Dunkier, de Central City, llevando en su arzón un muslo de indio. El tal personaje afirmaba no haber tenido otro alimento durante dos días. Nadie creyó una palabra, ¡pero qué síntoma es el de esa fanfarronada! Otro sujeto se envanecía afirmando que había asado y comido chuletas humanas.

Conclusión: En 1820 se evaluaban á veinte mil los adultos varones apaches; cincuenta años después, el número alcanzaba apenas cinco mil.

Ladrones de caballos y de carneros, sólo se les perdona-

rá su pecado cuando haya sido exterminado el último. Lo que el propietario pecuario odia más en el mundo es al lobo, y sobre todo si éste tiene forma humana. Raza errante, hambrienta, alterada, perseguida; raza resistente, astuta y apasionada, indomable ante la fatiga y los sufrimientos... el apache, pueblo lobo, correrá la misma suerte que éste. El lobo perecerá devorado por el carnero: éste no es lo que cree un pueblo vano. El carnero avanza irresistible, cazando á su paso tigres y leones, cazando hombres.

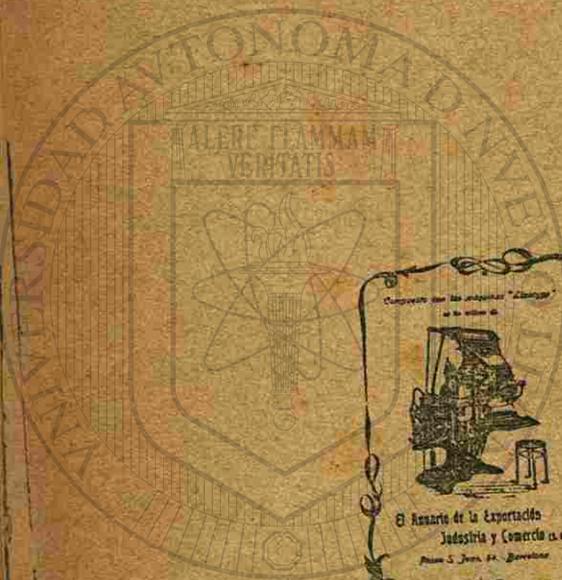
— ¿Hombres?

Sí, hombres. Pregúntese á esos miles de ingleses, á esos miles de escoceses, á esos miles de irlandeses, que han tenido que arrojarse al mar retrocediendo ante los rebaños de carneros propiedad de algunos nobles lords, grandes propietarios pecuarios.

FIN DEL TOMO PRIMERO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

INSTITUTO DE BIBLIOTECAS



U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



DAD

ION GENERAL

FE